

ESTUDIOS SOBRE HISTORIA ANTIGUA E HISTORIOGRAFÍA MODERNA

ANTONIO DUPLÁ - AMALIA EMBORUJO (EDS.)  
JUAN JOSÉ CARRERAS - JOSÉ LÓPEZ RUEDA  
JORDI CORTADELLA - MARIO MAZZA - GONZALO BRAVO

ESTUDIOS SOBRE HISTORIA ANTIGUA  
E HISTORIOGRAFÍA MODERNA



VITORIA

1994

GASTEIZ

ANEJOS DE VELEIA

Series minor 6

ESTUDIOS SOBRE HISTORIA ANTIGUA  
E HISTORIOGRAFÍA MODERNA

# VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA  
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

*Comité de Redacción:*

I. BARANDIARÁN    J. L. MELENA    J. SANTOS    V. VALCÁRCEL

*Secretario:*

J. GORROCHATEGUI

ANEJOS  
SERIES MINOR 6



Torso *thoracatus* hallado en  
Iruña, Álava, la  
antigua  
*Veleia*

VITORIA

1994

GASTEIZ

V-G 1994

ANTONIO DUPLA - AMALIA EMBORUJO (EDS.)  
JUAN JOSÉ CARRERAS - JOSÉ LÓPEZ RUEDA  
JORDI CORTADELLA - MARIO MAZZA - GONZALO BRAVO



ESTUDIOS SOBRE HISTORIA ANTIGUA  
E HISTORIOGRAFÍA MODERNA

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD  
AINTZINATE-ZIENTZIEEN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA  
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1994

GAZTEIZ

ESTUDIOS sobre historia antigua e historiografía moderna / Antonio Duplá,  
Amalia Emborujó (eds.). — Universidad del País Vasco/EHU.  
Servicio Editorial, 1994. — 125 p. ; 24 cm. —  
(Veleia. Anejos. Serie Minor ; 6)  
D.L.: BI- 2.275-94 . — ISBN: 84-7585-338-2

I. Duplá, Antonio II. Emborujó, Amalia 1. Historiografía 2. Historia  
930

## INDICE

Introducción <i>Antonio Duplá-Amalia Emborujó</i> .....	9
La Historia hoy: acosada y seducida <i>Juan José Carreras</i> .....	13
Humanismo e Inquisición en el Siglo de Oro <i>José López Rueda</i> .....	19
Crítica histórica y reconstrucción del período precondal en la Cataluña del siglo XVIII <i>Jordi Cortadella</i> .....	37
Storia Antica tra le due guerre. Linee di un bilancio provvisorio <i>Mario Mazza</i> .....	57
La evolución de la Historia Antigua peninsular en el siglo XX. Ensayo historiográfico <i>Gonzalo Bravo</i> .....	81
Índice de nombres .....	95

La publicación de este volumen ha sido subvencionada por el Convenio de Cooperación Cultural entre la Excma. Diputación Foral de Alava y el Vicerrectorado del Campus de Alava de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco  
Argitarapen Zerbitzua Euskal Herriko Unibertsitatea  
I.S.B.N.: 84-7585-338-2  
Depósito legal: BI-2.275-94  
Fotocomposición: Ipar, S.C.L.  
Particular de Zurbaran, 2-4 - 48007 Bilbao  
Imprime: Imprenta Boan, S.A.  
Padre Larramendi, 2-bajo - 48012 Bilbao

## INTRODUCCION

Son escasas las ocasiones en las que los profesionales de la Historia Antigua o, mejor, de las Ciencias de la Antigüedad podemos debatir sobre cuestiones historiográficas relativas a nuestro ámbito de estudio. Hoy por hoy parecería que este tipo de reflexiones, cada vez más frecuentes en otras especialidades históricas y no digamos ya fuera de nuestras fronteras, todavía no han calado entre nosotros. Como un intento de superar esa situación, hace no demasiado tiempo, en el mes de noviembre de 1990, el Departamento de Estudios Clásicos de la Facultad de Filología y Geografía de Historia de la Universidad del País Vasco organizaba un curso sobre «Estudios Clásicos e Historiografía moderna». Era la primera vez que la reflexión historiográfica constituía el centro de atención específico en una iniciativa promovida por este Departamento y la experiencia, en nuestra opinión, fue un éxito.

La pretensión de los organizadores, los abajo firmantes, fue abordar dos campos generalmente separados en nuestros círculos académicos e investigadores. Se trataba, por un lado, del mundo antiguo, encerrado en el ámbito de las Ciencias de la Antigüedad y, por otro, de la historiografía moderna, todavía hoy generalmente más activa en torno a los departamentos de Historia Moderna o Contemporánea. La idea inicial con la que jugábamos suponía la presentación de distintas síntesis sobre la evolución de las Ciencias de la Antigüedad, desde una perspectiva historiográfica, en los últimos siglos. Sin embargo, tras constatar las dificultades de un planteamiento de ese tipo, dada la inexistencia de estudios particulares que permitieran tal síntesis, se impuso un planteamiento más particularizado de la cuestión.

Este libro recoge la mayor parte de las colaboraciones de aquel curso. Adelantamos una breve explicación de su contenido. Dado que una parte sustancial del público destinatario entonces, estudiantes de segundo y tercer ciclo y profesores de Historia Antigua y Filología Clásica, estaba y está muy poco familiarizado con las últimas discusiones sobre la evolución de la ciencia histórica, parecía imprescindible una introducción general sobre el tema, que corrió a cargo del Prof. Juan José Carreras (Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza). La intervención del Prof. Carreras, que mantiene el tono coloquial de su conferencia, abre este volumen. A partir de esa introducción, se estudian algunos problemas par-

ticulares, desde los procesos inquisitoriales a significados humanistas del Siglo de Oro (Prof. José López Rueda, antiguo catedrático de la Universidad «Simón Bolívar» de Caracas), a la importancia del mundo antiguo en los inicios de la historiografía nacional catalana (Dr. Jordi Cortadella) y el análisis de la historiografía sobre la Antigüedad en el período de entreguerras y su papel en la configuración de las ideologías fascistas, en especial en los casos alemán e italiano (Profesor Mario Mazza, catedrático de «Storia di Roma» de la Universidad «La Sapienza» —Roma—). Finalmente, Gonzalo Bravo (Profesor Titular de Historia Antigua de la Universidad Complutense), analiza, en sus aspectos administrativo-académicos y metodológicos, la evolución de la relativamente reciente especialidad de Historia Antigua en las universidades españolas.

Se trata de un conjunto de temas, aparentemente dispar, que sirven para desarrollar las que en su día fueron coordinadas básicas del curso: analizar diferentes episodios y momentos de la historia de los Estudios Clásicos en el mundo moderno, en el contexto de los problemas historiográficos y sociales más generales. Por otra parte, está supuesta disparidad refleja, como ya se ha apuntado, la juventud del debate historiográfico en el ámbito de nuestras Ciencias de la Antigüedad. No es casual que los trabajos aquí presentados analicen algunos de los temas en los que se centra hoy esta incipiente reflexión, esto es, su relación con las reconstrucciones ideológicas nacionales y nacionalistas o la evolución más reciente, en nuestro siglo, de la Historia Antigua. Junto a ello se aborda un terreno más trillado, pero generalmente desde la perspectiva filológica, como pueda ser el del humanismo y la tradición clásica. A esos aspectos se suma la aportación de un reconocido especialista internacional sobre un problema muy estudiado, no por casualidad, particularmente en Italia o Alemania (el clasicismo y las ideologías autoritarias en nuestro siglo). Esperemos que, dentro de unos años, la temática se amplíe y se puedan abordar proyectos más ambiciosos. Mientras tanto, podríamos decir que, hasta cierto punto, aquel curso de 1990 y esta publicación se suman, modestamente, a la vía abierta de forma sobresaliente por el congreso sobre la «Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)», celebrado en Madrid en diciembre de 1988, cuyas Actas han aparecido recientemente<sup>1</sup>.

En cuanto al panorama actual de la historiografía moderna sobre los Estudios Clásicos, hay que partir de una constatación previa. Tiene ésta que ver con la afirmación de que, en cierta medida, la reflexión historiográfica presupone un determinado grado de madurez y desarrollo científicos y metodológicos en una especialidad dada. Desde ese punto de vista las Ciencias de la Antigüedad en las universidades y centros de investigación españoles, tal y como señalan recientes estudios sobre la cuestión, todavía no habrían alcanzado plenamente dicho estadio<sup>2</sup>. De ahí, por tan-

<sup>1</sup> J. Arce-R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, C.S.I.C., 1991. Vid. A. Duplá, «Crónica del Congreso sobre Historiografía...», *STVDIA HISTORICA* (H.<sup>a</sup> Antigua) VII, 1989, 132-35.

<sup>2</sup> J. Arce-D. Plácido, «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua», en *Tendencias en historia*, Madrid, ANEP-CSIC, 1988, 19-26 (muy críticos); Fco. Beltrán-Fco. Marco, «Historia Antigua», en J. Gómez Pallarés-J. J. Caerols (eds.), *ANTIQUA TEMPORA. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, Ediciones Clásicas, 22-47 (más matizado). Vid. también las contribuciones de G. Bravo en este mismo volumen y en el Congreso citado, «Elementos para un estudio de las tendencias en la historiografía española en el último cuarto de siglo»; J. Remesal, «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina académica», *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, III, Santiago de Compostela, 1988, 313-20.

to, ese camino todavía por andar. Sin embargo, algo parece que se está moviendo en este terreno. Desde luego, estamos todavía a años luz de otros países, que cuentan con una tradición y unos maestros, véase, por citar sólo unos nombres especialmente distinguidos, Moses I. Finley, Arnaldo Momigliano, Karl Christ o el propio Mario Mazza, indiscutibles. Pero, quizá al calor de la eclosión internacional de la historiografía (ahí están las cada vez más numerosas revistas especializadas, como *History and Theory*, *Storia della Storiografia*, *Quaderni di Storia*, *Rivista di Storia della Storiografia moderna*, etc.), o por la lógica evolución interna, comienzan a aparecer, lenta pero regularmente, trabajos específicos, ya sea artículos o reseñas de obras importantes publicadas en el extranjero<sup>3</sup>. En esa perspectiva nos situamos con esta obra.

Suele suceder que, lamentablemente, la publicación correspondiente no puede repetir el curso o congreso que está en su origen, ni en la riqueza y animación de los debates dentro y fuera de las sesiones, ni en todas las colaboraciones que entonces se dieron, como es aquí el caso con las conferencias de M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez León y Jon Juaristi<sup>4</sup>. No obstante, pensamos que los estudios ahora presentados constituyen una aportación de indudable interés para el desarrollo de la historiografía sobre la Antigüedad clásica y confirman la importancia que reciben los estudios historiográficos, en particular los relativos al mundo antiguo, en la Universidad del País Vasco.

Para acabar, son obligados diversos agradecimientos. En primer lugar, a Juan Santos, Catedrático de Historia Antigua y Director del Departamento de Estudios Clásicos de la Facultad de Filología y Geografía de Historia de la Universidad del País Vasco, por su colaboración en la organización del curso celebrado en 1990; de igual modo al Vicerrectorado del Campus de Alava de la UPV/EHU quien, gracias al Convenio Cultural establecido con la Diputación Foral de Alava, subvencionó el curso en 1990 y financia hoy esta publicación; finalmente, al Comité de Redacción de *VELEIA*, que ha aceptado su inclusión en sus «Anejos».

A.D. y A.E.  
Vitoria-Gasteiz  
Abril de 1993

<sup>3</sup> Algunos trabajos recientes, además del Congreso de 1988 y de este volumen: la introducción de G. Bravo a S. Montero Díaz, *Estudios sobre pensamiento antiguo e historiografía*, Lleida, Dilagro, 1988; J. Cortadella, «M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España», *STVDIA HISTORICA* (H.<sup>a</sup> Antigua) VI, 1988, 17-25; F. Wulff, «Andalucía antigua en la historiografía española», *Ariadna* 10, 1992, 7-32; A. Duplá, «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», *Rivista di Storia della Storiografia Moderna* XIII. 3, 1992, 199-213; A. Emborujó, «El País vasco en la Antigüedad a través de tres escritores vascos del siglo XIX: Navarro Villoslada, Araquistain, Trueba», *Veleia* (en prensa); recensión de M. Bernal, *Black Athena*, por parte de J. L. Castro, en *Gerion* 9, 1991, 309 ss.; etc. Hay que apuntar la elaboración de las primeras tesis específicas sobre historiografía moderna relativa al mundo antiguo (la de J. Cortadella, «La Història antiga en la historiografia catalana», leída en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1991). Otra tesis específica, en curso de elaboración, es la A. Emborujó sobre la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad en el siglo XIX. Son contados los trabajos anteriores a los años 80: G. Fatás, *Sobre algunos manuales soviéticos de historia antigua*, Zaragoza, 1974; A. Prieto, «El franquismo i la Història Antiga», *L'Avenç* 18, 1979, 75-77.

<sup>4</sup> Versaban sobre las revueltas serviles de los últimos siglos de la República romana y su interpretación moderna (Prof. M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez León, Catedrática de Historia Antigua de la Universidad de Baleares) y sobre la elaboración de los mitos sobre la España primitiva por parte de los primeros cronistas vascos (Poza, Garibay, etc.) y su reelaboración posterior en el siglo XIX, centrándose, para este segundo momento, en el vascoantabrismo (Jon Juaristi, Profesor Titular de Filología Española de la Universidad del País Vasco). De Jon Juaristi son imprescindibles sobre esta temática *El linaje de Aitor*, Madrid, Taurus, 1989 y, recientemente, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, Siglo XXI, 1993.

## LA HISTORIA HOY: ACOSADA Y SEDUCIDA

Juan José CARRERAS

El intento de exponer la situación de la historia hoy con un mínimo trasfondo, precisamente histórico, y en el transcurso de una conferencia, no puede ir más allá de un panorama de sus pulsaciones metodológicas, siendo imposible descender al detalle de obras y autores concretos. Estoy seguro de que en esto me daréis todos la razón.

Para empezar, y no necesariamente por el principio (del que trataremos más adelante), lo que podemos llamar «nueva historia», esta historia que había dado la espalda a la historia académica y, sobre todo, política, imperante en el tránsito de siglo, apenas recuperada de la previsible contraofensiva de los neoconservadores se encuentra acosada y seducida, según los casos, en dos frentes muy distintos.

Por un lado, la sociología histórica se dirige a una historia que, en gran medida, se confiesa y proclama como historia social, proponiéndole un matrimonio de conveniencia, un matrimonio con un reparto de tareas o bienes gananciales, en el fondo muy discriminatorio para nuestra ciencia. Naturalmente ya han quedado atrás las imágenes agresivas (la historia como mera cantera de materiales en bruto que elabora después la sociología, ladrillos, etc.), imágenes que habían sido compensadas, a veces, por la condescendencia conmisericordiosa con la que los historiadores contemplaban a ciencias sociales tan jóvenes como la sociología. Pero, en el fondo, se viene a decir otra vez algo que, por ejemplo, ya dijo Max Weber al comienzo de su magna obra *Economía y Sociedad*: «la sociología construye conceptos tipo y busca reglas generales del suceder, en oposición a la historia que aspira al análisis causal y a la atribución de acciones individuales... (la sociología) paradigmatisa el material empírico de la historia». Y en esta línea de pensamiento, los entusiastas de la sociología histórica, que también los hay entre los historiadores, reciben de ella los modelos de lo posible, un posible que como real sucedido explica la historia, sirviéndose de los conceptos que le suministra su pareja, la sociología histórica. Es este un matrimonio que le permite a la historia en boga en los sesenta, la historia como historia social o de la sociedad, seguir trabajando con los mismos objetos y sujetos que hasta ahora, pero alimentada conceptualmente por la sociología histórica.

El matrimonio que le propone en cambio la antropología a la historia es un matrimonio por amor y, como sucede en estos casos, un amor que exige renuncias y

sacrificios por parte del amado, en este caso la historia. La antropología exige de la historia social que renuncie a sus objetos y a sus sujetos. Que abandone, en consecuencia, los macroprocesos y macroestructuras en beneficio de la experiencia y cultura de los pequeños grupos humanos: una fiesta, una huelga, la vida en una pequeña comunidad. Se descubrirán así nuevos sujetos, que ya no serán sujetos colectivos, como las clases sociales o las masas, sino sujetos individuales. Claro está que no se trata de los viejos sujetos de la vieja historia, los reyes, los generales y los gobernantes, son los sujetos individuales anónimos: una pareja adulterina en el siglo XVII con Natalie Davis o un panadero del XV con Ginzbourg... Se le pide a la historia que, en vez de seguir siendo la gran administradora de conceptos generales al servicio de grandes construcciones teleológicas (la modernización, la industrialización, la revolución burguesa, etc.), afine sus sentidos para percibir lo extraño y lo marginal, lo anónimo y su sentido. Y, como consecuencia, la vuelta de la narración, pero no al servicio de la gran historia del pasado (como algunos pretenden todavía y otra vez), sino al servicio de lo humano individual y sus dimensiones sensibles y simbólicas. Aunque hay entregas cautelosas, que consideran el paradigma del trabajo de campo del etnólogo como «mero correctivo», hay también entregas totales, auténticas fusiones amorosas: en 1983 Sahlins proclamaba que las diferencias teóricas entre antropología e historia ya no existían, y unos años después una historiadora norteamericana decía, sin ambages: «la antropología nos proporciona una especie de visión superior de la realidad social a que tendríamos que convertirnos los historiadores...».

Así están hoy las cosas. Pero quizá convenga ahora comenzar por el principio, y no solo por exigencias de la cronología. Pues sucede que en nuestro país generalmente se conoce el comienzo del camino sólo a través de la versión de los vencedores, y de los vencedores franceses precisamente.

Es verdad que la historia pagó caro el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, un tránsito que supuso su progresiva profesionalización como disciplina universitaria, pero, al mismo tiempo, el abandono de las generalizaciones que había alumbrado el pensamiento ilustrado, de Montesquieu a la escuela escocesa. Es verdad también que el idealismo que albergaba el historicismo alemán en sus comienzos sufrió, por razones que no son del caso, un progresivo empobrecimiento, hasta cristalizar en lo que se ha llamado el paradigma académico de finales de siglo. Pero todo esto no significa que la llamada historiografía positivista tenga que ser vista a través de la caricatura que de ella hizo, sobre todo, un Lucien Febvre.

Pues los historiadores positivistas nunca creyeron que la historia como tal resultase automáticamente de los hechos, una vez ordenados sobre la mesa. Unos hechos configurados de tal manera que encajarían mecánicamente unos en otros, a la manera de un puzzle. Lo que sí creían los positivistas era en la existencia de una fase de análisis de las fuentes (la recolección de hechos), epistemológicamente garantizada en la medida en que el historiador ofreciese unos mínimos de capacidad profesional y de honradez personal, en resumen: erudición más deontología. Pero, esto no era todavía historia para los positivistas, la historia llegaba en la fase de síntesis, en la llamada «construcción histórica». Dos citas, nada menos que de Seignobos, la auténtica bestia negra de la polémica de los «annalistas», definen a la perfección lo que hemos dicho. La primera dice: «toda ciencia está formada por una serie de respues-

tas a cuestiones metódicas...; la historia, so pena de perderse en la confusión de sus materiales, ha de obedecer estrictamente a la necesidad de proceder por cuestiones como las otras ciencias...; éste es el problema fundamental del método». Pero hay más, y este más se revela en la segunda cita, un párrafo con el que el tratadista francés cierra su tan denostada *Introducción a los Estudios históricos*, que el autor publicó en unión de Langlois en el albor de nuestro siglo. «Cuando estén reunidos todos los hechos, nos dice Seignobos (ésta sí era la auténtica ilusión o deformación positivista, según quiera juzgarse), entonces la historia todavía no estará fijada de una vez por todas, sino que la visión del pasado seguirá modificándose a medida que el estudio directo de las sociedades actuales, haciéndose más científico, haga comprender mejor los fenómenos sociales y su evolución.»

¿Qué significan estas dos citas?, pues que la historia «positivista» a lo Seignobos, una vez proclamada la santidad de los hechos, estaba dispuesta a realizar con ellos toda clase de combinaciones ayudada, además e incluso, por las nacientes ciencias sociales. Así se explica que si Seignobos critica algo al seminario alemán de historia, un modelo respetado en toda la Europa de entonces, era su falta de interés por la sociología.

Realmente a la vieja dama que era la historia universitaria de finales de siglo no le inquietaban demasiado las nuevas disciplinas que, además, se desarrollaban en otras Facultades, como la historia de la economía o las elaboraciones de los sociólogos. Extirpadas convenientemente las herejías (caso Lamprecht), la historia se dejaba confortar filosóficamente con posturas como las de Rickert, para quien, como es sabido y entre nosotros incluso a través de la colección Austral, «La historia como ciencia no representa a la realidad más que considerando lo especial y lo individual...; sólo una ciencia que trata de lo sucedido realmente y una sola vez (einmalig) puede llamarse ciencia de la historia».

Pero claro está, al lado de la robusta confianza en su método y en la naturaleza de su conocimiento, no dejaba de experimentarse cierto malestar al constatar la inadecuación entre las categorías reinas de la historiografía y los nuevos fenómenos de la época del imperialismo. Un principio que sintetizaba muy bien cómo concebían la historia los historiadores de finales de siglo, el principio del primado de la política exterior, entraba en conflicto con la realidad turbulenta de los Estados europeos en vísperas y después de la primera guerra mundial.

Y había también otra cosa. La correspondencia de Bernheim en Alemania, el máximo metodólogo de la época, o los textos introductorios de un personaje bien conocido en España, como Henri Berr, muestran que ya eran varios los historiadores que percibían que la demanda social exigía un nuevo tipo de historia, que fuese más allá de la historia política, de la historia «evenemencial» de batallas, intrigas diplomáticas y biografías ilustres.

Todo esto explica que la historia tradicional, dejemos de llamarla positivista por una vez, entrase en crisis en todo el Occidente casi al mismo tiempo. Las soluciones a esta crisis varían naturalmente según los países. En América se sustancia sin dramatismo, dada la relajada relación con las ciencias sociales y otros factores que no podemos tratar ahora, en Inglaterra se ignora por razones que tampoco son del caso, en Alemania se reprime casi diríamos violentamente y en Francia florece de la manera que sabemos.

En Francia la solución de la crisis se realiza a costa de las otras ciencias sociales. Lo que había proyectado de manera algo ingenua Henri Berr, lo realizaron con más cálculo y resultados la escuela de los «Annales» que, calladamente, erigieron a la historia en ciencia de síntesis a cuyo servicio estarían las demás. La sociología ganará batallas después de muerta —como lo demuestra la publicación en 1960 del artículo donde el sociólogo Simiand despedazaba al bueno de Seignobos, artículo que los «Annales» no dudan en significar como uno de los documentos fundacionales de la nueva historia.

Tras 1945 todo parecía señalar el ocaso definitivo de la vieja historia. Aunque seguía resistiendo en los reductos académicos germánicos, sus días allí también estaban contados. A primera vista parecía favorecer la autonomía disciplinar de la historia el ahistoricismo de que hacía gala la escuela funcionalista en sociología, auténtica sociología del imperio americano. Sin embargo, había otras ciencias sistemáticas que no dejaban de presentar problemas (acosos o seducciones) a la nueva historia. Efectivamente, había el problema de la fundación de nuevas naciones (al calor de la descolonización) o el problema de la reeducación de las viejas (la reeducación de los alemanes), el problema del despegue y desarrollo del recién bautizado Tercer Mundo. Todo esto hace que politólogos y economistas se interesen por la dimensión histórica, ofreciendo las terapéuticas diversas para atender a las distintas patologías históricas. Y la historia, esta historia nueva que los franceses habían bautizado confusamente como «la historia total» comienza, bajo estas nuevas influencias, a poblarse de tablas y estadísticas, es el momento de la cuantificación, que después será la serialización, para llegar al matrimonio por hipnosis que le propondrán los cliómetras americanos...

En todo caso, la época posterior a la segunda guerra mundial es, sobre todo, la época de la hegemonía de la escuela francesa, la escuela de los «Annales». Una hegemonía simbolizada sobre todo en la obra, y no solo en la obra escrita sino en la obra organizativa al servicio de un claro proyecto de hegemonía, de la gran figura que fue F. Braudel. La «historia total» parece resolverse en la conocida construcción braudeliiana de los tres tiempos históricos, objeto de tantos entusiasmos como de tantas acerbas críticas. Puede discutirse hasta qué punto esta construcción braudeliiana representó en su origen un intento de neutralizar la amenaza que representaba para la historia el estructuralismo antropológico, en la medida en que el tiempo largo o lento braudeliiano proporciona a la historia una dimensión cuasi inmóvil, en la que puede alojarse lo antropológico. Pero lo que está fuera de duda es que el abandono de la dimensión política al tiempo breve y azaroso, mientras que se privilegiaban las permanencias geohistóricas, debilitó la historia total, propiciando lo que vino después.

Y lo que vino después fue la tercera generación de «Annales», que presencia el reflujó sobre lo cultural y hasta lo simbólico, su limitación al objeto de estudio, abandonando cualquier visión totalizadora del proceso histórico y social. La confluencia de la antropología con la aplicación de muy distintas técnicas y métodos pluridisciplinarios hará «estallar» la historia, «la historia en migajas», la historia en definitiva desmembrada en temas y métodos. Esta historia entregada a la dimensión antropológica cultural solo salvará en ocasiones una visión general gracias a la relación (adulterina) que seguirá guardando con la sociología histórica (o el marxismo).

En resumen, un «menage a trois» en el mejor de los casos, historia, antropología y sociología. En Alemania, en principio, las cosas suceden más tarde y de otra manera. Más tarde, y cabría preguntarse por qué, ya que hasta 1975 no aparece una revista como *Geschichte und Gesellschaft*, cuando veinte años antes lo había hecho, por ejemplo, *Past and Present* en Inglaterra y en 1929, como es sabido, los *Annales*. La explicación nos proporcionaría la prueba de que no hay metodologías inocentes, de que las raíces de la ciencia histórica alemana o francesa hay que buscarlas en la estructura social de la Alemania guillermina imperial o en la Francia de la Tercera República. Pero sería otra conferencia.

Por eso, nos limitaremos a señalar el punto de arranque, o de llegada, según se vea. Mediados los sesenta en Alemania, nos referimos naturalmente a la República Federal Alemana, la historia nueva se define como ciencia social, y ciencia social crítica, con una teoría explicitada, una dimensión comparativista y una metodología sistemática que, sin embargo, renuncia a las vertientes hermenéuticas. Y para rematar el cuadro, una confesión de paternidades sin reservas, y aquí habría que citar sobre todo a Carlos Marx, Max Weber y la sociología anglosajona.

Pero hay algo más. La nueva historia en Alemania, al revés de lo que sucedió en Francia, se centra en la contemporaneidad y no prescinde, sino todo lo contrario, de la dimensión política (lo que no es de extrañar dadas las paternidades confesadas). Bastaría comparar dos títulos significativos: *El Mediterráneo y Felipe II* de F. Braudel (1947), un espacio geográfico de la alta modernidad dominado por las inercias geohistóricas de la historia estructural, y *Bismarck y el imperialismo* de Wehler (1969), un tema y un personaje enclavados en el dinámico proceso de la industrialización y los cambios sociales y políticos.

Pero a la altura de los años setenta-ochenta, tanto la escuela francesa como la alemana son solicitadas (amorosa o polémicamente) por la antropología. Es natural que de estas dos escuelas que hemos escogido como ejemplos de la historiografía actual, la primera sucumbiese antes a las propuestas de la antropología social y cultural. Los alemanes, que mantenían una relación más continuada con la sociología histórica y que no habían sufrido el efecto desintegrador de la cuantificación (serialización) en la misma medida que los franceses, tardan más en recoger el guante (o en aceptar la declaración de amor), pero también tendrán que hacerlo (la moda de la historia «von unten», los talleres de historia, etc.).

Pero la antropología, como ya dijimos al principio, va más allá del matrimonio de conveniencia que propuso en su momento la sociología a la historia. Y en este sentido interesa, para cerrar la configuración del escenario historiográfico, insistir en que no se trata sólo aquí de enriquecer a la historia o dividir más convenientemente el trabajo, sino que se pretende establecer un nuevo tipo de conocimiento. La «mirada del antropólogo» como principio operativo que nos distancia de lo aceptado y, como principio metodológico, por poner un ejemplo muy célebre, la «descripción densa» (*thick description*) a lo Geertz, que asume el punto de vista del nativo, de manera tan consecuente que se proclama que «la teoría del nativo es la teoría del historiador».

Al leer tales cosas uno puede legítimamente preguntarse hasta qué punto se trataría, no tanto de una ruptura metodológica, como de una regresión, por muy enriquecida que se presente, al viejo principio del historicismo rankiano de comprender cada época, cada individuo, en sus propias categorías.

Y para concluir. En esta enumeración de pulsaciones metodológicas puede extrañar la ausencia del marxismo. Esto no es debido a la economía de la exposición, sino que responde a la convicción, que podría ser objeto de otra conferencia, de que el marxismo constituye implícita o explícitamente el supuesto necesario (en el caso de la relación sociología-historia), o el correctivo compensador (en el caso de la relación historia-antropología), de todos los movimientos y aproximaciones que han sido evocados a lo largo de esta conferencia. Y creemos que sigue siendo la referencia obligada de todos aquellos que, como dice el ilustre colega que también participa en este curso, el profesor Mario Mazza, no reconocemos las ventajas del «pensamiento débil», tan de moda hoy en día, y continuamos creyendo «in uno statuto epistemológico «forte», ed in una funzione «critica», politico-sociale, della storia, anche in un mondo che cambia».

## HUMANISMO E INQUISICION EN EL SIGLO DE ORO

José LOPEZ RUEDA

Aunque varias fueron las causas<sup>1</sup> que obstaculizaron en nuestro país el desarrollo de los estudios clásicos, las censuras y procesos inquisitoriales constituyen una de las más importantes. Las tareas de crítica textual sobre los libros sagrados no eran vistas con buenos ojos por muchos católicos, que, según Pedro Juan Núñez, hasta «querrían que nadie se aficionase a estas letras humanas, por los peligros que ellos pretenden, que en ellas ay, de como enmienda el humanista un lugar de Cicerón, assi enmendar uno de la escritura y diciendo mal de comentadores de Aristóteles, que hará lo mismo con los Doctores de la Iglesia»<sup>2</sup>.

El prejuicio contra los cultivadores de la crítica textual les suscitaba la enemistad de muchos pseudo-cultos reaccionarios o «bárbaros», como los solían llamar nuestros humanistas. En parte por envidia, en parte por auténtico celo ortodoxo, los «bárbaros» consideraban el trabajo filológico un semillero de herejes del que debía apartarse la juventud. Según Pedro Simón Abril<sup>3</sup>, los filólogos españoles, que se esforzaban por devolver a los textos antiguos su prístina pureza, se veían menospreciados por juristas y teólogos, quienes aprovechaban su mayor prestigio social para lanzar sobre los humanistas la sospecha de heterodoxia. El miedo a que se pusiera en tela de juicio la autenticidad de la Vulgata latina, que era el texto oficial de la Iglesia, fue la causa de las hostilidades del Santo Oficio contra los cultivadores de las lenguas antiguas y, especialmente, contra hebraístas y helenistas. *Qui Graecizat, lutheranizat*, era un dicho muy común entre los ortodoxos, que expresa muy bien la actitud de la Iglesia frente a quienes consideraban más fiable el texto griego del Nuevo Testamento que la versión latina de la Vulgata.

Si tenemos en cuenta las peligrosas suspicacias que originaba su labor entre las autoridades eclesiásticas, parece increíble que nuestros filólogos se dedicaran con entusiasmo a la corrección de manuscritos y a la publicación de sus conjeturas cuando

<sup>1</sup> Para una información general sobre estas causas, cf. Luis Gil, *Panorama social del Humanismo Español*, Alhambra, Madrid, 1981 y José López Rueda, *Helenistas españoles del siglo XVI*, C.S.I.C., Madrid, 1973. Epílogo, pp. 411-420.

<sup>2</sup> Cf. Luis Gil, *Panorama...*, p. 262.

<sup>3</sup> Citado por Morreale, *Pedro Simón Abril*, Madrid, C.S.I.C., 1949, p. 29.

lograban superar las dificultades económicas y técnicas. A pesar del aislamiento y de la escasa repercusión social que obtenían con sus trabajos de crítica, los humanistas españoles proseguían su callada labor y algunos, como Nebrija y Hernán Núñez de Guzmán, también llamado el Pinciano o el Comendador Griego, anticipaban ideas de crítica textual que los eruditos extranjeros, con ese rutinario y prejuicioso desdén hacia las cosas de España, suelen atribuir a filólogos posteriores. Ello no es óbice para que algunos autores foráneos de primera fila hayan reconocido los méritos de los humanistas españoles en este campo; así Justo Lipsio<sup>4</sup> en el siglo XVI, elogia los trabajos críticos del Comendador Griego, y Charles Graux, en la pasada centuria, los considera entre los precursores de la actitud filológica propiamente dicha<sup>5</sup>. Por otra parte, en el aparato crítico de las ediciones modernas, encontramos todavía los nombres del Pinciano, Antonio Agustín, Pedro Juan Núñez y el Brocense. Algunas de las correcciones llevadas a cabo por éstos han merecido el honor de ser incorporadas a los textos y otras muchas se citan con elogio.

Aunque sólo en contados casos la represión inquisitorial fue muy grave, la verdad es que muchos de nuestros humanistas fueron perseguidos alguna vez en su vida por el Santo Oficio. El caso más lamentable fue el del clérigo Juan del Castillo<sup>6</sup> perteneciente al famoso grupo de los alumbrados de Toledo. Hacia 1525, este sacerdote explicaba en dicha ciudad un curso de griego, cuyos principales oyentes eran también presbíteros. El interés por el griego se debía al deseo de leer los evangelios en el idioma original, lo que revela evidentemente la influencia de Erasmo. Cuando se iniciaron los procesos contra los alumbrados, Juan del Castillo logró escapar de España; pero la Inquisición lo buscó en Italia donde se había refugiado y lo encontró en Bolonia, en cuya universidad explicaba griego a la sazón. Trasladado a España, al verse preso y sin esperanza, intentó suicidarse. Murió en la hoguera después de un largo proceso por herejía, durante el cual fue con frecuencia torturado.

También el Santo Oficio tuvo que ver con Juan Luis Vives<sup>7</sup>, uno de los más grandes humanistas españoles del siglo XVI y buen amigo de Erasmo. Gracias a los estudios del P. Miguel de la Pinta y otros investigadores de nuestro siglo, hoy sabemos que Vives era de estirpe judía. Una tía suya y el hijo de ésta fueron quemados por la Inquisición en 1501. El padre de Vives murió en la hoguera en 1524 y los huesos de la madre fueron desenterrados y quemados en 1520. No puede, pues, extrañarnos que Vives se pasara la vida fuera de nuestro país y no quisiera aceptar la cátedra que a la muerte de Nebrija quedó vacante en Alcalá. Pero lo más admirable de este español universal es su acendrado patriotismo y su sincera ortodoxia, a pesar de que, según hemos visto, buenos motivos tenía para renegar de ambos.

La preocupación renacentista por devolver a las obras antiguas su pureza original, corrigiendo sus errores y aclarando sus lugares difíciles, surgió primeramente en el campo de la literatura sagrada. Al filo de 1500, después de medio siglo de im-

<sup>4</sup> Cf. Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana nova*, Madrid, 1783-1788, tomo 1, p. 383.

<sup>5</sup> Cf. Charles Graux, *Essai sur les origines du fonds Grec de l'Escorial*, París, 1880, pp. 10 y 11.

<sup>6</sup> Cf. Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, Fondo de Cultura Económica, México y Buenos Aires, 1966.

<sup>7</sup> Cf. M. de la Pinta Llorente-J. M. de Palacio y de Palacio, *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives. Proceso contra Blanquina March madre del humanista*, Madrid, C.S.I.C., 1964 y J. Ventura, *Inquisició espanyola i cultura renaixentista al País Valencià*, Valencia, 1978, pp. 163-200 (Citados por Luis Gil, *Panorama...*, pp. 432-433).

prenta, que había multiplicado por millares los textos corruptos, la necesidad de una crítica bíblica se hacía sentir con mayor urgencia que nunca. Uno de los primeros europeos en darse cuenta del problema y en tratar de solucionarlo, fue Elio Antonio de Nebrija<sup>8</sup>, quien, durante su estancia de diez años en Italia había conocido el ambiente de libertad crítica promovido en aquel país por las *Anotaciones al Nuevo Testamento* de Lorenzo Valla. Posteriormente, su contacto en España con algunos sabios judíos contribuyó a confirmarle en su opinión de que era necesario recurrir a los libros originales si se quería lograr un texto fiel de la Biblia latina. En 1495, al dedicar a la reina Isabel la tercera edición de sus *Introducciones latinae*, declara Nebrija su decisión de consagrar el resto de sus días a la filología sagrada. Alrededor de esas fechas, Nebrija debía de tener escritas numerosas anotaciones sobre el texto bíblico. La noticia de tales investigaciones provocó la alarma de las autoridades eclesiásticas y el Inquisidor General, Fray Diego de Deza, le confiscó sus manuscritos sobre el asunto. Como sólo se trataba de una obra en preparación, el proceso no tuvo mucha importancia y Deza terminó devolviendo sus papeles a Nebrija. Pero nuestro gramático había quedado resentido con esta actitud reaccionaria de la censura inquisitorial y en su célebre *Apología*<sup>9</sup> dedicada al Cardenal Cisneros, defiende apasionadamente su derecho a comentar los textos de la Biblia desde su punto de vista de filólogo. «¿Acaso no es bastante —dice Nebrija al Cardenal— cautivar el intelecto en obsequio de Cristo en aquellas cuestiones que la religión exige creer? ¿Acaso tendrá que verse obligado también nuestro humanista a no saber lo que sabe en determinados puntos investigados y aclarados por él con razones adamantinas, argumentos irrefragables y demostraciones apodícticas? Inicuo es un poder que no te permite —salvada la piedad— decir libremente lo que piensas, peor aún, escribirlo entre cuatro paredes o, incluso, pensarlo en la soledad». Nebrija termina la *Apología* diciendo que, si bien la censura inquisitorial había silenciado su voz en tiempos anteriores, con el advenimiento del Cardenal Cisneros al cargo de Inquisidor General, le fue posible publicar sus comentarios a cincuenta lugares de la Biblia con el título de *Tertia quinquagena*.

El nuevo estilo de crítica textual escrituraria inaugurado en nuestro país por el Nebrisense, halló favorable acogida entre sus colegas y discípulos, así como también en los diversos círculos humanistas españoles. La vehemencia con que defiende en su *Apología* el derecho del investigador a buscar la verdad libremente y a expresarla sin trabas censorias, nos revelan un Nebrija muy distinto de ese sabio oficial, conservador y de cartón piedra que se suele ofrecer como modelo a la juventud. Situado en la avanzada de su tiempo, como un auténtico pensador que era, defiende el valor de una «ínfima disciplina» como era considerada entonces la gramática, y con ello de las ciencias objetivas en general, frente a las inútiles banalidades escolásticas de la época.

En la misma línea de Nebrija y un poco más audaz en sus ideas de crítica textual escrituraria, se encuentra el helenista Juan de Vergara. Desgraciadamente, no escribió ninguna obra sobre este asunto; pero las voluminosas actas del proceso inqui-

<sup>8</sup> Cf. Bataillon, *ob cit.*, pp. 25 y ss.

<sup>9</sup> *Aelii Antonii nebrissensis grammatici Apologia earum rerum quae illi obiiciuntur: quod in quosdam sacrae scripturae locos commentationes grammaticas edidit*. Sin año ni lugar de edición, pp. 2 y ss.

sitorial que se le siguió durante más de cuatro años<sup>10</sup>, nos revelan claramente sus concepciones al respecto. Así, por ejemplo, uno de los testigos, el P. Bernardino Flórez, agustino, declara ante el inquisidor Fernando Niño, en Madrid a 6 de septiembre de 1530, que en cierta reunión a la que también asistía el Dr. Juan de Vergara, él se había pronunciado en contra de las traducciones directas de la *Biblia* del griego y del hebreo por el peligro que entrañaban de interpretaciones subjetivas. Al oír esto, el mencionado Dr. Vergara, que a la sazón era secretario del Arzobispo Alonso de Fonseca, había dicho que «San Agustín por no saber griego no supo lo que se dijo en la declaración que hizo de los *Salmos* de David en el libro que se llama de las *Quinquagenas* <sup>11</sup>. Se reprocha, asimismo, a Vergara en el proceso el haber afirmado en repetidas ocasiones que algunas palabras de los *Salmos* y de Salomón difieren del texto griego, que él tenía por más cierto que el de la Vulgata. Y, finalmente, se considera también como muy peligrosa su opinión de que para entender bien la *Biblia* es menester acudir a las lenguas originales.

Vergara se defiende de estos cargos diciendo que, en efecto, San Agustín se equivoca a veces en sus declaraciones de los *Salmos* por ignorancia de las lenguas y, especialmente, del hebreo. El mismo San Jerónimo había criticado a San Agustín esta laguna de su formación intelectual. En cuanto a la consulta de los textos hebreo y griego para comprender mejor la *Biblia*, Vergara defiende enérgicamente su ortodoxia. Pues —nos dice—, «si el que se llega a la lengua original y tiene por más cierto lo que allí halla que lo que acá se usa, es hereje: hereje será San Agustín, que muchas veces se aparta de la letra que usa la Iglesia y sigue la del griego; hereje será San Jerónimo, que en el Salterio de que hoy usa la Iglesia nota tantas faltas...». Vergara termina su argumentación diciendo que, según tan estrecho criterio, también serían herejes personalidades tan libres de toda sospecha de heterodoxia como el Cardenal Cayetano, Nicolás de Lira en sus *Anotaciones al Antiguo Testamento* e, incluso, el Cardenal Cisneros, que las publicó y el Papa León X que en algunos de sus «breves» alaba a Erasmo por su traducción y comentarios del Nuevo Testamento «llamando a esta obra santa, y exhortándole a que la publique como útil a los teólogos y a la fé». Vergara termina su vehemente alegato diciendo que no le importaría nada en absoluto que lo colocaran entre tales herejes<sup>12</sup>.

Hasta una persona tan bien considerada en los medios pontificios como Juan Ginés de Sepúlveda, tuvo un proceso de censura inquisitorial<sup>13</sup> en 1556 por su traducción y comentarios de la *Ética* de Aristóteles. Sepúlveda quiso publicar esta obra en Francia o en Venecia para evitar que sus émulos obstaculizaran su publicación en caso de enviarla a Madrid. Pero esto no le fue posible y nuestro humanista no tuvo más remedio que solicitar la aprobación de la Corte. A instancias del dominico Fray Juan de la Fuente, la Universidad de Alcalá se encargó de dar curso al proceso de censura. Entre las diversas proposiciones consideradas heréticas por el censor, la Universidad sólo consideró una como peligrosa y recomendó a Sepúlveda que la co-

rrigiese para poder imprimir su obra, con lo que, después de todo, salió bastante bien librado. Si esto le sucedía a un escritor superortodoxo y casi más papista que el papa, nos podemos imaginar lo que les ocurriría a otros más independientes.

En 1559 se publica el Índice de Valdés y se adoptan drásticas medidas para la impresión y comercio de libros. Por otra parte, Felipe II promulga el 22 de noviembre del mismo año una pragmática por la que se prohíbe a los jóvenes españoles estudiar en universidades extranjeras para que no se contagien de luteranismo, con lo que, en una gran medida, corta prematuramente el cordón umbilical que alimentaba el desarrollo de nuestra ciencia. España se convierte para varias centurias en el *extremus Europae angulus* con que la definía el padre de nuestro helenismo, Francisco de Vergara, hermano de Juan, en el prólogo de su famosa gramática griega.

A partir de 1559, la persecución inquisitorial de las obras escritas por herejes compromete seriamente la seguridad de quienes las guardan en sus bibliotecas. Un ejemplo muy significativo lo constituye la investigación<sup>14</sup> que hizo el Santo Oficio de Salamanca sobre los catedráticos aficionados a las obras del helenista francés Pierre de la Ramée, acusado de formular en sus libros opiniones heterodoxas. Pierre de la Ramée o Petrus Ramus como lo llamaban en latín, era un enemigo irreconciliable del aristotelismo sistemático y un defensor de la Antigüedad Clásica frente al seco y trasnochado escolasticismo de su tiempo. Era natural que sus ideas progresistas encontraran en los humanistas españoles un campo abonado para su florecimiento. Entre las diversas respuestas dadas por los catedráticos interrogados por la Inquisición, destaca la de León de Castro, conservador a machamartillo y a la sazón catedrático principal de Griego en la Universidad de Salamanca. El viejo profesor adopta una actitud delatora contra sus colegas más progresistas. Estos se habían atrevido a poner en tela de juicio el sistema ideológico establecido por las más sesudas cabezas del catolicismo medieval y esto a León de Castro le parecía intolerable. Odiaba a los novedosos, con quienes había tenido ya coléricas discusiones, en las que, sin duda, no había logrado imponerse. Y como siempre suele suceder en tiempos de delación, los apaleados en el campo de las ideas compensan las abolladuras de su espíritu con la denuncia de sus rivales a la gendarmería. En su respuesta a los inquisidores, León de Castro les proporciona una serie de nombres para que inicien la averiguación y añade que, aunque no sabe exactamente quiénes son los aficionados a las obras de Pierre de la Ramée, sospecha que deben de ser «todos éstos que se tienen por muy latinos de Salamanca», es decir, los que se creen superiores por seguir los desatinos modernistas.

Probablemente el asunto sobre Petrus Ramus en Salamanca no pasó a mayores; pero, para expresarnos con un anacronismo, la Inquisición fichó como sospechosas a varias personas, entre las cuales figuraban el Brocense y Gaspar Grajal, que con el tiempo serían procesados. La investigación sobre Ramus se verificó durante el mes de mayo de 1568. Un año más tarde, cumpliendo órdenes del Consejo de la Inquisición, los comisarios del distrito salmantino llevan a cabo la requisita general de los libros de Ramus. Según los teólogos nombrados para la calificación de dichos libros, ninguno de ellos trataba de Sagrada Escritura o Teología y no contenían nada espe-

<sup>14</sup> Cf. Miguel de la Pinta Llorente, *Una investigación inquisitorial sobre Pedro Ramos en Salamanca*, Madrid, Monasterio del Escorial, 1933.

<sup>10</sup> El *Proceso de Juan de Vergara* ha sido publicado en gran parte por John E. Longhurst, «Alumbrados, erasmistas y luteranos en el proceso de Juan de Vergara» en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, fasc. 27 (1958), 28, 29, 30 (1959), fasc. 31-32 (1960), fasc. 35-36 (1962), fasc. 37-38 (1963).

<sup>11</sup> *Ibid.*, fasc. 27, p. 154.

<sup>12</sup> *Ibid.*, fasc. 31-32, pp. 347, 348.

<sup>13</sup> Cf. Angel Losada, *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su «epistolario» y nuevos documentos*, Madrid, 1949.

cialmente peligroso. Su único inconveniente, según el Dr. Sancho, Comisario de la Inquisición de Valladolid en Salamanca, era el hecho de haber sido escritos por «un autor tan depravado y corrupto hereje», que, sin duda, debió de escribirlos «antes de su tan gran perversión y corrupción». Teniendo en cuenta su inocuidad, muchos de sus dueños solicitaron licencia para conservarlos con la condición de borrar el nombre del autor. No sabemos si se la concedieron.

Poco después de terminarse la investigación sobre las obras de Pierre de la Ramée, se va a producir uno de los más dramáticos sucesos relacionados con la Inquisición en la Universidad de Salamanca. Me refiero a los procesos incoados por el Santo Oficio de Valladolid contra los catedráticos hebraístas Gaspar Grajal, Martín Martínez de Cantalapiedra y Fray Luis de León, así como también contra el catedrático de la Universidad de Osuna, Alonso Gudiel. Para cabal comprensión de este asunto, es necesario trazar una breve semblanza del Maestro León de Castro<sup>15</sup>, de quien hemos hablado anteriormente. Aunque estuvo varios años trabajando como profesor de Griego en la Universidad de Salamanca, no ocupó la cátedra principal hasta la muerte de Hernán Núñez de Guzmán, el Pinciano, en 1553. A partir de este año, la influencia de Castro en la Universidad alcanzó su punto más alto. Como también era catedrático principal de Gramática Latina, manejaba a su antojo la enseñanza de las lenguas clásicas. Uno de los principales asuntos que por entonces se debatían en el Claustro, seguía siendo el cultivo de los idiomas antiguos, que, al parecer, se hallaban en esta época un tanto bajos de nivel en Salamanca. Se había resuelto ya fundar un Colegio Trilingüe, pero los claustrales no se ponían de acuerdo sobre el lugar donde se debía construir. Muchos se mostraban partidarios de que se edificara lejos de la Universidad y se sacaran de la misma todas las cátedras de lenguas para concentrarlas en el futuro edificio. Les movía a tomar esta decisión la peregrina idea de que de este modo los estudiantes de lenguas, al no tener contacto con los de otras facultades, no se verían tentados a cambiar su vocación de «lingüistas» por las carreras de mejores perspectivas sociales. Contra estos planes más o menos maquiavélicos, se alza valientemente León de Castro, que en el Claustro de 22 de noviembre de 1554, refuta con demoleedores argumentos la decisión adoptada en la reunión anterior<sup>16</sup>. En opinión de Castro, si se llegaba a establecer el estudio de las lenguas fuera de la Universidad, se disminuiría la importancia de las mismas, lo cual iría contra el deseo gubernamental de fomentar estos estudios. El verdadero camino para estimularlos era honrar a los que a ellas se consagraban y no suprimir los modestos salarios con que se recompensaba a los profesores encargados transitoriamente de las clases de Gramática Latina, como, según Castro, se acababa de hacer por entonces en Salamanca. Porque, según Aristóteles, dice nuestro helenista, «en las repúblicas lo que quisieran que se seque y pierda que le quiten el premio y lo den por seco».

Como vemos, la valiente alocución de León de Castro no puede ser más plausible y de actualidad. Nuestro helenista consiguió que las lenguas se mantuvieran dentro del recinto universitario y que se establecieran cerca del mismo los colegios Tri-

<sup>15</sup> Para las actividades de León de Castro en la Universidad de Salamanca, puede consultarse mi libro sobre *Helenistas españoles del siglo XVI*, ob. cit. en nota 1, pp. 73 y ss.

<sup>16</sup> Archivo Universitario de Salamanca. Libros de Claustro, tomo 22, folio 108 vuelto.

lingüe y de Gramática Latina. La década de 1550 a 1560 constituye el período triunfal del Maestro León en la Universidad. Durante esos años, es uno de los principales dirigentes del Claustro y sus colegas aprueban con respeto sus ideas y proyectos. En el siguiente decenio su influencia sigue siendo considerable, pero algunos colegas más jóvenes se atreven a discutir su autoridad y tienen la osadía de rebatir públicamente sus ideas sobre exégesis bíblica. La aspereza de los ataques descubre sus trapos sucios en cuestiones de intereses económicos o le obliga a sacar las uñas para defender sus ideas. Aparece entonces la otra cara del humanista León de Castro, buen conocedor de las lenguas clásicas y entusiasta de la Teología. Las disputas con sus colegas dejan un eco en los Libros de Claustro que nos permite entrever sus oscuros tejemanejes mercantiles en el negocio de la enseñanza. Algunos sucesos reseñados en las actas nos presentan un León de Castro codicioso, acomodaticio y capaz de contradecirse públicamente en poco tiempo, según su conveniencia. El Maestro tenía en su casa una pensión o pupilaje de estudiantes y además daba en ella clases colectivas de Gramática Latina. La Universidad le había nombrado examinador oficial de tan importante asignatura, que era prerequisite para cursar las distintas carreras, y, como suele suceder en tales casos, favorecía a los alumnos que frecuentaban sus clases. Asimismo juzgaba con benevolencia a quienes se inscribían en su curso de Latín en la Universidad y no en el de Francisco Sánchez, que era el otro profesor de la asignatura. Ahora bien, los que no hacían ni una cosa ni otra, encontraban en León de Castro a un juez implacable y enfurecido. En el Claustro celebrado el 25 de abril de 1564, Sánchez acusa a Castro de suspender o «agraviar», como se decía entonces, a determinados estudiantes, que, examinados con sosiego, hubieran resultado aptos para obtener la cédula de aprobación. Según Sánchez, muchos de estos estudiantes «se perturban ante el Sr. Maestro y perturbados hierran y antes que tornen en sí los echa a palos de casa».

En medio de tan quevedescas hazañas pupilares, que nos hacen pensar irremediablemente en el Dómine Cabra del *Buscón*, León de Castro soñaba con la gloria literaria de los antiguos padres de la Iglesia y componía en un latín más o menos aceptable sus voluminosos *Comentarios a Isaías*. Por entonces ya había tenido su primer choque con Fray Luis de León, quien después sería su mortal enemigo, con motivo de un aula en que los dos profesores querían dictar sus respectivas clases. El pleito duró bastante y aunque el motivo del mismo no tenía gran importancia, probablemente los dejó mutuamente resentidos. Suponemos que ya por aquellas fechas habrían hecho sus respectivas escaramuzas en el campo de la exégesis escrituraria, donde sus concepciones eran radicalmente diversas. Fray Luis y sus compañeros Gaspar Grajal y Martín Martínez de Cantalapiedra se mostraban partidarios de recurrir al texto hebreo del Antiguo Testamento para su mejor comprensión, mientras que León de Castro tenía por sospechosos los manuscritos hebreos de la Biblia disponibles en su tiempo, pues, según él, las Biblias hebraicas estaban adulteradas por los rabinos y, por consiguiente, la versión griega de los LXX intérpretes, efectuada sobre un texto anterior no corrupto, debía guiar a la Iglesia para su interpretación de la Sagrada Escritura.

En 1569 las discusiones ideológicas entre los profesores salmantinos se tornan más ásperas que nunca. El impresor Gaspar de Portonariis, que había publicado la *Biblia de Vatablo* en 1555 y había perdido la edición por haber sido prohibida en el

Índice de Valdés, aprovechando la mayor tolerancia de la Inquisición en 1569, solicita permiso del Santo Oficio para volver a imprimirla, previa censura y corrección de los teólogos de la Universidad de Salamanca. Estos se reunieron en Claustro para llevar a cabo la revisión del libro y con este motivo se suscitaron una serie de polémicas. Fanáticamente fiel a sus concepciones sobre exégesis escrituraria, León de Castro desaprobaba algunos comentarios de la mencionada Biblia por parecerle propios de la interpretación judaica. Fray Luis de León combatía sus argumentos con dureza<sup>17</sup> y llegó a comprometer varias veces el prestigio del viejo catedrático al decirle: «No tenéis aquí más autoridad que la que aquí os quisiéremos dar» y hasta llegó a decirle que le haría quemar el libro sobre Isaías que entonces se hallaba en prensa. León de Castro le respondió que «con la gracia de Dios que ni a él ni a su libro prendería fuego, ni podía; que primero prendería en sus orejas y linaje». Esta era una clarísima alusión a los orígenes judíos de Fray Luis, condición que por entonces, como es bien sabido, resultaba bastante perjudicial, aun cuando el descendiente de hebreos se hubiese consagrado a la vida monástica. Por de pronto, el resultado de todo esto fue que la reimpresión de la *Biblia de Vatablo* no pudo realizarse hasta quince años después.

Entre tanto, León de Castro terminaba de imprimir sus *Comentarios sobre Isaías* en casa de Matías Gast, que aparecieron en Salamanca en el año 1570. En este libro monumental de 1.021 folios de texto, León de Castro exponía sus puntos de vista sobre exégesis que hemos explicado anteriormente. Tan pronto como estuvo listo, León de Castro, que les había pegado un buen pellizco a sus ahorros de catedrático pupilero para publicarlo, empezó a distribuirlo por los mercados de Medina del Campo y Ríoseco y por la ferias de Castilla la Vieja<sup>18</sup>. Pero la obra no se vendía y Castro empezó a pensar que todas las dificultades que había confrontado, primero para conseguir el permiso de edición y luego para la venta, se debían a las ocultas maquinaciones de ciertos enemigos suyos y, principalmente, de Fray Luis de León. Al parecer, cuando León de Castro tenía ya en sus manos el permiso real para publicarlo, la Inquisición había reclamado el manuscrito y lo había retenido en Madrid durante tres años. En opinión de Castro, la causa de esta retención había sido una denuncia formulada por Fray Luis y, para decirlo con palabras de su autor, demás *judaei et judaeizantes* de Salamanca. Estas maquinaciones habían desacreditado la obra y por eso no se vendía.

Envenenado por todas estas luchas, nada tiene de extraño que León de Castro, dado su carácter orgulloso y vengativo, denunciara a Fray Luis de León el 26 de diciembre de 1571, nueve días después de haberlo hecho el dominico Fray Bartolomé de Medina. Según puede leerse en el proceso<sup>19</sup>, tenía por entonces León de Castro cerca de sesenta años, mientras que Fray Luis debía de frisar con los cuarenta y cuatro. Es posible que en la enemistad existente entre los dos humanistas haya un conflicto de generaciones. Recordemos que León de Castro estaba acostumbrado a ser una especie de oráculo en la Universidad desde 1550 y debió de parecerle intolerable

<sup>17</sup> Cf. *Proceso que la Inquisición de Valladolid hizo a Fray Luis de León*, 2 vols., Madrid, 1847 (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos 10 y 11). Cf. especialmente el t. 10, p. 12.

<sup>18</sup> Cf. V. de la Fuente, *Historia de Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, Madrid, 1884, tomo 2, p. 287.

<sup>19</sup> *Ob. cit.* en nota 17, p. 7.

que un recién llegado a la cátedra, osara discutir abiertamente sus ideas en el Claustro. La denuncia de León de Castro costó a Fray Luis cinco años de prisión y pudo haber tenido peores consecuencias.

Desde el punto de vista de la crítica textual escrituraria, las principales acusaciones que el fiscal Diego de Haedo formuló contra los hebraístas, fueron las siguientes<sup>20</sup>:

1. Afirmar que el *Cantar* de Salomón es un poema amoroso dedicado a su esposa.
2. Decir que la Vulgata latina estaba mal traducida y que se podía hacer una versión más perfecta.
3. Dar preferencia a la interpretación bíblica de Vatablo, Pagnino y los hebreos sobre la Vulgata y los santos.
4. Considerar imperfecta la versión griega de los LXX y sostener que el Concilio de Trento no definió como de fe la Vulgata, sino que se limitó a aprobarla.

Estas opiniones de crítica escrituraria unidas a otras que ponían en tela de juicio verdades dogmáticas, alarmaron a la Inquisición. El Santo Tribunal vigilaba muy de cerca la evolución de la Universidad de Salamanca por la influencia hegemónica que ejercía sobre la vida intelectual del país, y estaba dispuesto a cortar por lo sano cualquier desviación sospechosa de herejía. Esto se ve muy bien en una carta del Inquisidor Diego González al Consejo<sup>21</sup>, fechada en Valladolid a 3 de marzo de 1572, donde con motivo de haber sido apresado el Maestro Grajal, dice así:

«Yo espero en Dios Nuestro Señor que su prisión ha de ser de grandísimo efecto, pues esta Universidad está alterada con novedades y ha de ser grandísimo remedio para que se quieten y queden con lo que la Iglesia tiene y pues esta institución es fuente de toda España, si por nuestros pecados se enturbia no podría el demonio echar mayor lance que dar maestros de errores».

Para evitar este peligro, los hebraístas salmantinos y el biblista Fray Alonso Gudiel, padecieron los rigores inquisitoriales. Aunque las respectivas sentencias fueron leves, se dictaron después de varios años y en los casos de Grajal y Gudiel, llegaron demasiado tarde. Los sufrimientos de los profesores en la cárcel de Valladolid debieron de ser crueles y humillantes. El testimonio del médico San Pedro<sup>22</sup>, que el 11 de abril de 1573 se presenta ante el licenciado Pedro González para informarle del estado en que se halla Fray Alonso Gudiel, es harto significativo. El médico dice al Inquisidor que:

«he visto ocho días poco más o menos mañanas y tardes a Fray Alonso Gudiel preso en esta cárcel, el cual ha estado y está muy malo y peligroso porque ha expelido mucha cantidad de sangre por la vía de la cámara allende de la mucha sarna y corrupción que tiene en todo su cuerpo y está con

<sup>20</sup> Cf. M. de la Pinta Llorente, *Proceso criminal contra el hebraísta salmantino Martín Martínez de Cantalapiedra*, Madrid, C.S.I.C., 1946, pp. LXXII y ss.

<sup>21</sup> Archivo Histórico Nacional. Inquisición de Valladolid, Cartas al Consejo, Legajo 3.191.

<sup>22</sup> *Ibid.*

muy gran hastío y por estas razones está muy débil según parece por los pulsos y que es necesario hacelle todos los regalos posibles e sacalle sustancias, e que esto le parece según le halla triste e melancólico...»

El 18 de abril, los Inquisidores escriben al Consejo para informar de que:

«el Maestro Fray Alonso Gudiel falleció en la cárcel deste Santo Oficio miércoles en la tarde 5 de abril, confesado e habiéndole ayudado a morir el P. Ramos de la Orden del Señor San Francisco. Fue enterrado de noche sin que nadie lo entendiese en el Hospital de la Resurrección».

Como vemos, la seca noticia burocrática es suficientemente reveladora de lo peligroso que resultaba tener ideas personales sobre exégesis bíblica en el siglo XVI.

Benito Arias Montano, otro de nuestros grandes humanistas españoles del Siglo de Oro, tuvo su correspondiente proceso cuando apareció la monumental *Biblia Regia* publicada bajo su dirección en Amberes en la célebre imprenta de Cristóbal Plantino. El propósito ideal de esta publicación fue editar la *Complutense* con un admirable material tipográfico, pero el espíritu de Arias, profundo y universalista, modificó la obra de Cisneros con adiciones y cambios hasta dotar a la *Biblia Regia* de poderosa originalidad. El rey Felipe II, convencido por Arias Montano, que entonces era su capellán, protegió económicamente la edición y accedió a decorar la obra con su nombre. La *Biblia Regia* consta de ocho volúmenes en folio. En el prólogo del tomo sexto, que es el más interesante desde nuestro punto de vista, Arias se disculpa reiterada y machaconamente de haber intentado la versión interlineal del *Nuevo Testamento* sobre la base de la *Vulgata*, pero corrigiéndola cuando es necesario para adaptarla al texto griego. No se cansa de repetir que, por supuesto, tiene a la *Vulgata* por la mejor de las versiones. Si en algunos pasajes la ha modificado, ha sido con el fin de ajustarse al original. Por otra parte, le ha movido a realizar esta obra el convencimiento de que los lectores obtendrán una más perfecta comprensión de la palabra divina comparando las dos versiones con el texto griego. Siempre que le ha sido posible, ha utilizado las palabras de la *Vulgata*, pero cuando ésta se aparta del original, la ha sustituido por una traducción más ceñida a la letra, y colocando al margen la versión de Jerónimo. Para que no haya dudas, Arias Montano imprime siempre en cursiva sus interpretaciones.

La utilización de la *Vulgata* como versión interlineal del texto evangélico ha sido posible por la afinidad que, según Arias Montano, existe entre el latín y el griego. En cambio, no le ha sido posible usarla en el texto hebreo del *Antiguo Testamento*, por tener ambas lenguas estructuras muy diferentes. Para la versión interlineal de esta parte de la Escritura, no ha habido más remedio que servirse de la moderna versión de Santes Pagnino, que se ajusta más al original hebreo. La publicación del *Antiguo y Nuevo Testamento* con traducciones interlineales tiene por objeto facilitar la lectura de los textos originales a los eruditos y, asimismo, proporcionar un magnífico instrumento de aprendizaje a los principiantes en el estudio de las lenguas antiguas.

Arias Montano realizó la ingente labor de editar la *Biblia Regia* en un plazo muy breve. La obra fue comenzada en julio de 1568 y concluida en marzo de 1572. Pío V se negó a concederle su aprobación, porque la *Biblia* del Hispalense tenía una serie de características que no le parecían muy ortodoxas. Se daba en ella demasiada im-

portancia a la ciencia rabínica y se incluía como versión interlineal del texto hebreo, según hemos visto, la moderna versión de Santes Pagnino. Arias Montano tuvo que ir a Roma y vencer todos los obstáculos para obtener la aprobación papal. De todos modos, Pío V falleció sin concederla y fue su sucesor Gregorio XIII quien la otorgó.

Como era de esperar, también la envidia ibérica trató de alcanzar con sus dentelladas al autor de un monumento sacro tan impresionante. El Maestro León de Castro fue el instigador principal de la persecución que se fraguó en España contra el editor de la *Biblia Regia*. En los primeros meses de 1574, el helenista salmantino fue comisionado por la Universidad para que adquiriese la obra. El 13 de marzo informó al Claustro<sup>23</sup> de que Bartolomé Sánchez, notario de la Universidad, le había proporcionado un ejemplar con los ocho tomos en folio de que constaba. El dueño era un estudiante de Sevilla que estaba dispuesto a venderla. El Maestro León dijo en el citado Claustro que la *Biblia Regia* era de la mejor impresión y estampas que él había visto. Era difícil imaginarse nada más perfecto en artes gráficas. Y por si fuera poco, la encuadernación era también una maravilla. En cuanto a su precio, León de Castro dijo que en Amberes costaba cincuenta ducados y, puesta en Salamanca, alrededor de ochenta con los portes y el seguro. El había ofrecido setenta y seis ducados por ella, pero los libreros no se la querían dar en menos de ochenta. Por lo tanto, el anciano helenista opinaba que lo mejor era comprársela al estudiante de Sevilla por los setenta y seis o los ochenta ducados. Al leer esta propuesta, al investigador le asalta la sospecha de que el Maestro León y el notario Sánchez se traían algún tejemaneje. Pero aparte de estos mezquinos intereses materiales, nuestro helenista deseaba tener «tan buena pieza», según sus palabras, en la Universidad para «visitarla» antes de colocarla en la biblioteca y ver si tenía algunas opiniones contrarias a la doctrina de la Iglesia. En caso de ser así, habría que avisar sin demora a su Majestad. Por de pronto, él ya «la yva mirando y rebeyendo».

La *Biblia Regia* se le compró por fin al estudiante de Sevilla y el Maestro León de Castro pudo «visitarla» a su gusto. El resultado de tan celosas visitas fue el proceso de censura inquisitorial a que aludimos al principio. León de Castro removi6 Roma con Santiago para conseguir que las autoridades prohibieran la difusión de la obra y no estuvo solo en su empresa, sino que tuvo a su lado poderosos valedores. Llegó a escribir una carta al Consejero de la Inquisición, Licenciado Hernando de la Vega, en la que denunciaba a Arias Montano como partidario de la Sinagoga y contrario a los Apóstoles y Evangelistas, como amigo de los Rabinos y enemigo de los Doctores y Padres de la Iglesia<sup>24</sup>. Las maquinaciones de León de Castro contra la *Biblia Regia* comenzaron ya en tiempo de su impresión y debieron de ir arreciando entre 1574 y 1576, es decir, al mismo tiempo que también a instancias del catedrático salmantino y otros de su misma cuerda, Fray Luis de León y sus colegas hebraístas padecían persecución por la justicia, en las cárceles de la Inquisición vallisoletana. En el caso de Arias Montano, León de Castro consiguió que la Inquisición abriera una causa contra él que duró desde 1576 hasta 1580. El designado para investigar el caso fue el P. Juan de Mariana, que, si bien, por una parte, reprochó a Arias Monta-

<sup>23</sup> Archivo Universitario de Salamanca. Libros de Claustro, t. 41, fol. 41 recto y vuelto.

<sup>24</sup> Cf. Tomás González Carvajal, «Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano» en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo 7, 1832, p. 83.

no el no haber dado toda autoridad a la *Vulgata*, por otra, manifestó su desagrado ante el espíritu estrecho de León de Castro. Afortunadamente, la causa fue sobreseída.

En 1576, es decir, el mismo año en que Fray Luis de León salió de la cárcel y regresó a Salamanca, León de Castro renunció a su cátedra de Griego y se marchó a Valladolid, en cuya catedral le habían concedido la dignidad de canónigo. En esta marcha debió de influir no escasamente la entusiasta acogida que la Universidad tributó al poeta liberado.

Desde su nuevo campo de operaciones, León de Castro continuó su descomunal combate contra herejes y judaizantes. En 1579 estaba otra vez dispuesto a lanzarse a la arena con un extenso infolio apologético que esta vez aplastaría definitivamente a sus enemigos. Pero el Consejo Real, que no se fiaba ya de su excesivo celo, tardó seis años en concederle el permiso para la publicación de su nuevo libro. Mientras Fray Luis de León y Arias Montano ganaban cada vez mayor prestigio como escritores, León de Castro andaba de un lado para otro bregando por el *Nihil obstat*. Achacoso y tullido, con sus setenta y cuatro años auestas, el viejo León seguía rugiendo y aun amenazaba con hacer un viaje a Roma para obtener el permiso que en la Patria le negaban. Cuando al cabo lo consiguió, el libro salió en Salamanca impreso por los herederos de Matías Gast en 1585.

Ignoramos la repercusión que tendría esta obra, pero, desde luego, no debió de ser mayor que la que habían alcanzado sus *Comentarios a Isaías*. De todas formas, no puede ni remotamente compararse con la resonancia que lograban por entonces *La perfecta casada* y *De los nombres de Cristo*. A pesar de todo, León de Castro escribió todavía unos *Commentaria in Oseam Prophetam* que aparecieron en el siglo siguiente.

El 17 de octubre de 1585 se dio cuenta al Claustro del fallecimiento del Maestro León. El anciano helenista murió de una manera accidental. Yendo camino de Astorga, se cayó de la mula que le conducía y se rompió la cabeza<sup>25</sup>. Una muerte harto significativa, como puede verse.

Ni siquiera la Compañía de Jesús se libró de las asechanzas inquisitoriales en este campo de la exégesis bíblica. Durante su época de estudiante en París, Ignacio de Loyola tuvo ocasión de presenciar las hostilidades entre teólogos y humanistas. Alarmado por la frecuencia con que los estudiosos del griego se pasaban al protestantismo, en los primeros tiempos de la Orden quiso evitar a los suyos este peligro. Persuadido de que en un elevado número, *qui graecizabant lutheranizabant*, llegó incluso a disuadir a algunos de sus compañeros, como S. Francisco Javier y el P. Bobadilla, de que estudiaran griego y hebreo. Pero luego incluyó el estudio de estas lenguas en las *Constitutiones* de 1558, habiendo comprobado por experiencia que los conocimientos de griego y hebreo, si se utilizaban convenientemente, en nada podían perjudicar a la ortodoxia de los futuros jesuitas. Por otra parte, Ignacio de daba cuenta de que para defenderse de los ataques protestantes, los católicos debían adquirir un bagaje intelectual a la altura de sus enemigos. Los seguidores de Lutero y Calvino estudiaban griego y hebreo, discutían los textos de la Sagrada Escritura, profundizaban en el análisis de los Santos Padres y consultaban las actas de los antiguos concilios. Conscientes de esta situación, Ignacio y los suyos decidieron emprender la de-

<sup>25</sup> Cf. V. de la Fuente, *ob. cit.*, t. 2, p. 301.

fensa del Catolicismo en el terreno de los disidentes, es decir, en el de la ciencia, para lo cual era imprescindible que los miembros de la Compañía dominaran la cultura de la época. No había más remedio que estudiar griego y hebreo si se quería discutir con los protestantes. Desde el punto de vista pedagógico, todos los conocimientos podían ser comprendidos y utilizados *ad maiorem Dei gloriam*.

En el campo de la exégesis, el humanismo de los jesuitas no desdeñaba el estudio de los textos originales, aunque en esto, como en todo lo demás, los jesuitas se ponían incondicionalmente al servicio de la ortodoxia romana. Ya en las *Constitutiones* de 1558, se dice expresamente que las lenguas deben estudiarse para defender la versión de la Biblia aprobada por la Iglesia. Y más expresamente en la *Ratio studiorum* de 1599, se establece que no hay que fiarse del texto rabínico de la Biblia en los pasajes dudosos, sino que es preferible acudir a la versión de la *Vulgata* o de otros intérpretes que leyeron cuando no existían los puntos inventados por los rabinos. Como se ve, los jesuitas seguían en esto la opinión de León de Castro. La consecuencia pedagógica de esta actitud es que la *Ratio* aconseja a los profesores de Sagrada Escritura en los colegios de la Compañía utilizar los textos hebreos y griegos cuando éstos les puedan ser útiles en sus explicaciones, pero siempre con brevedad. Pueden recurrir a los originales cuando entre éstos y la *Vulgata* exista alguna divergencia que necesite aclaración o cuando algún determinado pasaje resulte expresado con mayor precisión en griego o en hebreo que en el latín de la *Vulgata*<sup>26</sup>.

A pesar de la ortodoxia indudable de los jesuitas y del mucho tiento con que aconsejaban servirse de los originales hebreos o griegos en los trabajos de exégesis, algunas proposiciones de la *Ratio studiorum* no escaparon a la mirada suspicaz del Santo Oficio. El mencionado reglamento de estudios apareció en Roma, por vez primera, en 1586 y el P. Claudio Aquaviva, general de la Compañía a la sazón, lo envió a las diversas provincias de la Orden para que éstas le comunicaran su opinión al respecto. Esta edición tentativa de la *Ratio studiorum* provocó una reacción inesperada en la Inquisición española<sup>27</sup> y el resultado fue un proceso a la Compañía de Jesús que duró dos años, es decir, hasta 1588. En ello tuvo mucha parte la envidia que los privilegios de la nueva Orden suscitaban en los demás eclesiásticos. Durante el tiempo que duró el proceso, cuatro jesuitas estuvieron en la cárcel del Santo Oficio. La censura inquisitorial consideraba heréticas en la *Ratio* dos proposiciones en las que los jesuitas adoptaban puntos de vista semejantes a los de Nebrija en lo relativo a la crítica textual. Una de las proposiciones censuradas era la siguiente: Algunos manuscritos de la *Vulgata* pueden contener errores. Pero más curiosa aún era la crítica que hacía el censor sobre el gran interés por el estudio de las lenguas característico de la Compañía. Según él, la *Ratio* «alaba las lenguas demasadamente, diciendo que es cosa torpísima que sepan de ellas los herejes más que nosotros y que nos venzan». Al censor, evidentemente, le parece mal esta alabanza, como puede

<sup>26</sup> *Ratio atque institutio studiorum Societatis Iesu*, Neapoli, 1603. Aunque hay otras ediciones anteriores, nosotros citamos por ésta. En las reglas del profesor de Sagrada Escritura, la *Ratio* dice lo siguiente (p. 37): *Ex Hebraeis, Graecisque exemplaribus, quod usui fuerit, in eam rem proferat, breviter tamen; nec, nisi cum vel ipsorum, latinaeque editionis vulgatae aliqua diversitas conciliationis indiget, vel aliarum linguarum idiotismi ad maiorem conferunt sive perspicuitatem, sive significationem*. Cf. también pp. 38 y 39.

<sup>27</sup> Cf. Antonio Astráin, S. J., *Historia de Compañía de Jesús en la asistencia de España*, 7 vols., Madrid (Editorial Razón y Fé), 1902-1925, t. 3, pp. 388 y ss.

verse a continuación: (la *Ratio*) «da siempre a entender no se puede aclarar la Sagrada Escritura, ni responder bien a los herejes, sin saber bien el griego y hebreo, lo cual es decir que hay necesidad de recurrir a los originales, que ya sabemos que están viciados por los rabinos, y es decir que no tiene la Iglesia Romana en su lengua, Escritura auténtica y cierta, por donde se haya de regir para entender la Escritura, la cual proposición está calificada por herética». Como vemos, no se puede llegar a mayor suspicacia. Para la censura inquisitorial, el solo hecho de recomendar el estudio del griego y el hebreo, aunque sea con el propósito de combatir a los herejes y defender la *Vulgata*, es una proposición herética, puesto que implica afirmar que la Biblia latina de San Jerónimo no basta para rechazar los ataques de los cristianos disidentes.

Francisco Sánchez de los Brozas, el Brocense, una de las glorias capitales de la Filología Española de todos los tiempos, realizó una labor estimable en el campo de la crítica y comentario de los textos antiguos tanto sagrados como profanos. Aunque sólo se imprimieron sus trabajos sobre estos últimos y un comentario al *Eclesiastés*, sabemos por sus procesos inquisitoriales<sup>28</sup> que el Brocense investigaba con ojos de filólogo la letra de la Biblia. En su gabinete de estudio debía de tener algunos escritos sobre exégesis escrituraria, pero ninguno de ellos vio la luz. De su labor en este peligroso territorio, sólo han llegado hasta nosotros unos papeles escritos en latín presentados por él a la Inquisición de Valladolid el 24 de setiembre de 1584. Es curioso pensar que a principios de siglo Nebrija se consagraba a la Filología Sagrada y podía imprimir libremente por lo menos parte de sus trabajos bajo la protección del Cardenal Cisneros, que por entonces era Inquisidor General, mientras que al final de la centuria, el Brocense tenía que limitarse a manifestar sus opiniones de exégesis bíblica en sus clases y conversaciones o conformarse con escribirlas en el secreto no muy seguro de su despacho. La voz viril de Nebrija, que había defendido apasionadamente en su *Apología* el derecho a la libertad de expresión, acabó siendo silenciada por los graves conflictos ideológicos de la época. No tiene, pues, nada de extraño que para saber lo que opinaban nuestros humanistas más independientes sobre determinados puntos de la Sagrada Escritura, tengamos que recurrir a los procesos inquisitoriales.

Las proposiciones que motivaron los dos procesos del Brocense, no se referían a cuestiones fundamentales del dogma, sino que versaban sobre interpretaciones de ciertos pasajes más ceñidas a la letra de los textos que las admitidas oficialmente por la Iglesia. Los comentarios del Brocense, considerados por los Inquisidores como extremadamente peligrosos, no pasaban de ser inocentes elucubraciones históricas o arqueológicas, que en modo alguno podían hacer tambalear el edificio del Catolicismo. Prueba de ello es que en las dos ocasiones fue absuelto sin mayores consecuencias. Lo que verdaderamente resultaba inquietante era su actitud de crítica independiente y racionalista. Si se permitía aplicar el escalpelo de la ciencia a los textos sagrados, como a cualquier escritor de la Antigüedad pagana, las consecuencias podían ser nefastas. Las autoridades eclesiásticas vislumbraban ya a través de los siglos la obra demoledora de un Guignebert.

<sup>28</sup> *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*. Edición y estudio preliminar por Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente O.S.A., Madrid, 1941.

Las proposiciones del Brocense que la Inquisición consideraba sospechosas de herejía o francamente heréticas, son, en síntesis, las siguientes:

1. La Virgen María no dio a luz en un portal viejo y ruinoso, sino en casa de unos parientes o amigos<sup>29</sup>. Siendo Belén una ciudad tan pequeña, es inverosímil que acudiese a ella una gran multitud con motivo del censo. Por otra parte, José era de Belén y, según Teofilacto, la Virgen María también lo era; luego es lógico pensar que se hospedasen en casa de algún pariente. De esta casa nos habla Mateo cuando nos dice que los Magos entraron en la casa (*oikía*). Como en ella no había cuna ni sitio alguno para colocar al niño, lo pusieron en un pesebre, cosa que no es de extrañar, ya que en muchas regiones los hombres y los animales suelen habitar la misma parte de la casa.
2. Los Magos no visitaron a Jesús doce o trece días después de su nacimiento<sup>30</sup>. Un tiempo tan corto es insuficiente para preparar un viaje de reyes —si es que lo eran— tan lejanos; por otra parte, San Lucas, que narra tan ordenada y minuciosamente todo lo acontecido durante la cuarentena de la Virgen, nada nos dice de la venida de los Magos en ese período. Además Herodes dio la orden de matar a los niños de dos años, de acuerdo con la edad que, según los Magos, debía de tener Jesús a la sazón. Luego parece verosímil que vinieran a adorarle dos años después de su nacimiento, cuando, según el Brocense, Jesús se hallaría ya «jugando a la chueca».
3. La estrella aparecida a los Magos en Oriente no les había guiado por todo el camino, sino que la volvieron a ver al llegar a Belén o Jerusalén<sup>31</sup>. Fundaba esta opinión en las siguientes palabras del Evangelio: «Holgáronse mucho de ver la estrella que habían visto en Oriente».
4. Las once mil vírgenes no fueron sino once<sup>32</sup>. He aquí el argumento que esgrimía el Brocense para probarlo: «¿Pensáis ahora que porque veáis en un retablo pintadas las once mil vírgenes, por eso son once mil? Lo que a mí me parece es que son diez y con Santa Ursula once, porque en el calendario antiguo estaba este latín: *undecim M. virgines*, es decir, once mártires vírgenes.» Había habido, pues, una interpretación errónea al tomarse *M.* por inicial de *mille* y no de *martyres*.
5. Fundándose en los textos evangélicos y en sus conocimientos arqueológicos, afirmaba que ciertas escenas bíblicas estaban muy mal pintadas. Así la cena de Jesús con sus discípulos no debía representarse con los comensales puestos a una sola mesa y sentados, sino tendidos en sus lechos con la cabeza reclinada sobre la mano izquierda y el codo de ella sobre una almohada<sup>33</sup>. Por otra parte, no debía haber una mesa, sino tres, ya que se trataba de un triclinio. Por cierto que en la calificación de los inquisidores no se considera herética esta proposición; antes bien, la tienen como probable, ya que, según ellos, «algunas estampas» representan la escena de acuerdo con la exégesis del Brocense.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 51 y ss.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 44 y ss.

Como vemos por todo esto, la tradición española de crítica textual escrituraria inaugurada por Nebrija, se continúa en el Brocense con mayores atrevimientos, pero excluida la publicidad y perseguida abiertamente por la Inquisición. La idea de recurrir a las lenguas originales para entender mejor la Biblia sigue vigente en Sánchez de las Brozas. Según nos informan sus procesos, en las clases solía decir que no estaban bien traducidos en latín los Evangelios y que el estilo de dichas traducciones no era tan casto y limado como el de Cicerón<sup>34</sup>. Esto lo decía para que sus oyentes se aficionasen a leer el griego para que en éste vieran más claro lo que en latín no lo estaba.

En el siglo XVII disminuye notablemente el número de procesos inquisitoriales contra los humanistas. Los filólogos habían escarmentado en cabeza ajena y no querían exponerse a las represalias del Santo Oficio por atreverse a discutir los textos oficiales de la Iglesia. No obstante, algunos humanistas formularon afirmaciones que provocaron la intervención del Tribunal. El caso más interesante para nuestro tema fue el del poeta y helenista Esteban Manuel de Villegas<sup>35</sup>, quien el 17 de octubre de 1658 fue encarcelado por la Inquisición con secuestro de bienes. Villegas era riojano y se desempeñaba como tesorero de rentas reales en Nájera, cuando tuvo su tropiezo con el Santo Oficio. El poeta había estudiado en Salamanca y era un profundo conocedor de las lenguas clásicas. Aparte de su valiosa lírica original, había publicado excelentes traducciones de Horacio y Anacreonte. Pero era muy petulante y estafalario. Se creía superior a los ingenios de su tiempo y era notable por lo extraordinario de su traje, en todo singular y ridículo. Según se dice en el proceso, a sus setenta años, presumía de ser el summum de la elegancia. La Inquisición le atribuía 22 proposiciones sospechosas, entre las cuales destacaban sus ideas sobre el libre albedrío un tanto deterministas o aquella su afirmación de que «el coito de por sí no es malo, sino indiferente, porque se endereza a la propagación del género humano»<sup>36</sup>.

Aparte de sus audaces proposiciones teológicas, Villegas había osado afirmar que algunas oraciones de la Iglesia estaban incorrectamente traducidas al castellano. Así, por ejemplo, se le acusaba de afirmar que la frase del Padrenuestro latino *ne nos inducas in temptationem* no debía traducirse por «no nos dejes caer en la tentación», puesto que el verbo *induco* no significa «dejar caer», sino «llevar o meter en la tentación»<sup>37</sup>. Según los inquisidores, traducir de esta forma implicaba admitir que Dios quería tentar a los hombres para que pecasen más y así tener motivos para condenarlos, lo cual era inadmisibile. Afortunadamente, todo acabó en protestas de ortodoxia y los jueces fueron hasta cierto punto benévolos con el reo, dado que no era más que un simple gramático sin formación teológica. A esta favorable resolución contribuyó no poco el hecho de que, según los inquisidores, Villegas demostró durante el proceso «padecer un género de manía o lesión en la imaginación, con que tiene por cierto que, con saber primorosamente la lengua latina, puede hablar y disputar en todas facultades»<sup>38</sup>. No obstante, Villegas fue condenado a abjurar *de levi* y al destierro de las ciudades de Logroño, Nájera y Madrid.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>35</sup> Cf. Luis Gil, *Panorama...*, pp. 458-463.

<sup>36</sup> Cf. M. de la Pinta Llorente, *La Inquisición Española y los problemas de la cultura y de la intolerancia (aportaciones inéditas para el estudio de la cultura y del sentimiento religioso en España)*, Madrid, 1958, tomo II, pp. 188-189.

<sup>37</sup> *Ibid.* p. 190.

<sup>38</sup> *Ibid.* p. 198.

Este somero panorama de los procesos seguidos por el Santo Oficio a los estudiosos de las lenguas antiguas en el período que hemos examinado, nos permite afirmar que el temor a la represión inquisitorial debió de ser un freno considerable para el desarrollo de nuestra filología. Si a esto añadimos los escasos salarios que se pagaban a los profesores de latín, griego y hebreo en nuestros centros de enseñanza, las dificultades para publicar o adquirir libros y el escaso prestigio social que tenían los gramáticos en contraste con los teólogos y letrados, no nos extrañará que el humanismo español iniciado brillantemente bajo los auspicios de Cisneros a principios del siglo XVI, perdiera ímpetu a lo largo de esta centuria y fuera poco fecundo en realizaciones durante la siguiente. Sin embargo, dadas tan desfavorables circunstancias, se acrecientan los méritos de nuestros humanistas y nos admira la independencia intelectual con que analizan los textos sacralizados por la tradición. Por eso no quiero terminar estas palabras sin elogiar el sostenido entusiasmo con que, a pesar de tan graves obstáculos, supieron mantener encendida en España la antorcha del progreso y de la ciencia.

## CRITICA HISTORICA Y RECONSTRUCCION DEL PERIODO PRECONDAL EN LA CATALUÑA DEL SIGLO XVIII

Jordi CORTADELLA

Durante el siglo XVIII la historiografía catalana, pese a los intentos reiterados, no produjo ninguna historia general del Principado. Hecho paradójico si tenemos en cuenta que este género de obras no habían faltado en los siglos anteriores y que la historia seguía interesando a los intelectuales del país que no dejaron de recibir la influencia de las nuevas tendencias de la crítica histórica europea<sup>1</sup>. El caso es que, en historia antigua, el siglo XVIII en Cataluña aportó un nuevo corpus epigráfico, algunos trabajos arqueológicos y varias obras de una erudición remarcable, pero ninguna historia general en la cual todos estos datos pudieren formar la trama de acontecimientos anteriores a los primeros condes de Barcelona, lo que llamo período precondal.

En este artículo me propongo hacer un recorrido por los centros de erudición catalanes del momento (la Universidad de Cervera, el monasterio de Bellpuig y la Academia de Buenas Letras de Barcelona), valorar sus aportaciones al estudio de la historia antigua y descubrir cómo y en qué medida los primeros pobladores, los griegos, cartagineses y romanos entraron a formar parte de los intentos fallidos por establecer una nueva historia de Cataluña, que satisficiera tanto el espíritu crítico como la visión que la sociedad civil tenía de sí misma.

### 1. Algunas consideraciones previas sobre la historiografía catalana de los siglos XVI y XVII<sup>2</sup>

En el siglo XVI se asistió a la entrada en la historiografía catalana de las leyendas sobre la historia primitiva hispánica. Al mismo tiempo se produjo la consolidación del concepto de «pactismo» como hecho fundamental del origen de Cataluña. Por

<sup>1</sup> Para una visión de conjunto, me remito a las obras de Barret-Kriegel, Blandine, agrupadas bajo el título genérico de *Les historiens et la monarchie*, que comprende: *Jean Mabillon*, vol. I; *La Défaite de l'érudition*, vol. II; *Les Académies de l'Histoire*, vol. III; *La République incertaine*, vol. IV, Presse Universitaire de France, Paris, 1988.

<sup>2</sup> A falta de obras específicas sobre la historiografía catalana del XVI y XVII, pueden consultarse los apartados correspondientes de la obra clásica de Ballester, Rafael: *Las fuentes narrativas de la historia de España durante la Edad Moderna (1474-1808)*, Valladolid, 1927, y el libro aún insustituible de Sánchez Alonso, Benito: *Historia*

«pactismo» entiendo la concepción según la cual el poder del monarca y de todas las jerarquías nobiliarias y civiles es el resultado de un acuerdo o pacto, originariamente entre iguales y, por tanto, susceptible de ser renegociado o roto por cada una de sus partes. La génesis del pacto que dió origen a la sociedad civil catalana se colocaba en la Alta Edad Media, en el proceso de «liberación» del territorio del dominio musulmán. A finales del siglo XV, el «pactismo» se había incorporado a la tradición de los orígenes godos de la monarquía y la nobleza («goticismo»), heredada de la historiografía bajomedieval<sup>3</sup>.

Sin duda, las historias fabulosas de Annio de Viterbo (1498)<sup>4</sup> sobre los primeros pobladores de la Península y la monarquía española primitiva eran bien conocidas entre los cronistas catalanes del XVI, pues fueron aceptadas por Tarafa en su historia de España (1553) y Annio aparece muy citado como fuente de Ponç d'Icard (1572), pero hasta la obra de Viladamor (1585) no las encontramos incorporadas a la historia general de Cataluña. Por las mismas fechas, el rosellonés Francesc Comte (1586) utilizó las fabulas de Annio para defender la españolidad del Rosellón, Cerdaña y Conflent. A principios del XVII, Pujades (1609) volvió a incluir los reyes míticos hispánicos dentro de la historia de Cataluña, aunque a partir de él menudearon las críticas y desconfianzas. Tal es el caso de Diago (1603), Bosc (1628) y Corbera (1678). Los autores posteriores continuaron por el mismo camino más o menos crítico hasta que Feliu de la Peña (1709), de manera imprevista, vuelve a recuperar todos los monarcas primitivos reseñados por Pujades<sup>5</sup>. Estas narraciones legendarias, junto

de la historiografía española, vol. II, *De Ocampo a Solís (1543-1684)*, CSIC, Madrid, 1944. Dentro de las obras generales véase también Montero Díaz, Santiago: «La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro», *Hispania* 4, 1941, pp. 3-39; Gili Gaya, Samuel: *Historiadores de los siglos XVI y XVII*, CSIC, Madrid, 1964; Sánchez Diana, José María: «El pensamiento historiográfico en la España de los Austrias», en *Miscelánea de Estudios*, vol. II, Universidad de Granada, Granada, 1974, pp. 967-981.

<sup>3</sup> En concreto, para el tema del «goticismo» en los siglos XVI y XVII en Cataluña véase García Cárcel, Ricardo: *Historia de Cataluña. Siglos XVI y XVII*, vol. I, Ariel, Barcelona, 1985, pp. 118-122. Sobre el «pactismo» y, en concreto, la creación y desarrollo de la leyenda de Otger Cataló véase Coll i Alentorn, Miquel: «La llegenda d'Otger Cataló i els Nou Barons», *Estudis Romanics* I, 1947-48, pp. 1-47; Freedman, Paul: «Cowardice, Heroism and the legendary origins of Catalonia», *Past and Present* 121, 1988, pp. 3-28.

<sup>4</sup> Recogidas en la obra titulada *Joan. Annii Viterbiensis. Commentaria super opera diversor. auctor. de antiquitatibus loquentium; eisdem chronographia etrusca et italica, Romana in campo Flore, anno MCCCCXCVIII, per Eucharium Silberi*. Sobre Annio (Giovanni Nanni) véase Weiss, Robert: «Taccia per una biografia di Annio da Viterbo», *Italia Medioevale e Umanistica* 5, 1962, pp. 425-441. Para sus repercusiones españolas es muy útil consultar Caro Baroja, Julio: *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*. Primera parte, *El falso Beroso*, Seix Barral, Barcelona, 1992, pp. 49-78.

<sup>5</sup> Las obras de referencias de los autores mencionadas son Tarafa, Francesc: *De origine ac rebus gentis Regum Hispaniae liber, multarum rerum cognitione refertus*, Amberes, 1553 (traducida del latín al castellano en Barcelona el 1562 con el título de *Crónica de España*); Ponç D'Icard, Lluís (Eulàlia Durán, ed.): *Libre de les grandesas i coseas memorables de la antiquíssima, insigne i famosa ciutat de Tarragona*, Lleida, 1576 (Curial, Barcelona, 1984); Viladamor, Pere Antoni de (J. Collel, ed.): *Primera part de la història general de Catalunya*, terminada en 1588 pero inédita hasta 1880 en que fue publicada en el *Folletí de la Veu del Montserrat*, Vic; Comte, Francesc (J. Collel, ed.): *Il·lustracions dels comtats de Roselló, Cerdaña i Conflent*, fechada el 1586 pero también inédita hasta 1879 que se publicó en el *Folletín de la Veu del Montserrat*, Vic; Pujades, Jeroni: *Crónica Universal del Principat de Catalunya*, Barcelona, 1609; Diago, Francesc: *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona*, Valencia, 1603; Bosc, Andreu: *Summari, index o epitome dels admirables i nobilíssims títols d'honor de Catalunya, Rosselló i Cerdaña y de les gràcies, privilegis, prerrogatives, preeminències, llibertats e immunitats gosans segons les propies y naturals lleys*, Perpinián, 1628, reeditado por Curial, Col. Documents de cultura-facsimils, n.º 3, Barcelona-Sueca, 1974; Corbera: *Cataluña Ilustrada*, Nápoles, 1678; Feliu de la Peña, Narcis: *Anales de Cataluña*, Barcelona, 1709. De entre todos estos autores, Pujades y Feliu de la Peña han sido los más estudiados. Existen diferentes trabajos sobre Pujades empezando por el de Torrent, Rafael: «La crónica de J. Pujades», *Anales del Instituto de Estudios Ampurdaneses*, 1962, pp. 51-99; Casas I Homs, Josep Maria: *Dietari de Jeroni Pujades*, Dalmau Barcelona, 1975; Guilleumas de Ru-

con las noticias sobre fenicios, griegos, cartagineses y romanos formaban una complicada trama urdida con citas clásicas, datos arqueológicos, epigráficos y numismáticos de filiación no siempre clara, así como tradiciones locales varias.

La crítica a las historias fabulosas y la depuración del resto era el requisito previo a todo intento de construir una historia general sobre la base del nuevo rigor metodológico. En el XVIII<sup>6</sup>, los estudios del período precondal arrancaron de Pujades para, en un segundo momento, poner en duda sus contenidos. Ya en el XIX, el resultado final será la reconstrucción de la historia de los pueblos prerromanos sobre bases más resistentes a la crítica.

## 2. La Universidad de Cervera y la epigrafía

La Universidad de Cervera fue creada por orden de Felipe V<sup>7</sup>. Después de la supresión de las ocho universidades o estudios generales con que contaba Cataluña, Cervera, ciudad fiel a los Borbones durante la guerra, se erigió como sede de la única universidad del Principado. Su profesorado estaba formado por miembros de las ordenes religiosas, especialmente jesuitas, y seculares cercanos a éstos. Parece ser que la primera selección de profesorado corrió a cargo del Colegio de Cordelles<sup>8</sup>. Mercader ha llegado a decir que Cervera, la Atenas borbónica, fue el centro neurálgico de

bio, Rosalía: «El «dietari sisè» de Jeroni Pujades a la Biblioteca Universitaria de Barcelona», *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* 32, 1967-68, pp. 27-36; Pujol I Canelles, Miquel: «Aportació a la biografía de Jeroni Pujades. Una biblioteca particular de començaments del segle XVII», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos* 18, 1985, pp. 157-288; Alcobarro, Agustí: «La pagesia en l'obra de Jeroni Pujades, jurista i historiador», *L'Avenç* 115, 1988, pp. 18-23; Ainaud i de Lasarte, Joan: «El cronista Pujades, historiador de Sabadell», *Quaderns de l'Arxiu de la Fundació Bosch i Cardellach* 20, 1971, pp. 3-9. Sobre Feliu de la Peña véase Grau i Saló, Maria: «Feliu de la Peña; una visió actual de Catalunya com a país», *Pedralbes* 7, 1987, pp. 125-145. También es útil consultar estudio introductorio de Henry Kamen a la otra obra Feliu de la Peña: *Fénix de Catalunya* (1683), Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1983, así como el artículo del mismo Kamen: «El Fénix catalán: la obra renovadora de Narciso Feliu de la Peña», *Estudios*, 1973, 185-203.

<sup>6</sup> Para la historiografía española del XVIII, véase también Ballester, *op.cit.* y Sánchez Alonso, Benito: *Historia de la historiografía española*, vol. III *De Solís al final del siglo XVIII* CSIC, Madrid, 1950. Más recientemente, son muy útiles las aportaciones de Mestre, Antoni: *Historia, Fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1970, y el excelente libro de Stiffoni, Giovanni: *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo Settecento*, Franco Angeli, Milán, 1989.

<sup>7</sup> Para una primera aproximación sobre la Universidad de Cervera (causas de su fundación, profesores y alumnos ilustres y bibliografía comentada) consúltese Folch, Artemi: *La Universitat de Cervera*, Dalmau, Col. Episodis de la Història n.º 161, Barcelona, 1970. A parte del estudio ya clásico de Soldevila, Ferran: *Barcelona sense Universitat i la restauració de la Universitat de Barcelona (1714-1837)*, Barcelona, 1938, véase también Prats, Joaquim: «Historiografía y publicismo sobre la Universidad de Cervera: entre el mito y el sambenito», *Manuscrits*, 6, 1987, pp. 49-72; del mismo: «La Universidad de Cervera ante el ambiente de reformas de principios del reinado de Carlos III: corporatismo y tradicionalismo», en *Claustros y estudiantes. Congreso internacional de historia de las universidades americanas y españolas en la edad moderna (Valencia, noviembre de 1897)*, Facultad de Derecho, Universidad de Valencia, 1989, vol. II, pp. 261-278. Para entender Cervera en el marco de las universidades españolas puede consultarse Peset, Mariano-Peset, J. Luis: *La universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Taurus, Madrid, 1974.

<sup>8</sup> Casanovas, Ignasi: «Josep Finestres. Estudis biogràfics», en *Documents per la història de la cultura catalana en el segle XVIII*, vol. I, Biblioteca Balmes, Barcelona, 1931, pp. 8-9. El Colegio de Cordelles era una vieja institución barcelonesa regentada por los jesuitas y pensada originariamente para los hijos de familias nobles. Entre los alumnos de Cordelles destacaron los siete hermanos Finestres, Caresmar, Mayans y los hermanos Dou. Para una visión general véase Carrera i Pujal, Jaume: *La Universidad, los Institutos, los colegios y las escuelas de Barcelona en los siglos XVIII y XIX*, Bosch, Barcelona, 1957. Para el método histórico de Cordelles puede ser útil consultar Sánchez Marcos, Fernando: «Nota sobre la cultura histórica en el siglo XVIII: el compendio del P. Buffier, manual en el Colegio de nobles de Cordelles», *Pedralbes* 8/II, 1988, 245-254.

la cultura catalana del XVIII y que su Universidad animó los centros culturales de Barcelona (Colegio de Cordelles, Academia de Buenas Letras), Bellpuig, Gerona y Poblet<sup>9</sup>.

Si bien es cierto que Cervera destacó por sus estudios jurídicos en torno al tema del regalismo, hay que matizar su función directora general. Por un lado, las relaciones entre la Universidad y la Academia de Buenas Letras de Barcelona no fueron cordiales en todo momento. Más bien lo que hubo fue una falta de relación y un cierto recelo<sup>10</sup>. Por otra parte, para no sobrevalorar la importancia de Cervera, hemos de tener en cuenta que también había la tendencia entre barceloneses y gerundenses a ir a estudiar a Francia (en especial a Toulouse y Montpellier). Otros iban a las Universidades de Huesca y Valencia<sup>11</sup>. Con la expulsión de los jesuitas, Cervera recibió un golpe muy duro. Posteriormente, las muertes de sus grandes maestros, Josep Finestres en 1777, Josep Vega i Sentmanat en 1831 y finalmente Ramon Llatzer de Dou en 1832 marcaron progresivamente el camino hacia su desaparición<sup>12</sup>. De hecho, puede decirse que la decadencia empezó en el momento mismo en que se fueron otorgando concesiones para organizar algún tipo de estudios superiores a las otras ciudades catalanas (Tortosa en 1722, Tarragona en 1724, Barcelona en 1783 y así sucesivamente)<sup>13</sup>.

Entre los maestros de Cervera, destacó el profesor de derecho romano Josep Finestres<sup>14</sup>. Era el menor de siete hermanos, todos ellos consagrados a la erudición. Excepto el mayor, Daniel Finestres, buen humanista, los otros destacaron más como archiveros. El y todos sus hermanos se habían formado en el Colegio de Cordelles.

Aunque personalmente Finestres nunca estuvo aislado y mantuvo siempre contactos con la investigación europea a través de las novedades editoriales de las mejores librerías de Francia, Holanda e Italia, fuera del círculo cerverino fue conocido preferentemente por su intensa relación epistolar desde 1727 con el valenciano Gregorio Mayans. Por lo que sabemos hasta el momento, Finestres y la Universidad de Cervera fueron el vínculo de unión entre la erudición catalana y Mayans, una de las figuras capitales de la erudición española de la época<sup>15</sup>.

<sup>9</sup> Mercader, Joan: *Historiadors i erudits a Catalunya i a València en el segle XVIII*, Dalmau, Col. Episodis de la Història n.º 85, Barcelona, 1966, p. 17.

<sup>10</sup> Casanovas, *op. cit.*, pp. 107, 168-171. Hace falta estudiar con más detalle todo el tema del profesorado de Cervera que también fue miembro de la academia barcelonesa, especialmente a principios del XIX.

<sup>11</sup> Moreu-Rey, Enric: *El pensament il·lustrat a Catalunya*, Ed. 62, Barcelona, 1966, p. 15.

<sup>12</sup> En el 1842 el general Espartero firmó su traslado definitivo a Barcelona.

<sup>13</sup> Folch, *op. cit.*, pp. 55-56.

<sup>14</sup> Sobre Josep Finestres véase Casanovas, *op. cit.* Finestres aprendió griego con un monje tebano de paso por Barcelona. Su caso es paralelo al de Gregorio Mayans y da una idea bastante aproximada de la dificultad por la que pasaban los estudios helenísticos a principios del XVIII. Problemas parecidos tendrá Bergnès de las Casas, primer catedrático de griego en la restaurada Universidad de Barcelona. Sobre Bergnès véase Olives, Santiago: *Bergnès de las Casas. Helenista y editor (1801-1879)*, CSIC, Barcelona, 1947. Para los estudios helenistas en España puede consultarse Andrés, Gregorio de: *El helenismo en España en el siglo XVII*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1976; y Hernando, Concepción: *Helenismo e Ilustración (el griego en el siglo XVIII español)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1975. Para una introducción al marco general europeo puede recurrirse a Pfeiffer, Rudolf: *Historia de la Filología Clásica, de 1300 a 1850*, Gredos, Madrid, 1981.

<sup>15</sup> Para la bibliografía sobre Mayans me remito a las notas del artículo de Stiffoni, Giovanni: «Progetti culturali alternativi e compromessi possibili nella cultura della Spagna di Ferdinando VI e Carlo III: la figura di Mayans», *Rivista Storica Italiana* 103/1, 1991, pp. 57-137.

Una de las obras más importantes de Josep Finestres fue la *Sylloge Inscriptionum Romanorum quae in Principatu Cataloniae vel extant vel aliquando extiterunt, notis et observationibus illustratum* (1762), transcripción y comentario crítico de trescientas cuarenta y seis inscripciones romanas encontradas en Cataluña. Es de suponer que se interesó por la epigrafía romana como una faceta más de sus estudios jurídicos. Unos años antes, durante el curso de 1759-60, el profesor cerverino de latín y griego, el jesuita Bartomeu Pou, fue enviado a Tarragona y aprovechó la estancia para estudiar las inscripciones y otras antigüedades romanas de la ciudad en compañía del canónigo Foguet<sup>16</sup>. Pou y Foguet tuvieron la idea de publicar sus resultados y pidieron también los materiales que Finestres estaba recogiendo desde hacía tiempo. Cuando en el siguiente curso Pou fue trasladado a Calatayud, la idea de la publicación se aplazó hasta que el mismo Finestres la volvió a reemprender aprovechando los materiales de estos y los trabajos anteriores de A. Agustín, P. de Marca, A. de Morales, Muratori y Pérez Bayer<sup>17</sup>. La obra fue discutida en su momento por algunos, entre ellos el padre Flórez en su *España Sagrada* (vol. 24), que la consideraron un plagio de la de Benet Vinyals de la Torre i Esquerrer (canónigo austracista de Tarragona). Ramón Llatzer de Dou salió en su defensa en *Finestresius vindicatus* y escribió una continuación<sup>18</sup>.

En Cervera se trabajaba con mucho rigor crítico y su corpus epigráfico estaba a la altura de la época, pero no surgió de esta Universidad ninguno de los proyectos para construir una nueva historia de Cataluña.

### 3. La erudición en Bellpuig

Después de la Universidad de Cervera, otro centro importante de producción erudita del siglo XVIII fue el monasterio de Bellpuig de las Avellanas, cerca de Balaguer (La Noguera). Los lazos entre el grupo de Bellpuig<sup>19</sup> y Cervera eran importantes. Para empezar, Daniel Finestres, abad de Bellpuig entre 1728 y 1731, era hermano

<sup>16</sup> Ramon Foguet era un coleccionista de antigüedades romanas que estudió en Cervera. Autor de una *Dissertación sobre los tiestos y barros antiguos de Tarragona*. Véase Elías de Molins, Antonio: *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*, Academia de Bones Lletres de Barcelona, Barcelona, 1903, p. 20; también Folch, *op. cit.*, p. 40. También en las memorias de la Academia de Buenas Letras encontramos trabajos epigráficos. Es el caso de los de M. J. Huerta, J. de Sanç i de Barutell, F. Torres Amat sobre Badalona; los de A. A. Moner de Bardaix, R. Roig i Rei sobre Isona; el de J. Ripoll i Vilamajor sobre Vic; y el de A. Pinos sobre Lérida. Véase Elías de Molins, Antonio: *Bibliografía histórica de Cataluña: Numismática, Epigrafía, Colecciones Diplomáticas, Sigilografía*, Madrid, s.d., pp. 35-36, 38-40.

<sup>17</sup> Véase Casanovas, *op. cit.*, pp. 114, 118, 153-157. También Elías de Molins, *op. cit. (sd)*, p. 31. A partir de una Carta de Mayans al barón de Schömberg del 1731 conocemos la existencia de los dibujos que Josep Finestres realizó del templo romano de Barcelona, la llamada torre de los Escipiones, el arco de Barà y el acueducto de Tarragona. Citado en Casanovas, *op. cit.*, p. 89.

<sup>18</sup> Elías de Molins, *op. cit.* (1903), pp. 17-18.

<sup>19</sup> En opinión de Corredera, los eruditos del monasterio premostracense de Bellpuig no tienen unas características suficientemente comunes como para formar una verdadera escuela histórica. Por ello, prefiere calificarlos de grupo. Véase Corredera, Eduardo: *El monasterio de Santa María de Bellpuig de las Avellanas*, Instituto de Estudios Ilerdenses, Lérida, 1971, p. 13. Por otro lado, parece que la vida en este monasterio no era tan placida como lo apartado del lugar podría hacer suponer. Después de 1714 y durante bastante tiempo hubo una fuerte escisión dentro mismo de la comunidad entre austracistas y borbónicos hasta el punto que, para poner paz, fue necesaria la presencia y arbitrio de dos «visitadores» los años 1725 y 1732. Sobre este aspecto véase Corredera, Eduardo: «Al margen de Daniel Finestres. (una página de monasteriología catalana del siglo XVIII)», *Analecta Sacra Tarraconensia*, XLVI, 1973, pp. 423-430. Del mismo autor véase también su obra *La escuela histórica avellanense*, Institut d'Estudis Ilerdenses, Lleida, 1971.

del ceriverino Josep Finestres. Por otro lado, Jaume Caresmar, la figura más eminente de Bellpuig, también era bien conocido y apreciado en Cervera. Además, Jaume Pasqual, uno de los discípulos de Caresmar, estudió leyes en aquella universidad<sup>20</sup>.

Jaume Caresmar i Alemany nació en Igualada el 1717 en el seno de una familia de artesanos acomodados. Estudió filosofía y teología en el Colegio de Cordelles. A los veinticinco años entró en la orden de los premostracenses, en el convento de Santa María de Bellpuig de les Avellanes. Puede ser que en esta decisión influyese la admiración por su abad Daniel Finestres<sup>21</sup>. Sus trabajos de archivo empezaron muy pronto aunque en un primer momento tuvieron como objetivo poner al día los derechos de propiedad y otras prestaciones del monasterio. Tanto Corredera como Mercader son de la opinión que fue posiblemente Daniel Finestres quien enseñó o inspiró a Caresmar la metodología y el espíritu crítico de sus estudios archivísticos. A partir de Bellpuig su investigación se extendió por muchos archivos de Cataluña (con largas estancias en Barcelona), Valencia, Aragón y el sur de Francia<sup>22</sup>. Caresmar se relacionó bastante con el mundo erudito catalán (especialmente con Francesc Xavier Dorca, Antoni de Capmany y Josep Finestres) y fue miembro de la Academia de Buenas Letras de Barcelona<sup>23</sup>.

Su producción erudita comprende la publicación de un gran número de fuentes archivísticas y documentales, así como una gran variedad de obras historiográficas sobre diversos temas, muchas de ellas inacabadas e inéditas<sup>24</sup>.

Si bien el estudio de la antigüedad clásica no fue el centro de atención de Caresmar —de hecho no tuvo una sólida formación humanística<sup>25</sup>— en la obra *Disertación histórica sobre la antigua población de Cataluña en la Edad Media* (1780), más conocida como *Carta al barón de la Linde*, las referencias a los restos antiguos, romanos y prerromanos, son constantes<sup>26</sup>. El texto fue un encargo del *Consulat de Mar* barcelonés e iba destinado al Intendente del ejército y del Principado, Manuel de Terán, barón de La Linde<sup>27</sup>. La tesis de Caresmar era que Cataluña, desde la antigüedad hasta el

<sup>20</sup> Pasqual se formó en derecho civil y canónico en la Universidad de Cervera. En su trabajo de erudito recogió un gran número de documentos arqueológicos que agrupó en los doce volúmenes de los *Sacrae Cathaloniae antiquitatis monumenta*. También realizó monografías sobre yacimientos arqueológicos como las ruinas de Sant Miquel d'Olerdola y el *Discurso Histórico o conjeturas sobre las antigüedades romanas y godas del Priorato de Sta. Maris de Meva*. Véase Elías de Molins, *op. cit.* (1903), pp. 16-17, 37.

<sup>21</sup> Mercader, *op. cit.*, pp. 6-9. Caresmar fue dos veces abad de este cenobio: primero del 1754 al 1757 y, posteriormente, entre 1766 y 1769.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 10-14.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 16-17.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 19-23. Dentro de las obras menores de Caresmar, podría ser interesante prestar atención a la titulada *Sobre el primado de la iglesia de Tarragona respecto otras iglesias, aun respecto a la de Toledo* (editada por Martí de Barcelona, Tarragona, 1924). Tal vez encontraríamos en esta obra la clave para entender una de las causas de su interés por la antigüedad: la obtención de datos para aclarar las polémicas eclesiásticas de su tiempo.

<sup>25</sup> Mercader, *op. cit.*, p. 18.

<sup>26</sup> Caresmar, Jaume (Mercader, Joan, ed.): *Carta al barón de la Linde*, Centre d'Estudis Comarcals d'Igualada, Igualada, 1979 (1.ª ed. 1821). Para un comentario de la *Carta* véase también Closa, Josep: «Entorn un testimoni oblidat del tombant del segle XVIII: la visió de Caresmar», en *VI Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Institut d'Estudis Ceretans, Puigcerdà, 1987, pp. 175-181 (aunque personalmente creo discutibles muchos de sus planteamientos). Sobre el pensamiento de Caresmar véase también Lluch, Ernest: «Jaume Caresmar i «El discurso sobre la agricultura, comercio e industria del principado de Cataluña» (1780)», *Recerques* 10, 1980, pp. 177-181.

<sup>27</sup> El cargo de intendente general fue creado después de la guerra de sucesión. En origen, su cometido consistía en recaudar los impuestos para la paga del ejército de ocupación aunque bien pronto se le encargaron una amplia gama de funciones fiscales, jurídicas y de fomento económico. Los intendentes, por su cargo, también eran presidentes de la Junta de Comercio y del *Consulat de Mar*. Sobre este tema véase Escartín,

siglo XV, estuvo más poblada y fue más rica que en su estado presente<sup>28</sup>. A pesar de que el título parece hacer referencia exclusivamente a la Edad Media, lo primero que sorprende en esta obra es el criterio utilizado en su división por capítulos. Contrariamente a lo que se podría esperar, el marco geográfico no son los condados medievales, sino las antiguas tribus ibéricas (ilergetas, ausetanos, indigetetas, laietanos, cosetanos, ilercavones y lacetanos). Dentro de cada uno de los territorios, el autor va describiendo las ciudades más importantes. De hecho, el peso de la argumentación recae en los testimonios de la época romana. A través de la epigrafía, la numismática, la arqueología, la toponimia y los textos clásicos (especialmente Tito Livio, Estrabón, Ptolomeo y Avieno) quiere demostrar cómo en la antigüedad había, en Cataluña, más ciudades que en su tiempo y que aquellas eran más ricas y estaban más pobladas. La decadencia comenzaría en los siglos XV y XVI y continuaría en su tiempo.

Sería interesante contraponer esta visión pesimista del progreso del Principado con las imágenes optimistas de Feliu de la Peña en su *Fénix de Catalunya* (1683) y, especialmente, con las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* de Capmany, publicada por la Junta de Comercio de Barcelona en 1779 (con un suplemento de 1792)<sup>29</sup>. En principio sorprende que, casi simultáneamente, dos instituciones tan próximas como la Junta de Comercio y el *Consulat de Mar* patrocinasen obras de conclusiones contrapuestas. Si a este hecho añadimos que Caresmar colaboró en la obra de Capmany, la paradoja resulta aun más evidente<sup>30</sup>. Parece clara la voluntad de Capmany de no enfrentarse directamente a la tesis de Caresmar. Después de la muerte de este último en 1791, Capmany publicó el ensayo titulado *Si la industria, la agricultura y la población de España de los siglos pasados han llevado ventaja a las del tiempo presente*<sup>31</sup>, donde critica abiertamente la tesis pesimista de Caresmar.

Lo que Caresmar consigue indirectamente con su *Disertación* es darnos una buena visión de conjunto del estado en que se encontraban los estudios sobre la antigüedad romana y prerromana de las diferentes ciudades catalanas. Aparte de los textos clásicos, Caresmar hace un buen uso de los trabajos anteriores de A. Agustí, P. de Marca, J. G. Roig i Jalpí, J. Finestres y J. Pasqual. Entre los historiadores modernos, utiliza especialmente a Margarit, Diago, Pujades y Flórez. En cuanto al problema de la crítica histórica, no acepta las fundaciones hercúleas (Llivia, Barcelona), pero tiende a dotar de una gran antigüedad a todas las ciudades. Así, por ejemplo,

Eduardo: «Los intendentes de Cataluña en el siglo XVIII. Datos biográficos», en *Historia social de la administración española*, Barcelona, CSIC, 1980, pp. 249-268.

<sup>28</sup> Mercader, Joan: *Un igualadí del segle XVIII Jaume Caresmar*, Centre d'Estudis Comarcals d'Igualada, Igualada, 1947, p. 40. Las causas principales de la caída demográfica y económica fueron, para Caresmar, la expulsión de los judíos y moriscos junto con las epidemias de los siglos XVI y XVII.

<sup>29</sup> Sobre Capmany véase Montoliu, Manuel de: *Homenaje a Capmany en el II centenario de su nacimiento (1742-1942)*, Diputación de Barcelona, Barcelona, 1945; Giralt, Emili: *Ideari de Capmany*, Ed. 62, Barcelona, 1965; Lluch, Ernest: *El pensament econòmic a Catalunya, 1760-1840*, Ed. 62, Barcelona, 1973; Vilar, Pierre: *Capmany i el naixement del mètode històric*, en *Assaig sobre la Catalunya del segle XVIII*, Curial, Barcelona, 1973.

<sup>30</sup> No se trata de equiparar los opúsculos de Feliu de la Peña y Caresmar con la gran obra historiográfica de Capmany, sino tan sólo de comparar los objetivos. Este asunto merecería un estudio más pormenorizado.

<sup>31</sup> Recogido en Capmany, Antoni de (Josep Fontana, ed.): *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar*, Alta Fulla, Barcelona, 1988 (1.ª ed. 1807). Como introducción a este problema véase el estudio preliminar de Fontana, pp. 11-15.

Barcelona sería una fundación de los primeros pobladores, engrandecida posteriormente por la familia cartaginesa de los Barca. Asimismo, Tarragona y Vilafranca serían de origen púnico. Otro tema polémico es la aceptación de las noticias de Roig i Jalpí sobre Blanes y Manresa.

A pesar de que en la obra predomina la descripción sobre la narración histórica, se pueden extrapolar tres características básicas de la misma sobre el período precondal:

- la ausencia de una explicación de los orígenes, filiación y desarrollo de los pueblos indígenas;
- la importancia de la colonización fenicia en detrimento de la griega;
- la abundancia de noticias sobre la época romana y el progreso crítico en la utilización de los textos grecolatinos y la epigrafía.

Desde el punto de vista actual, sorprende que el conocimiento demostrado por Caresmar de los restos arqueológicos, epográficos, numismáticos y de las fuentes literarias cristalizasen en una imitación de los *Laudes Hispaniae*, tan propios de los autores humanistas, y no en un embrión de historia general.

#### 4. La crítica histórica de la Academia barcelonesa

Hasta ahora hemos asistido al estudio de la epigrafía (Cervera) y a los trabajos eruditos de síntesis (Bellpuig), pero no a la voluntad de escribir una nueva historia de Cataluña. Sólo los miembros de la Academia de Buenas Letras de Barcelona reivindicaron como uno de sus objetivos primordiales la edición de una nueva Historia de Cataluña. Es significativo que la empresa nunca se llevase a término por más que se realizasen seis proyectos a lo largo del siglo XVIII. Esta falta de definición historiográfica no debía responder sólo al hipercriticismo de la época. Tal vez manifestaba también vacilaciones más profundas de la sociedad catalana en el replanteamiento de su pasado.

En general, las relaciones de la Academia con las otras instituciones culturales del Principado eran bastante complejas. Por un lado, ya hemos hablado de las tensiones con la Universidad de Cervera y del menosprecio con que los catedráticos cerverinos consideraban los trabajos de los académicos. Pero, a pesar de la desconfianza de la Universidad hacia la Academia encontramos académicos como José de Vega i de Sentmanat que guardaban muy buenas relaciones con la universidad hasta el punto que Vega fue profesor en Cervera en 1790. De la misma forma, Caresmar, persona bien vista en Cervera, también era miembro de la Academia desde 1750, aunque a partir del 1780 dejó de presentar sus trabajos en dicho cenáculo, tal vez a causa de sus discutidas investigaciones sobre el martirio de Santa Eulalia que tanto molestaron a algunos académicos<sup>32</sup>.

He ordenado los proyectos de la Academia de forma cronológica desde la creación de su primer núcleo hasta la supresión momentánea de sus actividades en 1824. Después de la transcripción del texto de cada proyecto, adjunto las memorias,

<sup>32</sup> Mercader, *op. cit.* (1947), pp. 33-36. Véase también Corredera, Eduardo: «Caresmar y Barcelona», *Analecta Sacra Tarraconensia* 37, 1964, pp. 111-127.

encargos y otras noticias referentes a la antigüedad producidas en los intervalos entre cada programa historiográfico. Me ha parecido que este sistema permite hacer un buen seguimiento de la acogida del proyecto en cuestión entre los académicos.

La Academia de Buenas Letras de Barcelona tiene sus orígenes remotos en la «Academia Desconfiada», creada el 1700 para la formación de nobles y como complemento a los estudios del Colegio de Cordelles. La «Academia Desconfiada» celebró sesiones hasta 1703. Riquer se refiere a ella diciendo que fue solamente «una anécdota en la historia cultural de Barcelona»<sup>33</sup>. Si bien es cierto que tenía un carácter más literario que historiográfico, antes de olvidarnos de ella con estas escasas referencias convendría detenernos en uno de sus creadores: Pau Ignasi Dalmases. Concretamente en el hecho de que reinando Felipe V, pero antes del estallido de la guerra de sucesión, las Cortes de Barcelona de 1701-1702 nombrasen a Dalmases cronista con el encargo de escribir una historia de Cataluña que, por lo demás, dejó inédita a su muerte en 1718<sup>34</sup>. Por tanto, desde un principio podemos establecer una ligazón, por pequeña que ésta sea, entre los orígenes de la Academia y la idea de una nueva historia de Cataluña.

El precedente directo de la Academia de Buenas Letras fue la academia fundada en 1729 por un pequeño grupo de nobles y notables barceloneses sin que, de momento, tuviese un nombre específico. Parece ser que nació a imitación de la Real Academia Española de Madrid que había sido fundada en 1714. La academia barcelonesa estaba compuesta casi exclusivamente por aristócratas, eclesiásticos y antiguos profesores universitarios<sup>35</sup>. La admisión excepcional del comerciante de tejidos, Pere Serra i Postiu, se explica por los muchos libros y manuscritos que éste poseía referidos a la historia de Cataluña.

##### I. Proyecto de 1729

Desde sus inicios en 1729, la nueva Academia se impuso la obligación de dedicarse a la «historia sagrada y profana, y con especialidad la de Cathaluña, pero entretexiendo los asuntos con algunos de las philosophías natural, moral y política, y otros de eloquencia y poesía, assi para constituir más plausibles con la variedad las assambleas como para atraer a la joven nobleza con los últimos, instruirlos con los segundos e irlos inclinando a la solida aplicación con los primeros»<sup>36</sup>.

<sup>33</sup> de Riquer, Martí: «Breve historia de la Real Academia de Buenas Letras», *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* 25, 1953, p. 277. No conozco trabajos recientes sobre esta primera academia, pero pueden consultarse, aparte de De Riquer, los trabajos de Moline i Brases, Enric: «La Acadèmia dels Desconfiats», *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* 9, 1917-20, pp. 1-10, y Carreras y Valbuena, Josep Rafel: «Constitució i actes conservades de la Acadèmia Desconfiada, anomenada també Escola i Acadèmia dels Desconfiats», *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona* 10, 1921, pp. 255 ss.

<sup>34</sup> Voltes, Pere: *Pau Ignasi Dalmases i el seu temps*, Dalmau, Col. Episodis de la història, n.º 28, Barcelona, 1962, pp. 19-27, 34. Dalmases también escribió la *Disertación por la patria de Pablo Orosio* (1702), a través de la cual quería demostrar el origen tarraconense del autor de *Adversus paganos historiarum*. Dalmases se carteo con muchos eruditos españoles, entre ellos el marqués de Mondéjar. Políticamente, si bien en un principio aceptó a Felipe V, una vez estallada la guerra fue partidario del archiduque Carlos. Al final de las hostilidades declaró fidelidad a Felipe V y pudo volver al Principado.

<sup>35</sup> La procedencia de los miembros de la Academia y las temáticas que estudiaron durante el período 1752-1799 pueden hallarse en Pérez, M.-Asensio, D: «Cultura histórica en Cataluña: el caso de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, entre 1752 y 1799», *Pedralbes* 8/II, pp. 227-243.

<sup>36</sup> de Riquer, Martí, *op. cit.*, p. 277.

En este primer momento, el proyecto historiográfico se materializó en dos propuestas: la confección de un diccionario histórico de Cataluña y un resumen de la crónica de Pujades<sup>37</sup>. Según esto, hemos de entender que el autor de la *Cronica Universal del Principat de Catalunya* era aun admirado y tenía mayor prestigio que Corbera o Feliu de la Peña, que le habían precedido en 1678 y 1709 respectivamente<sup>38</sup>.

Hay que puntualizar que Pujades se había caracterizado por hacer una síntesis de las tradiciones históricas generadas hasta el siglo XVI. Recogía, por ejemplo, todos los primitivos reyes de España inventados por Annio, la mítica fundación de Barcelona por Hércules líbico, la supuesta batalla entre Amílcar y el badalonés Telongo Bachio y la leyenda de Otger Cataló. Su historia de las épocas anteriores a los primeros condes se incluía dentro de la historia general de España<sup>39</sup> y no iba más allá de mostrar el valor originario de sus habitantes y ensalzar hasta lo posible el origen de cada ciudad. Cartagineses y romanos no eran considerados invasores crueles y despóticos, sino más bien civilizadores de los naturales del país<sup>40</sup>.

Entre los discursos y lecturas de los primeros años hay que destacar las siguientes<sup>41</sup>:

- Pere Serra i Postiu: *Disertación histórica de quando y como los cartagineses entraron a dominar Cataluña* (1729)<sup>42</sup>.
- Juan de Sagarriga, conde de Crexell: *Disertación histórica del origen del nombre de Cataluña y de cuando comenzó a llamarse Principado* (1730).
- Ponsic-Fivaller: *Careo de César y Pompeyo y decidir qual tuvo las cualidades mas dignas de un general (Ponsic-Pompeyo, Fivaller-César)* (1736).

## II. Proyecto de 1747

El 1747, Francesc de Mora i Catà, marques de Llo, fue elegido vicedirector de la Academia. Mora i Catà había nacido en Barcelona y se había formado en sus antiguos Estudios Generales. Posteriormente viajó por diversas ciudades de Europa

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 278. Hemos de añadir el dato que en los 331 títulos de la biblioteca de Serra i Postiu —uno de los miembros más activos de la Academia— la historia de Pujades aparece citada tres veces (en la edición de 1609, en un resumen y en una transcripción) al lado de otros historiadores catalanes: Montfar, Tarafa, Tomic, Roig i Jalpí, Corbera, Bosc y Ponç d'Icard. En el mismo sentido, M. Pérez y D. Asensio reconocen que durante el período estudiado por ellos (1752-1799), el nombre de Pujades es el más repetido en los trabajos sobre historia de Cataluña. Véase Pérez-Asensio, *op. cit.*, p. 299, nota 9.

<sup>38</sup> Referencias de Corbera y Feliu de la Peña en nota 5.

<sup>39</sup> Por ejemplo, al hablar de las luchas de los ilergetes Indíbil y Mandonio contra los romanos el autor comenta:

«Aquesta guerra me apar a mi, fonch la primera, que los Espanyols en son nom propi ferent contra los Romans. Perque totes les passades eran, per defensar la part: y amistat Carthaginesa: pero ara, ja los Carthaginesos eran del tot fora de Espanya, y aquestos germans procuravan pe a si lo domini, y senyoria de ella.» Pujades, *Crònica Universal...*, fol. 88.

<sup>40</sup> Así, en la dedicatoria de la *Crònica Universal...* Pujades habla de los «invencibles romans, generosos cartaginesos pares nostres» porque Hércules líbico fundó Barcelona con gente del Lacio (o sea, romanos) y Amílcar restauró, engrandeció y fortificó la ciudad.

<sup>41</sup> Estos y los siguientes discursos y trabajos presentados a las sesiones de la Academia están sacados de de Riquer, *op. cit.* y Miret i Sants, Joaquim: «Dos siglos de vida académica», *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, IX, 1917-1920 (1921), pp. 10 ss., 92 ss., 168 ss., 249 ss. y 305 ss.

<sup>42</sup> Es el único trabajo de estas características de Serra i Postiu dentro y fuera de la Academia según se puede comprobar en Madurell i Marimon, Josep Maria: «Pedro Serra Postiu», *Analecta Sacra Tarraconensis* 29, 1956, pp. 345-400.

(París, Viena, Londres, Amsterdam, Turín y Roma), donde pudo contactar con los grandes eruditos de la época. Como teórico de la historia es conocido por sus *Observaciones sobre los principios elementales de la historia* (1756), obra de carácter metodológico que tenía que servir de guía y ayuda a los trabajos históricos de la Academia. El proyecto original de esta obra comprendía tres volúmenes: el primero dedicado a las fuentes documentales, el segundo a la tradición y diplomática y el tercero a la numismática y epigrafía. Finalmente, la única parte publicada, un volumen de 600 páginas editado en 1756, sólo correspondía al primero de los programados. Los dos restantes quedaron reducidos a dos pequeños capítulos publicados un siglo más tarde, en 1868<sup>43</sup>.

La llegada a la vicedirección de Mora i Catà puede ser significativa porque en el mismo año se acordó modificar el proyectado resumen de Pujades. El texto de la sesión dice así:

«(...) habiendo tenido presente que seguir la antigua idea de la Academia sobre hazerse un Epítome de la historia de Cataluña de Pujades, asi de la impresa como de la manuscrita, se engolfaba en unos asuntos bastos, oscuros y difíciles de averiguar ya por la antigüedad de los hechos, ya por la falta de autores de aquellos tiempos que puedan dar luz a los que se empleasen en este trabajo; y atendiendo que lo más importante y que con menos dificultad puede acarrear utilidad a los académicos es la historia mas baxa y singularmente desde la conquista de Cataluña por los moros, de la qual hablan autores asi nacionales como estrangeros, acuerda la Junta que el Reverendísimo P. Juan de Boxadors se sirva hazer un proyecto de la obra que sobre dicho asunto podra emprenderse»<sup>44</sup>.

## III. Proyecto de 1752

Hay que resaltar el recorte cronológico de la propuesta: «desde la conquista de Cataluña por los moros».

El año 1752, el marqués de Llo consiguió que Fernando VI aprobase los estatutos de la Academia. Desde esta fecha el nombre oficial sera Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. El mismo año se volvió a confirmar la voluntad de escribir una historia de Cataluña. El período precondal, que había quedado anulado en el proyecto de 1747, vuleve a reaparecer y queda estructurado de la siguiente forma:

«Siendo el objeto de la Historia los acontecimientos desde el siglo 8.º y en virtud de ser acordada la relación del tiempo anterior, acuerda la Junta que esta relación incluya quatro tiempos, el primero el obscuro y hasta la entrada de los cartagineses en España; el segundo todo tiempo que estos dominaron en ella; el tercero desde la entrada de los Romanos hasta la irrupción de los vándalos y demas naciones y reinado de Honorio; el quarto desde Honorio y demas naciones hasta el año 700. El modo de proce-

<sup>43</sup> Casanovas, *op. cit.*, pp. 166-167. Es significativo que en Cervera el libro del marqués de Llo tuviese juicios poco favorables. Véase en este sentido Casanovas, *op. cit.*, pp. 169-170.

<sup>44</sup> Junta particular del 8 de marzo de 1747. Citado en Miret i Sants, *op. cit.*, p. 23.

der en la relación de estos tiempos sera: en el 1.º muy brevemente; en el segundo con mayor extensión; en el 3.º con más y a proporción mayor en el 4.º, dando en todos las noticias más principales y en cohordinación de los tiempos»<sup>45</sup>.

Además, cada parte se encargó a uno de los académicos: la primera al Marqués de Sentmenat, la segunda y la tercera a Ramon de Ponsic, la cuarta a Benito Vinyals. Fijémonos que, según el texto anterior, la historia de Cataluña propiamente dicha tenía que empezar en el siglo VIII. El pasado precondal era meramente un encabezamiento o introducción.

No he encontrado ninguna nueva propuesta hasta 1792. En este lapso de tiempo hay que destacar que Caresmar fue nombrado revisor de historia de la Academia (1766) y que Capmany fue admitido como académico (1781) en reconocimiento a su obra sobre la marina catalana. Entre los encargos y memorias de estos años se han de destacar las siguientes:

- Pere Serra i Postiu, *Explicanse quales catalanes singularmente florecieron en letras y armas en tiempos de los godos* (1752); del mismo, *De como y quando entraron los godos a dominar Cataluña* (sin fecha);
- Luis Verde presenta el hallazgo de una figura de bronce (tal vez un Mercurio) en la montaña de Torroella (1756).
- Escofet leyó un estudio sobre los vestigios de la calle Paradis de Barcelona «llamados comunmente las columnas de Hércules» (1758);
- En 1762 se tomó el acuerdo de pedir que los académicos recibiesen conocimiento de las «lapidas, monedas y otras memorias antiguas» que apareciesen en los edificios que se derrumbasen o reconstruyesen en Cataluña.
- Antonio Fernández de Calderón, *Sobre referir de que modo aconteció el desastrado fin a la hija de Herodías, y si es cosa que tenga apoyo que fuese nuestro rio Segre en donse fue degollada con el yelo segun se afirma* (1766)<sup>46</sup>.
- José de Vega y de Sentmanat, *Disertación sobre las colonias de griegos en Cataluña*, por encargo de la Academia (1780).
- Discurso de ingreso de Miguel A. Molins sobre el tema «que en los tiempos del mayor imperio romano y en los que llegan hasta nuestros dias, pudo y puede Cathaluña servir de modelo en valor y ciencia a las naciones francesa y italiana» (1788).

#### IV. Proyecto de 1792

Hemos de esperar hasta 1792 para encontrar una contrapropuesta al proyecto de 1752. En ese año se encargó a Josep de Vega y de Sentmenat que preparase un nuevo guión que siguiese el método de la historia del Languedoc<sup>47</sup>. Entretanto, para

que el público en general viese algún fruto, se acuerda que «la Academia se ocupe de vertir del catalán al castellano los célebres autores Pujades y Montaner, empezando este trabajo por el último»<sup>48</sup>. No deja de ser significativa la prioridad que se da a la *Crònique* de Muntaner pese al mantenimiento de Pujades como obra de referencia general<sup>49</sup>.

Hay dos datos a retener. Primero, no se toma como modelo de la futura historia de Cataluña ninguna obra castellana sino una historia «regional» francesa. Segundo, Pujades seguía teniendo suficiente predicación entre los académicos y el público en general como para traducir toda su crónica al castellano y eso que la parte catalana sólo comprendía desde los primeros pobladores legendarios hasta la conquista árabe. Tres años después, en 1795, se leyeron en la Academia dos trabajos que parecen responder a la nueva línea adoptada por Josep de Vega:

- Ambrosio Puig, *Memoria cronológico-histórica sobre la primitiva población de Cataluña comprendido Rosellón y Cerdeña* (1795);
- Benito de Olmera, *Sobre que forma de gobierno fue la primera que se adoptó en Cataluña y las vicisitudes que sufrió hasta la entrada de los Romanos* (1795).

El mismo año, Francesc de Pinós presentaba a la Academia la *Disertación en que se demuestra la verdadera situación y extensión del país que ocupaban antiguamente en Cataluña los pueblos conocidos en la historia nacional con el nombre de Ilercavones* (1795)<sup>50</sup>. Me detengo en el contenido de este pequeño trabajo para dejar constancia de la metodología utilizada y la manera de plantear el tema. Para empezar, el autor advierte que «en asunto tan crítico (localización y extensión de los pueblos antiguos) nos debemos fiar muy poco de lo que escriben nuestros historiadores catalanes». Pinós utiliza, cómo no, a los autores clásicos (Ptolomeo, Tito Livio, Plinio, César) pero aplicándoles la crítica textual. De los autores modernos, tiene en cuenta a A. Agustín, Marriana, Marca, Masdeu, Flórez y J. Finestres. Es decir, no recurre a los autores medievales ni a los falsarios del XV, XVI y XVII, ni tampoco a los autores catalanes que los recogen como Pujades y Feliu de la Penya. El criterio definitivo se lo da la epigrafía y la numismática.

La *Disertación* de Pinós fue un encargo de la Academia, interesada como estaba en resolver el problema (nombre, localización y extensión) de los «célebres pueblos que (...) ocuparon y defendieron con tanta gloria el territorio de nuestra provincia» en tiempos de los griegos, cartagineses y romanos. De entre ellos, los ilercavones fueron «uno de los primeros pueblos de nuestra patria». Se trataba de hombres sencillos y «algo ilustrados con el suave yugo que insensiblemente les habían impuesto el comercio de los griegos y fenicios». A causa de una suerte fatal «preparada por el Omnipotente» vinieron los cartagineses y romanos a turbar su vida tranquila. En aquellos años es de admirar «la paciencia con que sufrieron aquellos pueblos en todas estas campañas de calamidades», porque «no se les ve tomar partido jamás, ni aun en las guerras nacionales de Numancia y Sertorio». Concretamente, Sertorio es

<sup>45</sup> Junta particular del 2 de junio de 1752. *Ibid.*, p. 24.

<sup>46</sup> Esta leyenda sobre Herodías y el Segre procede de Jerónimo Román de la Higuera. Véase Caro Baroja, *op. cit.*, pp. 163-187 (en esp. p. 166-167).

<sup>47</sup> Se debían referir a la *Histoire générale de Languedoc avec les notes et pièces justificatives* (1730-1745) de los benedictinos mauristas Claude Devic y Jean-Joseph Vaisette.

<sup>48</sup> Junta particular del 29 de febrero de 1792. Citado en Miret i Sants, *op. cit.*, p. 169.

<sup>49</sup> La *Crònique* de Ramon Muntaner narra la expansión catalana de los siglos XIII y XIV por el Mediterráneo. Véase Soldevila, Ferran: *Les quatre grans cròniques*, Selecta, Barcelona, 1983.

<sup>50</sup> Publicada posteriormente en las *Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, II, 1868, pp. 51-69.

visto como «aquel famoso general, que ayudado solo de los españoles y de algunos foragidos del imperio, abatió tantas veces la soberbia romana». Años más tarde, los ilerconvos contribuyeron sensiblemente a la victoria de César contra los pompeyanos. Finalmente, los «barbaros del Norte» acabaron por borrar el nombre de «nuestros pueblos primitivos, de aquellos pueblos que tantas veces reprimieron el orgullo y poder romano en su mayor pujanza, echando un tupido velo sobre sus mismos nombres hasta la edad presente», edad en que la Academia los quiere incluir en la «historia nacional» que esta preparando.

En el trabajo de Pinós encuentro dos polos no necesariamente contrapuestos. Por una parte, el elevado nivel crítico. Por otro, un tratamiento patriótico de los pueblos prerromanos que, más adelante, también se encontrará en los planteamientos de autores de la primera mitad del XIX. De momento, volvamos a los nuevos proyectos historiográficos.

#### V. Proyecto de 1795

El 1795 el jesuita barcelonés Juan Francesc de Masdeu fue elegido miembro honorífico de la Academia de Buenas Letras durante una de sus estancias temporales en esta ciudad<sup>51</sup>. Al año siguiente, Mariano de Sans, como portavoz de una comisión académica, presentó un nuevo plan de Historia de Catalunya que se aprobó con la condición de que fuese simplificado por la misma comisión, «siguiendo en lo posible el parecer del señor Masdeu»<sup>52</sup>.

La aceptación de Masdeu como miembro de la Academia no debía ser un hecho anecdótico si hemos de hacer caso al tema de las memorias presentadas a partir de entonces. Para el objeto que nos ocupa hay que destacar las siguientes:

- Mariano de Mata, *Sobre la venida de Tubal a poblar España, abrazando la negativa* (1796);
- José Felipe Oliver, *Si puede aceptarse por hecho cierto la entrada de Otger en Cataluña y los nueve barones* (1798);
- Bernardo Salvat, *Si en España hubo algun rey llamado Ibero que diese nombre a Iberia y al río Ebro* (1798);
- Lector Vila, *A qual distrito de lo que es hoy Cataluña extendiase cada una de las comarcas de los Batulones, Lacetanos y Sedetanos* (1799);
- Antonio Estaper, *Las naciones extrangeras que vinieron sucesivamente a Cataluña antes de los Griegos y en que época* (1803);
- Antonio Elías y Robert, *Si tuvo España todos o alguno de los veinticuatro reyes que consigna Feliu de la Peña en sus Anales* (1804).

<sup>51</sup> Batllori, Miquel: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-Hispanoamericanos-Filipinos. 1767-1814*, Gredos, Madrid, 1966, p. 43. Masdeu se había formado en Italia, preferentemente en la Universidad de Bolonia. Después de la expulsión de la orden de los territorios de la Corona se ocupó en profundidad de la cultura española. Sus veinte volúmenes de la *Historia crítica de España y de la cultura española* (1783-1805) incluyen una síntesis de la arqueología y la historia antigua con un método crítico muy riguroso. Tienen especial valor los volúmenes IV-IX dedicados a la «España romana». Respecto a los tiempos prerromanos, para Masdeu, la clave era la venida de los fenicios a la península pues: «La España, como los demás países Occidentales, antiguamente fue muy grosera, é inculca, hasta que entraron en ella los Fenicios, en cuyo tiempo la Nación empezó á civilizarse» (Masdeu, Libro II, p. X).

<sup>52</sup> Junta general del 18 de mayo de 1796. Citado en Miret i Sants, *op. cit.*, p. 173.

#### VI. Proyecto de 1804

En la línea del espíritu revisionista que finalmente se había impuesto, en 1804 se vuelve a tratar del plan con que se ha de escribir la historia de Cataluña. Los académicos afirman que:

«(...) quedamos bien persuadidos de la máxima que adoptaron nuestros mayores de que la historia publicada por la Academia debe fundarse sobre hechos y documentos los más solidos y seguros, despreciando altamente no sólo todas las fábulas de los falsos cronicones de Flavio Dextro de Barcelona y de Liberato de Gerona, sino aun más las preocupaciones vulgares y consejas que la nimia credulidad de nuestros autores como Barellas, Pujades, Roig y otros han esparcido entre el vulgo y debe procurar la Academia desarraigarlas»<sup>53</sup>.

La nueva propuesta historiográfica constaba de seis puntos o épocas:

- desde los orígenes hasta la entrada de los romanos
- el dominio romano
- el dominio godo e inicio del musulmán
- los condes de Barcelona hasta la unión con Aragón
- de la unión con Aragón hasta la unión con Castilla
- de la unión con Castilla hasta el siglo XIX.

A partir de 1807, Riquer observa cierta decadencia en el funcionamiento de la Academia, cuando se han de suspender algunas sesiones por falta de asistencia. Una vez terminada la guerra de la Independencia la Academia reemprendió su actividad normal. Las nuevas memorias que se presentan son trabajos de síntesis sobre epigrafía, numismática, inventario de yacimientos y datos para establecer una cronología fiable de los acontecimientos del período prerromano y romano:

- Joaquín Alberto Moner, *Colección de inscripciones romanas de la villa de Isona* (1806);
- Josep Marià de Cabanes, *Sobre la importancia de la Numismática* (1816); del mismo, *Disertación sobre vestidos, armas, monedas, pesos y medidas que se usaron en Cataluña antes de la entrada de los romanos* (1817);
- José Roset y Badi, *La constitución política con que se gobernó Cataluña en tiempos de los Fenicios, Griegos y Cartagineses* (1817)<sup>54</sup>;
- en 1817 se encargó a Melchor de Rocabrúna una «noticia de las ciudades y castillos que hubo en Cataluña antes de la llegada de los Romanos», y a Ramón de Planella y de Fivaller un trabajo sobre «la época de la entrada de estos últimos y las colonias y ciudades que establecieron»;
- en 1818 se encargó a Juan Calva un estudio sobre «quiénes fueron los que primero entraron en Cataluña, si los cartagineses o los romanos», y a José Gutiérrez otro sobre «la dominación cartaginesa o romana». En la misma fecha Segismundo Arqués preparaba un trabajo «del modo cómo cartagineses y romanos salieron de Cataluña».

<sup>53</sup> Junta general del 18 de julio de 1804. *Ibid.*, pp. 178-179.

<sup>54</sup> Roset era un canónico tortosino de ideas liberales, defensor de la constitución de 1812.

El 1820 tuvo lugar en la Academia una auténtica revolución liberal con la entrada de treinta nuevos jóvenes académicos procedentes de la Sociedad Filosófica. Dos años después uno de ellos, Prósper de Bofarull, fue elegido presidente. Pero en 1824 Fernando VII suspendió las actividades de la Academia que no se volvieron a reemprender hasta 1833.

En definitiva, los proyectos planteados fueron seis:

- I. 1729, un diccionario histórico de Cataluña, más un resumen de la crónica de Pujades;
- II. 1747, comenzar la narración a partir del siglo VIII;
- III. 1752, incluir la historia anterior al siglo VIII en cuatro tiempos (oscuros, cartagineses, romanos hasta Honorio, de Honorio al 700);
- IV. 1792, guión basado en la historia del Languedoc y traducción al castellano de Muntaner y Pujades;
- V. 1795, nuevo plan siguiendo el parecer de Masdeu;
- VI. 1804, descalificación explícita de Pujades y división de la historia anterior al siglo VIII en tres tiempos (orígenes, romanos, godos).

De ellos se desprende el interés constante de la Academia por la historia de Cataluña, pero al mismo tiempo también sus vacilaciones. Paralelamente a la muestra de una creciente voluntad de crítica histórica aparece una clara intención de divulgación, de salir del marco de la erudición pura. Iban en este sentido las propuestas de resumen de la obra de Pujades (1729) y de su traducción al castellano (1792).

En 1835, pocos años después de reanudarse las sesiones de la Academia y con el afán de abrir sus actividades al público en general, se propuso la creación de tres cátedras, una de las cuales sobre historia general de España «con aplicación particular á Cataluña», a cargo de José Martí. Los cursos se inauguraron el 7 de diciembre de aquel año aunque pronto pasaron a la recién trasladada Universidad de Barcelona. Al año siguiente, el polifacético Josep Antoni Llobet i Vallosera leyó una memoria sobre la manera de estudiar la historia aplicado al caso catalán. En ella proponía la formación de una comisión encargada de redactar un compendio de la historia de Cataluña donde se modificasen o suprimiesen «cosas que no son del gusto de la época actual»<sup>55</sup>. En otra sesión de 1854 se volvió a recordar el antiguo proyecto de la Academia, vistas las «defectuosas» historias de Cataluña que se estaban publicando. Por enésima vez, en 1857 se discutió de nuevo sobre «cuál sea el mejor sistema para regularizar la historia de Cataluña». A estas alturas, no extrañara al lector saber que ninguna de estas nueva propuestas llegaron a cuajar<sup>56</sup>.

El interés fallido por escribir una historia de Cataluña no era patrimonio de la Academia. Conocemos también el proyecto irrealizado de Francisco de Zamora (1789) y la ambiciosa empresa de Gabriel Hugelmann de la que sólo se publicaron los capítulos introductorios de su *Historia de Aragón, Cataluña, Valencia e islas Baleares* (1855).

A pesar de los esfuerzos a lo largo de todo el siglo XVIII por superar a Pujades, entre 1829 y 1832 aun pareció útil reeditar su crónica por iniciativa de Torres Amat,

Francesc Pujol y Prósper de Bofarull<sup>57</sup>. Asimismo, en 1840 Josep Maria Grau publicó un *Compendio de la crónica de Pujades*. De hecho, los trabajos de divulgación histórica que aparecieron en la revista quincenal *Lo Verdader Català* (1843) demuestran que las obras de Pujades y Feliu de la Peña eran aun el marco de referencia para el lector medio, en detrimento de autores contemporáneos. Por ejemplo, en el número cinco de esta revista se publicó la biografía de Pujades. En ella se dice que «Pujades és una pedra preciosa (...) que adorna la corona de las glorias de nostra Patria Catalunya» y su nombre «quedarà viu en la memoria dels sabis y els amants de las glorias y bellesas de nostra adorada Patria Catalunya»<sup>58</sup>.

El repaso de los proyectos historiográficos de la Academia a lo largo del siglo XVIII nos ha permitido descubrir cómo se fue transformando el tratamiento de la época precondal dentro del esquema general de la historia de Cataluña. Una vez convertidas en insostenibles para la crítica histórica las viejas y legendarias tradiciones de los primeros pobladores y las fundaciones hercúleas se plantearon dos opciones: o renunciar a incluir el pasado precondal en la historia catalana, o dirigir las investigaciones hacia el estudio crítico de los pueblos preromanos con las únicas herramientas fiables de que se disponía (textos clásicos, epigrafía, numismática y arqueología). Prósper de Bofarull escogió la primera opción<sup>59</sup>, pero otros como Puigblanch, Llobet, Pi i Arimon, Cortada y Balaguer optaron por la segunda<sup>60</sup>.

<sup>57</sup> De hecho fue más que una reedición, porque junto con la traducción castellana de la primera parte editada originariamente en catalán se publicaron también las otras dos partes redactadas en castellano pero inéditas hasta ese momento. El interés de P. de Bofarull por recuperar las viejas crónicas hizo que se publicasen también las obras inéditas de Montfar, *Historia de los condes de Urgel*, en la *Colección de Documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, IX-XI, 1853.

<sup>58</sup> *Lo Verdader Català* 5, 1843, pp. 246-254. Artículo firmado por M. R. B.

<sup>59</sup> El espíritu crítico sobre el pasado precondal dejó su huella en la obra de Prósper de Bofarull *Los condes de Barcelona vindicados* (1836). El mismo Bofarull confesaba que el objetivo inicial sólo había sido aclarar la soberanía de los primeros condes de Barcelona y la sucesión de Guifré el Pilos hasta Borell II para desmentir las acusaciones de usurpador dirigidas hacia el conde Borrell. Con esto quería evitar la destrucción de la legitimidad de los condes sucesivos y de los reyes de España hasta Fernando VII. Si bien la obra no era una historia de Cataluña en sentido estricto, nacía con la voluntad de contribuir a la corrección de algunos pasajes de la historia general de España. No estamos lejos del viejo proyecto historiográfico de la Academia. El problema es el del punto de inicio de la obra. Ya no se trata de una cuestión de prioridades, Bofarull se decide por excluir todo el periodo precondal. Queda claro cuando afirma que:

«(...) siendo la empresa ardua y trabajosa, consumiría necesariamente algunos años antes de llegar á punto de poder ser útil a las presentes generaciones si se tratase de empezar por las épocas fabulosas y no fabulosas de Tubal, Osiris, Júpiter, Hércules, Celtas, Cartagineses, Romanos y Godos, hasta la ruina y esterminio de esta última Monarquía por los Arabes, que sobre no ofrecer más garantía que algunos monumentos lapidarios y numismáticos y el dicho de los diferentes escritores (entre ellos el Dr. Pujades en la 1.<sup>a</sup> de su Crónica) que se han ocupado ya de ellas, pertenecen mas bien a la historia antigua general de la Península Española que no a la fracción particular de Cataluña desconocida entonces y que ninguna o muy poca tendencia o trabazón tienen ahora con nuestra existencia y representación política (...)» (Bofarull, Prósper de: *Los condes de Barcelona vindicados*, Fundación Conde de Barcelona, Barcelona, 1988 —1.<sup>a</sup> ed. 1836— p. 5, editado por F. Udina).

Continúa diciendo que los derechos, usos y costumbres, el idioma, la indumentaria y el mismo «ser material» de Cataluña derivan de las luchas de los primeros condes contra los árabes. Los barones capitaneados por Guifré habrían fundado una patria, con soberanía y constitución civil. Añade que esto hace falta tenerlo muy en cuenta en unos momentos de uniformidad civil española con el objetivo de reivindicar los antiguos fueros y libertades.

<sup>60</sup> Las obras de referencia de los autores mencionados son Puigblanch, Antoni: *Prólogo de un tratado sobre la Regeneración política de la España*, Londres, 1840; Llobet i Vallosera, Josep Antoni: *De los pueblos que han invadido, conquistado o dominado Cataluña*, Barcelona, 1847; Pi i Arimon, Andreu Avelí: *Barcelona antigua y moderna*, Barcelona,

<sup>55</sup> Sesión ordinaria del 10 de junio de 1836. Citado en Miret i Sants, *op. cit.*, p. 251.

<sup>56</sup> Véase Miret i Sants, *op. cit.*

## 5. Neoforalismo y período precondal

En lo que respecta a Cataluña, Moreu-Rey establece una posible relación entre el «cristianismo ilustrado»<sup>61</sup> catalán y el movimiento que hacia 1820 se calificó de «provincialismo». Para este autor, la última generación de alumnos de Cervera tuvo un papel destacado en la cultura del romanticismo. Entre ellos hubo personajes tan importantes como el historiador Pròsper de Bofarull, el helenista J. Díaz i Sicart y el filólogo M. Milà i Fontanals<sup>62</sup>. El mismo autor observa una pervivencia del sentimiento diferenciador, paralelo a la renovación historiográfica<sup>63</sup>. Irían en esta dirección el interés prioritario por la historia en la Academia de Buenas Letras, los estudios de autores como Caresmar, Capmany y los hermanos Torres Amat así como la reedición de la obra de Pujades, sin que ello supusiese la existencia de una única línea historiográfica.

El pensamiento político de Capmany, uno de los hombres de la Ilustración en Cataluña, iba en esta misma dirección. En las Cortes de Cádiz, Capmany pertenecía al grupo de los «historicistas», partidarios del retorno a las libertades anteriores a la monarquía absoluta. Capmany creía en la posibilidad de convertir España en un Estado nacional moderno, pero tomando como modelo no el jacobinismo francés, sino la antigua tradición política de la Corona de Aragón. Todo lo contrario a pensar en la posibilidad de una nación catalana diferenciada de España. Su marco de referencia, a partir del cual se articuló su antiuniformismo y anticentralismo era el régimen local (las corporaciones municipales) y sus antiguas libertades<sup>64</sup>. En este sentido, la defensa de las libertades políticas pasaría por la recuperación de la propia historia.

En la historiografía del XVIII no he sabido ver la continuidad del «goticismo» bajomedieval y el «pactismo» posterior sino más bien el intento constante por reconstruir la historia de Cataluña. Primero sobre la base de Pujades, posteriormente sobre una buena base crítica. El resultado fue la eliminación de las leyendas precondales que hasta ese momento habían sido utilizadas para reivindicar la participación en unos mismos orígenes comunes peninsulares. Es decir, Túbal y Hércules habían sido leyendas integradoras en el resto de España, no elementos originales del pasado catalán. Aparte de la opción por la exclusión del pasado precondal de la historia de Cataluña, la otra actitud que se observará en el XIX será un creciente interés por los pueblos prerromanos, el origen de la lengua catalana y el factor étnico.

1854; Cortada, Joan: *Cataluña y los catalanes*, Barcelona, 1860 (reed. por Ed. 62, col. Antología Catalana n.º 17, Barcelona, 1965); Balaguer, Víctor: *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, Barcelona, 1860.

<sup>61</sup> Moreu-Rey cree que el pensamiento ilustrado se introdujo a través de las polémicas confesionales y se manifestó a través de la lucha contra la superstición, la crítica a algunas órdenes religiosas y las disputas por las cátedras universitarias. Si, según Moreu-Rey, para definir este movimiento no se puede hablar propiamente de «jansenismo», puede adoptarse el término de «cristianismo ilustrado». Los «cristianos ilustrados» se habrían caracterizado principalmente por la búsqueda de la austeridad primitiva, el ataque a ciertas prerrogativas papales y la hostilidad hacia los jesuitas. Véase Moreu-Rey, *op. cit.* (1966), pp. 12-14.

<sup>62</sup> Batllori, Miquel: «La Universitat de Catalunya, a Cervera (1717-1742)», en Badía i Margarit *et al.*, «L'aportació de la Universitat catalana a la ciència i a la cultura», *L'Aveng*, Barcelona, 1981, p. 23.

<sup>63</sup> Moreu-Rey, Enric: «Algunos aspectos problemáticos de la «Ilustración», *Pedralbes* 8/II, 1988, p. 209.

<sup>64</sup> Grau, Ramon-López, Marina: «Antoni de Capmany: el primer model de pensament polític català modern», en Balcells, Albert (ed.): *El pensament polític català (del segle XVIII a mitjans segle XX)*, Ed. 62, Barcelona, 1988, 37-40.

Es sugerente la idea de Fontana según la cual la ambigüedad y las vacilaciones de la historiografía catalana de la primera mitad del XIX (de 1808 a 1868) se debían a la misma ambigüedad del proyecto social de la burguesía catalana, indecisa entre la participación activa en la construcción de la nación española y la reivindicación del hecho diferencial catalán<sup>65</sup>.

En el momento en que se planteó escribir la historia del pueblo catalán, el período precondal adquirió una nueva dimensión historiográfica. Existía el consenso de que la historia de Cataluña, en sentido estricto, comenzó con la constitución de los condados medievales. Bajo esos parámetros, la idea fundamental era que, antes de la creación de una organización política soberana e independiente, existía la historia de los habitantes del territorio, la historia del pueblo en constante defensa y afirmación contra todos los invasores, fuesen estos cartagineses, romanos, franceses o castellanos. Este planteamiento admitió múltiples variantes a lo largo del XIX. El «indigenismo» de los historiadores catalanes era también una respuesta a la historiografía liberal española que utilizaba los pueblos prerromanos para construir un supuesto «carácter» español originario<sup>66</sup>. Hasta ahora, con matices, lo que se quería era justificar y hacer aceptar el particularismo catalán dentro de España. La historiografía catalana posterior a 1887, fecha de la publicación de la *Història de Catalunya* de Auletia i Pijoan, tenderá a excluir la historia catalana de la española.

<sup>65</sup> Fontana, Josep: «La fi de l'antic règim i la industrialització (1797-1868)», en Vilar, Pierre (ed.): *Historia de Catalunya*, vol. V, Ed. 62, Barcelona, 1988, p. 424.

<sup>66</sup> Sobre la historiografía española del XIX véase Moreno Alonso, Manuel: *Historiografía romántica española: introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, 1979, y especialmente los trabajos recogidos en *Estudios de Historia de España*, vol. II, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, de Jiménez Díez, José Antonio: «Ideología y política en la historiografía española de 1844 a 1874», pp. 679-695; Cirujano, Paloma: «Aproximación sociológica al panorama historiográfico español (1844-1874)», pp. 697-711; y Elorriaga, M. Teresa: «Evolución temática de la historiografía española de 1844 a 1874», pp. 713-722. Es de consulta obligatoria el libro de P. Cirujano, M. T. Elorriaga y J. Sisnio, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, CSIC, Madrid, 1985. Particularmente útil para una visión sucinta de la historiografía catalana es la voz «historiografía» (obra de Ramon Grau) del *Diccionari d'Història de Catalunya*, Ed. 62, Barcelona, 1991. Véase también Sobrequés, Jaume: «Les històries generals de Catalunya en el període històric de la Renaixença i el Romanticisme (segle XIX)», en Nadal, J. *et al.*: *La historiografía catalana*, Centre d'estudis Històrics i Socials, Girona, 1990, 19-35; Serra, Eva: «Una aproximació a la historiografía catalana: els antecedents», *Revista de Catalunya* (n.º 26), 1989, pp. 29-46.

## STORIA ANTICA TRA LE DUE GUERRE

Linee di un bilancio provvisorio\*

Mario MAZZA

Permettetemi, innanzitutto, di esprimere un caldo ringraziamento all'Università del Paese Vasco in Vitoria, che mi ospita, ed ai valerosi colleghi del Dipartimento di Storia Antica, in particolare al Prof. Juan Santos Yanguas ed al Dr. Duplá, che mi hanno tanto cortesemente invitato ad apportare il mio modesto contributo a questo Incontro. Spero di non deluderli, contraccambiando con la mia relazione il loro caldo affetto e la squisita ospitalità di cui ho goduto in questi giorni. Ancora grazie. Vorrei anche avvertire che il titolo della mia relazione è più limitato e specifico di quello annunciato nel programma: esso tratta di *Storia antica tra le due guerre* (le due guerre mondiali, s'intende) e vuole tracciarne *Le linee di un bilancio provvisorio*, estremamente provvisorio, debbo ancora precisare, come appunto suona il sottotitolo.

1. Bilancio provvisorio ovviamente, e non solo e non tanto per ragioni di tempo. In realtà molti punti, nonostante recenti ed importanti ricerche sull'argomento, non risultano sufficientemente chiariti<sup>1</sup>. Non ci è chiaro neppure il punto centrale, il

\* Il testo letto durante l'Incontro non ha subito sostanziali modifiche. Si ripropone integralmente il paragrafo 5, riassunto durante la lettura della relazione. Desidero cogliere l'occasione per ringraziare ancora una volta gli affettuosi, ed agguerriti, colleghi spagnoli per la loro generosa ospitalità. Per quanto riguarda le note, vorrei avvertire che, nonostante l'apparente mole, esse sono tutto sommato ridotto all'essenziale, considerata appunto la crescita esponenziale della bibliografia specialistica. Le sigle delle riviste sono generalmente quelle dell'*Année Philologique*.

<sup>1</sup> Me limito ai lavori recenti: oltre il capitolo V (*Römische Geschichte 1918-1945*) della fondamentale opera di K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München 1982, 117 sgg. - ed ancora, dell'infaticabile Prof. Christ, *Römische Geschichte und Wissenschaftsgeschichte III*, Darmstadt 1983, 115 sgg., 228 sgg.; *Neue Profile der Alten Geschichte*, Darmstadt 1990; *Geschichte und Existenz*, Berlin 1991 - si vd recente, J. Irmscher, «Klassische Altertumswissenschaft im «dritten Reich». Quellen und Forschungsaufgaben», *Klio* 62, 1980, 219-224; W. Ludwig, «Amtshebung und Emigration Klassischer Philologen», *WJ* 12, 1986, 217 sgg. B. vom Brocke, «Von des attischen Reiches Herrlichkeit» oder die «Modernisierung» der Antike im Zeitalter des Nationalstaates. Mit einem Exkurs über die Zerschlagung der Wilamowitz-Schule durch den Nationalsozialismus», *HZ* 243, 1986, 101-136; B. Näf, *Von Perikles zu Hitler? Die athenische Demokratie und die deutsche Althistorie bis 1945*, Bern-Frankf. a. M. - New York 1986; anche se non cade nel periodo da noi considerato, molto di quello che in questa sede interessa si può apprendere da W. M. Calder u. A. Kosenina (Hrsgg.), *Berufungspolitik innerhalb der Altertumswissenschaft im wilhelminischen Preussen. Die Briefe Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff an Friedrich Althoff (1883-1908)*, Frankf. a. M. 1989 - e soprattutto dalla documentatissima discussione di E. Pack, «Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, Friedrich Althoff e gli studi classici in Prussia nell'epoca guglielmiana. A proposito di un libro recente», *QdS* 33, 1991, 191-241; 34, 1991, 235-284. Interessante l'articolo di B. Arnold, «The Past as

rapporto stesso tra il reale sviluppo dell'antichistica, in Germania ed in Italia, ma, per la verità anche in altri paesi, come la Francia, e l'affermarsi di ideologie e di regimi reazionari di massa come il Fascismo ed il Nazismo. Studi indubbiamente importanti come quei di V. Losemann, *Nationalsozialismus und Antike* (Hamburg, 1977), di M. Kater, *Studenschaft in Deutschland 1918-1932* (Hamburg, 1975), di B. Näf, *Von Perikles zu Hitler? Die Athenische Demokratie und die deutsche Althistorie bis 1945* (Frankfurt a.M.-Bern-New York, 1986) e, in Italia, le ricerche di L. Canfora sulle varie ideologie del classicismo<sup>2</sup>, per la loro stessa impostazione, toccano solo parzialmente il tema che a noi appare basilare: gli studiosi tedeschi trattano sostanzialmente dell'interpretazione e la trasformazione in senso autoritario del grande tema della democrazia periclea (B. Näf), dell'emergere della reazione di destra, del radicalismo di destra, nel mondo studentesco ed accademico (M. Kater), infine dell'impadronirsi dell'antichistica tedesca, non solo nelle strutture universitarie e negli organismi di ricerca, ma anche nelle persone attraverso carriere ed *honores*, da parte del Partito Nazionalsocialista (V. Losemann); mentre Luciano Canfora, che è un filologo classico, ha molto finemente mostrato il costituirsi, l'egemonia, ed il loro interno confliggere delle ideologie classicistiche.

Studi importanti e meritori, ripeto, che hanno spianato la via alla discussione, ma che, per la loro stessa impostazione, non sembrano affrontare il nodo, a mio parere centrale: il rapporto cioè tra le linee fondamentali di tendenza della storiografia sul mondo antico, essenzialmente in Germania ed in Italia, ed il costituirsi di ideologie reazionarie in Europa, con il loro correlativo articolarsi in movimenti e regimi.

E' proprio questo nodo che io in questa sede cercherò non dico di sbrogliare, ma perlomeno di saggiare. Ciò comporta una valutazione dall'«interno» tecnica cioè e storiografica, e non tanto, o soltanto, la considerazione delle conseguenze politiche o ideologiche dell'affermarsi e dell'accettazione dei movimenti reazionari. Qui sta il limite, consentitemi di dirlo, dei lavori pur altamente apprezzabili come quelli di Losemann e di Kater; mentre il discorso di Canfora appare molto più articolato e complesso, più tecnicamente strutturato e, per quanto riguarda la storia della filologia classica, si muove lungo la prospettiva anche da me auspicata. Io tuttavia cercherò di prendere una strada diversa da quella battuta da questi studiosi, anche se è ovvio che non potrò che percorrerne una parte, data la complessità dei problemi. Mi occuperò dunque, per comprensibili ragioni di tempo, soltanto dell'antichistica tedesca ed italiana. Ma è ovvio che, come si vedrà, la storiografia francese — e perso-

Propaganda: Totalitarian Archaeology in Nazi Germany», *Antiquity* 64, 1990, 464-478. Ovviamente sono sempre presupposti i lavori di K. F. Werner, *Das NS-Geschichtsbild und die deutsche Geschichtswissenschaft*, Stuttgart 1967; ID., «Die deutsche Historiographie unter Hitler», in B. Faulenbach (Hrsg.), *Geschichtswissenschaft in Deutschland*, München 1974, 86-96; B. Faulenbach, *Ideologie des Deutschen Weges in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus*, München 1980.

<sup>2</sup> Si menzionano solamente i principali lavori di Luciano Canfora su questi temi: *Cultura classica e crisi tedesca. Gli scritti politici di Wilamowitz 1914-1931*, Bari 1977; *Intellettuale in Germania tra reazione e rivoluzione*, Bari 1979 (con la mia discussione, «Crisi tedesca e cultura classica; intellettuali tra reazione e rivoluzione», *Stor.* 21, 1890, 235-272); *Ideologie del classicismo*, Torino 1980; *Ellenismo*, Roma-Bari 1987; *Le vie del classicismo*, Roma-Bari 1989. Anche il libro sul tragico episodio della uccisione di Giovanni Gentile, raccontata con tecnica in qualche modo «giallistica» in *La sentenza*, Palermo 1985, resta pur sempre un penetrante saggio di storia della cultura italiana.

nalità non racchiudibili nell'ambito di singole storiografia nazionale, come il grande M. I. Rostovtzeff<sup>3</sup>, dovranno entrare con non poco rilievo nel mio discorso.

Esso si articolerà sostanzialmente lungo questi tre specifiche punti che, per esigenze di chiarezza, enuncio anticipatamente:

1. Le conseguenze culturali della prima guerra mondiale: nello specifico, si tratta di analizzare il rapporto tra individuo, massa e Stato nella antichistica del primo dopoguerra.
2. Un altro problema fondamentale è costituito dalla crisi della politica, nella cultura storica del primo dopoguerra; lo intitolerei, se dovessi dargli un titolo, dal *polites* al *Übermensch*. Titolo che potrebbe svilupparsi in una coda: la «dissoluzione della libertà» nella Grecia antica e in Roma, la storia ellenistica secondo Maurice Holleaux e le *virtutes* (*Tugenden*, viste dai Tedeschi) dei Romani.
3. Terzo punto infine, connesso soprattutto al secondo, ma con esiti indipendenti, ed in campi differenti: l'*oikumene* pacificata ed il *Princeps* come *Übermensch*, lo intitolerei; e lo farei seguire da una domanda, retorica, ma che trova poi spiegazione nell'ambito del pensiero politico: senza *Übermensch* e senza *alte Tugenden* (*priscae virtutes*) sarebbero stati i Romani — e correlativamente i Tedeschi — degni di dominare il mondo?

Non ho bisogno di dire che alcune di queste formulazioni sono enunziate in maniera volutamente provocatoria; ma che dietro di esse io presuppongo precise personalità, opere e tendenze storiografiche. E che, contro una tendenza che va purtroppo diffondendosi nel nostro campo di studi, e che ha trovato recente espressione in un'opera di un pur valente studioso come Karl Christ<sup>4</sup>, ritengo impossibile, e metodologicamente fuorviante, considerare la storiografia sul mondo romano indipendentemente da quella sulla Grecità. Questa distinzione, sorta di recente per ragioni sostanzialmente accademico-concursuali e che trova in queste la sola ragione d'essere, non può avere, come del resto prima non aveva, alcun significato nella storiografia antichistica della prima metà del nostro secolo e soprattutto in Germania, in cui anche adesso la frequentazione dell'uno e dell'altro campo è una prassi, se non obbligatoria, almeno di buon comportamento accademico. Per cui spero di essere ulteriormente giustificato se l'ampiezza del tema mi costringerà a una non ricercata né desiderata sinteticità.

2. Fa riflettere la «sfortuna» scientifica, nella storiografia tedesca postbellica, di personaggi della statura di un Max Weber, di un Robert von Pöhlmann — la cui *Geschichte der sozialen Frage und der Sozialismus in der antiken Welt* viene pubblicata in se-

<sup>3</sup> E' ora importante, per una più precisa valutazione dello svolgimento intellettuale dello storico russo, la *Introduction* di J. Andreu alla prima traduzione francese della *Social and Economic History of the Roman Empire* (1926): M. I. Rostovtzeff, *Histoire économique et sociale de l'Empire romain*, Paris 1988, I-LXXXIV (alle pp. 647-675, nuova, quasi completa, bibliografia di Rostovtzeff). Il recente lavoro di M. A. Wes, «Michael Rostovtzeff, Historian in Exile. Russian Roots in an American Context», *Historia Einzelschr.* 65, Stuttgart 1990, informa, come indica il sottotitolo, soprattutto sul periodo americano dello storico e dei suoi rapporti con le personalità dell'emigrazione intellettuale russa negli Stati Uniti. [Vid. sobre el trabajo de Wes, B. D. Shaw, in *JRS* LXXXII, 1992, 216 ss. — N. de los edit.—].

<sup>4</sup> Mi riferisco al già citato (alla n.° 1) libro *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München 1982 che resta pur sempre un lavoro fondamentale per gli studi di storia della storiografia sul mondo antico.

conda edizione nel 1912 ed in terza nel 1925<sup>5</sup>—, di un Ludo Moritz Hartmann<sup>6</sup>, e anche di un Karl Julius Beloch<sup>7</sup>. Questi studiosi producono opere di grandissimo valore, certamente, apprezzate ed ammirate dai contemporanei. Ma non fanno quel che si dice scuola<sup>8</sup>: la coeva storiografia si avvia su strade e verso obiettivi che non sono quelli prospettati dai loro lavoro. Certamente, ci posono ben essere specifiche spiegazioni, per i singoli casi: Weber isolato, prima dal suo esaurimento nervoso e spezzato, alla ripresa della sua attività politica, da una morte prematura —ma è ben indicativo, del senso della sua opera, che di un capolavoro come gli *Agraverhältnisse im Altertum*, neppure quella devota biografia che fu la moglie Marianne, ricordasse esattamente la data della prima pubblicazione!—<sup>9</sup>; Von Pöhlmann morto senza allievi capaci di combinare la sua passione politica con la sua strenua ricerca scientifica<sup>10</sup>, Beloch confinato in Italia<sup>11</sup>, Hartmann emarginato, nella pur brillante Vienna di Musil, dalla sua attiva militanza nel partito socialdemocratico<sup>12</sup>.

<sup>5</sup> 1.<sup>a</sup> ediz. con il titolo *Geschichte des antiken Kommunismus und Sozialismus*, I-II, München 1893-1901; II ediz. con il titolo modificato *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, I-II, München 1912, modificata in seguito alla osservazione dei critici, accettata dal Pöhlmann, «... dass sich dem Verfasser die Geschichte des Sozialismus mit einer gewissen Notwendigkeit zu einer Geschichte der sozialen Frage gewertet hat» (dal Vorwort della seconda edizione), ed include un nuovo capitolo sul socialismo nel Cristianesimo antico «... als wesentliche Ergänzung»; III ediz., con lo stesso titolo, durchgesehen und um einen Anhang vermehrt von Friedrich Oertel, I-II, München 1925. Importante analisi e valutazione del Pöhlmann nel bel capitolo di K. Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeff. Leben und Werke führender Althistoriker der Neuzeit*, Darmstadt 1972, 201-247.

<sup>6</sup> Sulla personalità scientifica e politica di Ludo Moritz Hartmann (1865-1924), oltre l'acuto ed affettuoso necrologio del suo grande allievo Ernst Stein, in *VJSWG* 18, 1925, 312-332 (e W. Lenel, *HZ* 131, 1925, 571 sgg.), si vd. ora l'ampia monografia di G. Fellner, *Ludo Moritz Hartmann und die österreichischen Geschichtswissenschaft. Grundzüge eines paradigmatischen Konfliktes*, Wien-Salzburg 1985 —con le osservazioni di W. Zorn, «Der Hauptinitiator der WSWG-Gründung Ludo Moritz Hartmann (1865-1924) und seine erste Biographie», *VJSWG* 76, 1989, 378-383—. Del Fellner si vd. ancora il profilo dello storico, scisso tra la sua funzione «borghese» di studioso e professore e la sua militanza socialdemocratica: «Ludo Moritz Hartmann. Zwischen Bürgertum und Sozialdemokratie. 1848 bis 1918», *Zeitgeschichte* 8, 1980, 83-100.

<sup>7</sup> Su K. J. Beloch ha fatto il punto, con contributi rilevanti anche per la proposizione di inediti, il Convegno di Acquasparta organizzato da Leandro Polverini: L. Polverini (a cura di), *Aspetti della storiografia di Giulio Beloch. Atti del Convegno, Acquasparta, Palazzo Cesi, 19-21 maggio 1986*, Napoli 1990. Sulla difficoltosa recezione in Germania (ma anche in Italia, tutto considerato), del lavoro storiografico di Beloch, si vd., negli Atti del cit. Convegno, il saggio di K. Christ, *Zu Belochs Rezeption in Deutschland*, 177-195.

<sup>8</sup> Non sorprenda l'affermazione: Pöhlmann non ebbe praticamente allievi, Hartmann ne ebbe soltanto uno —ma grandissimo per la verità, come Ernest Stein—, la «scuola» di Beloch in Italia fu più una discepolanza accademica che una vera trasmissione di metodologie e di problemi —ma la questione va ulteriormente approfondita, per quanto concerne i Porzio etc.

Il fatto è che sia Pöhlmann come Beloch, erede sostanzialmente della tradizione dei *Nationalökonomien*, si muovevano all'esterno delle scuole storiografiche —e dei gruppi di potere accademico— dominanti nella Germania dell'epoca. E soprattutto, la loro storiografia, più centrata sul sociale per Pöhlmann (J. Kaerst, *Hist. Vierteljahrssch* 18, 1916-1918, 236: «Seine/di Pöhlmann/beruht vor allem auf dem sozialgeschichtlichen Forschung»), più «economicista» nel caso di Beloch, non consonava con l'affermarsi delle nuove correnti idealistiche ed irrazionalistiche del primo Novecento, in Germania e in Italia (Vd. *infra*, nel testo).

<sup>9</sup> Per le vicende editoriali del saggio, vd. Momigliano, *TLS* -8.4.77-, ora in *Sesto Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, I, Roma 1980, 285-293, e *Prefazione a M. Weber, Storia economico e sociale dell'antichità*, Roma 1981, ora in *Settimo contributo*, Roma 1984, 245-251; vd. anche L. Capogrossi Colognesi, *Economie antiche e capitalismo*, Roma-Bari 1990, 134 sgg.

<sup>10</sup> Su questo punto vd. K. Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeff*, cit., 246 sgg.; si vd. anche H. Berve, «R. von Pöhlmann und W. Otto», in *Geist u. Gestalt. Biograph. Beitr. z. Geschichte d. Bayer. Akad. d. Wissch. vornehm. im zw. Jhdt. ihres Bestehens*, I, *Geisteswissenschaften*, München 1959, 186 sgg.

<sup>11</sup> Sui difficili rapporti tra Beloch e la storiografia antichistica tedesca dell'epoca si vd. le osservazioni di K. Christ, nel già cit. intervento al convegno di Acquasparta (*Zu Beloch's Rezeption in Deutschland*, 177 sgg., partic. 184 sgg., 191 sgg.).

<sup>12</sup> «Der ewige Privatdozent» è il titolo di uno dei paragrafi del già cit. lavoro di G. Fellner, *Ludo Moritz Hartmann u. die osterr. Geschichtswiss.*, 239 sgg. Per l'attività di promozione culturale, e politica, di Hartmann nel

Ma c'era forse una ragione più generale: si può ben anche sospettare che la Germania postbellica ormai respingesse gli splendidi lavori di storia economico-sociale di questi insigni studiosi formati nel clima culturale della Germania bismarckiana e guglielmina, ne rifiutasse gli indirizzi metodici, insieme alle posizioni politiche. Come in Italia, cambiava anche in Germania il clima culturale: e se in Italia se imponeva, pur con tutte le varianti ed alternative, lo storicismo idealistico crociano e gentiliano, che riusciva «a mettere Marx in soffitta», anche in Germania parallelamente si affermava, contro il «filisteismo borghese» e contro il «materialismo» socialista e «democratico», sia il neokantismo della scuola di Marburg e di Heidelberg (W. Windelband e H. Rickert), che le varie forme di idealismo e spiritualismo, fiorite durante la repubblica di Weimar<sup>13</sup>.

Come tutti sappiamo, i veri sconfitti della guerra, e della Pace di Versailles, furono la borghesia delle professioni al servizio dello Stato, e la piccola borghesia urbana. Da questi ceti sociali venne appunto l'opposizione, politica e culturale, più dura alla Repubblica di Weimar<sup>14</sup>. Dal primo, che era quello che forniva la massima parte

settore dell'educazione popolare in Vienna, si vd. soprattutto G. Fellner, *Zeitgeschichte* 8, 1980, cit., 83 sgg., - con le stesse conclusioni di Hartman: «... und das ist auch das Bezeichnende an der politischen Stellung der Sozialdemokratie in Oesterreich, dass das Bürgertum viele seiner historischen Aufgaben nicht erfüllt hat und dass die Sozialdemokratie eine Menge nachtragen muss, was das Bürgertum versäumt hat...», *Parteitags Protokole* 1911, 226 (cit. da Fellner, 100).

<sup>13</sup> Sulla rinascita kantiana nella Germania del primo Novecento restano ancora valide, a mio parere, le acute notazioni di A. Banfi, *Concetto e sviluppo della storiografia filosofica* (1933), ora in *Ricerca della realtà*, I, Firenze 1959, 12 sgg.; in generale si vd. lo studio di H. Dussort, *L'École de Marbourg*, Paris 1963. Per una brillante presentazione, nel quadro di una storia culturale della Germania imperniata sulla vicenda della comunità accademica tedesca fino all'avvento del Nazismo, si vd. F. K. Ringer, *The Decline of the German Mandarins. The German Academic Community 1890-1933*, HUP, Cambridge Mass. 1969, 305 sgg. Importante, sul piano della storiografia, G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Wesl. Univ. Press, 1968, 124-228; 229 sgg. Per una prospettiva «marxista», di studioso della exDDR, si cfr. H. Schleier, *Die bürgerliche deutsche Geschichtsschreibung der Weimarer Republik*, Berlin 1975, partic. 45 sgg., 68 sgg., 98 sgg., 182-254.

Presentare una bibliografia, anche altamente selettiva, sulla composita cultura dell'epoca weimariana sarebbe in questa sede fatica improba, oltre che inutile: mi limito qui a segnalare il brillante libro di P. Gay, *La cultura di Weimar*, trad. it., Bari 1978 —sul *Vulgaridealismus* dell'epoca (termine coniato da F. Stern, *History* 3, 1960, 122 sgg.) si cfr. soprattutto il Cap. IV, p. 103 sgg. (Vd. anche R. Laqueur, *Weimar*, New York 1962). Assai utili i saggi contenuti in K.D. Bracher - M. Funke - H. A. Jacobsen. (Hrsgg.), *Die Weimarer Republik 1918-1933. Politik-Wirtschaft-Gesellschaft*, Düsseldorf 1987, ed il lavoro di K. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918-1933*, München 1964. Sono ovviamente sempre presupposte opere come quelle di E. Vermeil, *La Germania contemporanea*, trad. it. Bari 1956 e di G. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich*, trad. it. Milano 1968). Spia del rinnovato interesse per questo periodo è la recentissima riproposizione al pubblico italiano di un'opera emblematica come lo spengleriano *Der Untergang des Abendlandes*, ediz. a cura di R. Calabrese Conte, M. Cottone, F. Jesi, con «alata» Introduzione di S. Zecchi, Parma 1991. Assai utili, per le minute informazioni sui gruppi e sui personaggi del periodo, i due volumi di A. Möhler, *Die konservative Revolution in Deutschland, 1918-1933. Ein Handbuch*, I (-II Ergänzungband), Darmstadt 1989.

<sup>14</sup> Il punto è ben chiarito da G. Craig, *Germany 1866-1945*, trad. it. Roma 1983, II 486 sgg. e soprattutto dalla classica opera di D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik. Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, Düsseldorf 1978 (Unveränd. Nachdruck der 5. Auflage, Villingen 1971), 116 sgg., 142 sgg., 157 sgg. e partic. 170 sgg.; più specificatamente si vd. H. A. Winkler, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus: Die politische Entwicklung von Handwerk und Kleinhandel in der Weimarer Republik*, Köln 1972; J. Kocka, «The First World War and the Mittelstand: German Artisans and White Collars Workers», *JCH* 8, 1973, 122 sgg. Sulla continuità delle strutture di potere insiste F. Fischer, *Bündnis der Eliten. Zur Kontinuität der Machtstrukturen in Deutschland 1871-1945*, Düsseldorf 1978; le peculiarità, ed i limiti, della mobilità sociale sono affrontati da H. Kaelble, *Soziale Mobilität in Deutschland*, Opladen, 1978 (235-328, per il ceto docente); J. Kocka, *Stand-Klasse-Organisation. Strukturen sozialer Ungleichheit in Deutschland vom späten 18. bis zum frühen 20. Jahrhundert*, in H.-U. Wehler (Hrsg.), *Klassen in der europäischen Sozialgeschichte*, Göttingen, 1972, 137-165. Si vd. anche il già cit.

del corpo accademico tedesco — ed anche, più in generale, dell'intelligenza<sup>15</sup>, venne un rinnovato idealismo che faceva perno sulla responsabilità personale e sui valori etici dell'individuo. Dalla piccola borghesia urbana si sviluppò invece quell'opposizione ai valori del mondo moderno, uscito dall'illuminismo, dalla democrazia borghese, dalla rivoluzione industriale, che si espresse in quel coacervo di pseudo-idee che G.L. Mosse ha definito l'ideologia «völkisch»<sup>16</sup>. Politicamente, questo rinnovato idealismo e questa ideologia *völkisch* si tradussero non solo nella lotta al socialismo ed al marxismo, ma più in generale, alla democrazia borghese. Ma è più importante, in questa sede, considerarne gli esiti culturali e storiografici<sup>17</sup>. Sull'uno e sull'altro versante — quello dell'alta cultura borghese e accademica, e quello «völkisch», piccolo borghese —, essi creano quel *Massenbass*, quel culto della personalità e dell'individuo che, a prescindere dagli esiti politici, costituiscono una delle note fondamentali della cultura di Weimar<sup>18</sup>. Esaltazione della personalità, della personalità politica creatrice — e quindi, sul piano delle forme storiografiche, biografia contro storia economica e

Ringer, «The Decline of the German Mandarins», 14 sgg., e «Bildung, Wirtschaft und Gesellschaft in Deutschland 1800-1960», *GG* 6, 1980, 5-35. (In generale, si vd. anche D. Schoenbaum, *Die braune Revolution. Eine Sozialgeschichte des Dritten Reiches*, Köln 1980).

<sup>15</sup> Ai *Deutsche Hochschullehrer als Elite, 1815-1945*, Boppard 1988, è dedicata una raccolta di saggi editi da K. Schawabe. Sulle origini e carriere degli storici tedeschi dall'Ottocento al 1970 informa la ponderosa monografia di W. Weber, *Priester der Klio. Historische-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1800-1970*, Frankfurt a.M. - Bern-New York-Paris 1987 (183 sgg. per il punto che in questa sede interessa).

<sup>16</sup> G.L. Mosse, *Le origine culturali del Terzo Reich*, cit. 13 sgg., 25 sgg.; vd. anche, ancora dello stesso Mosse, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania (1812-1933)*, trad. it. Bologna 1975. Si cfr. ora J. Hermand, *Der alte Traum vom neuen Reich. Völkische Utopien und Nationalsozialismus*, Frankfurt a. M. 1987 (sul tema della *Erneuerung*, vd. *infra*, 00 sgg.).

<sup>17</sup> Oltre alle opere cit. alla nota precedente, si cfr., per quanto segue, K. Lenk, *Volk und Staat. Strukturwandel politischer Ideologien im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart 1971, 74 sgg.; K. D. Bracher, *Die deutsche Diktatur. Entstehung, Struktur, Folgen des Nationalsozialismus*, Frankfurt a. M. 1979, 1 sgg.; G. L. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich*, cit., 21 sgg.; W. Altgeld, «Volk, Rasse, Raum. Völkisches Denken und radikaler Nationalismus im Vorfeld des Nationalsozialismus», in R. Lill, H.-Oberreuter (Hrsgg.), *Machtverfall und Machtergreifung. Aufstieg und Herrschaft des Nationalsozialismus*, München 1983, 95-119; K. Vondung, «Der literarische Nationalsozialismus. Ideologische, politische und sozialhistorische Wirkungszusammenhänge», in K.D. Bracher *et alii*, (Hrsg.), *Nationalsozialistische Diktatur 1933-1945. Eine Bilanz*, Bonn 1983, 245-269.

<sup>18</sup> Vd. ancora G. L. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich*, cit., part. 303 sgg. 396 sgg., 417 sgg.; P. Gay, *La cultura di Weimar*, cit., 103 sgg. Della assoluta devozione a Bismarck ed alla dinastia degli Hohenzollern sarebbe nata, secondo lo storico liberale W. Goetz, anche quella «...tiefe Abneigung gegen die Demokratie» che connoterebbe, sempre secondo Goetz «...die deutsche Gebildeten der Zeit von 1871-1914 überhaupt...», che continua ancora nell'età di Weimar e contro la quale si scaglia appunto lo storico, nel suo intervento su *Die deutsche Geschichtsschreibung der Gegenwart*, in «Die Deutsche Nation» 9, 1924, ora in *Historiker meiner Zeit. Gesammelte Aufsätze*, Köln-Graz 1957, 415-424 (la cit. a p. 421). Per l'immagine del ruolo dominante delle grandi personalità nella storia, da parte degli storici (neo-rankiani), cfr. G. von Below, *Deutsche Geschichtsschreibung von den Befreiungskriegen bis zu unsern Tagen*, München 1924, 26 sgg.; F. Rachfahl, *Staat, Gesellschaft, Kultur und Geschichte*, Jena 1924, 89 sgg. Com'è a tutti noto, Below e Rachfahl erano stati tra i protagonisti del «wissenschaftlicher Streib» contro Lamprecht, tra i più accaniti avversari dello storico dell'università di Leipzig; ed in realtà, l'obiettivo polemico erano la storia sociale ed economica, le concezioni materialistiche della storia, in primo luogo il marxismo, secondo la corrente figurazione: si vd. ad es. il «rankiano» H. Rothfels, *Marxismus und auswärtige Politik*, in P. Wentzke (Hrsg.), *Deutscher Staat und deutsche Parteien. Beiträge zur deutschen Partei- und Ideengeschichte. Friedrich Meinecke zum 60. Geburtstag*, München 1922, 308-341; E. Brandenburg, *Die materialistische Geschichtsauffassung. Ihr Wesen und ihre Wandlungen*, Leipzig 1920, 61 sgg. Correlativamente la politica appare come «arte» con la quale lo statista, secondo la «Staatsräson», gestisce e condiziona gli eventi: cfr. H. Oncken, *Politik als Kunst*, (1920), ora in *Nation und Geschichte. Reden und Aufsätze 1919-1935*, Berlin 1935. 361-372. Si vd. anche il sintomatico libro di W. Hoppe, *Die Führerpersönlichkeit in der deutschen Geschichte*, Berlin 1933 - ed in generale l'informato *Exkurs*: «Die Rolle des «Führertum» in der deutschen Geschichte», in B. Faulenbach, *Ideologie des deutschen Weges*, cit., 289 sgg.

sociale—. E più che un episodio curioso il fatto che nel 1928 la *Historische Zeitschrift* — pur organo dei neo-rankiani, fautori di una idealistica *Ideengeschichte* — dovette intervenire contro la *Historische Belletristik* degli pseudo-storici che scrivevano biografie romanzate alla Emil Ludwig<sup>19</sup>. La levata di scudi era contro modesti giornalisti e biografi alla moda; ma il vero obiettivo era una singolare personalità di filosofo e scrittore che stava diventando un polo d'attrazione culturale per gli intellettuali della repubblica di Weimar; era il geniale Friedrich Gundolf, che nell'ambito del *George-Kreis* aveva elaborato e appena pubblicato il suo celebre *Caesar-Geschichte seines Ruhmes* (1924)<sup>20</sup>. F. Gundolf non si poneva sul piano della storiografia professionale: ma la *Stimmung* dell'epoca era quella. Storici di altissimo rango accademico come Karl Alexander von Müller ed Erich Marcks, avevano in mente la stessa cosa quando, nella prefazione alla celeberrima serie, da loro edita, *Meister der Politik*, scrivevano: «Sono sempre stati i grandi uomini, nei quali... (le crisi dell'evoluzione umana) alla fine si riassumono; grandi, pionieristiche, figure, la cui volontà, intelligenza, fantasia demoniche, padroneggiano per un periodo... il caos. Il nostro orrendo, ribollente, transitorio, presente, il nostro battuto, fuorviato, disorientato popolo non hanno ancora trovato queste nuove creative figure»<sup>21</sup>.

«*Ça va sans dire* che gli storici antichi collaborarono con impegno all'iniziativa: Eduard Meyer, E. Hohl, J. Kaerst, W. Weber, Ed. Schwartz offrirono contributi indubbiamente rilevanti, degni della loro preparazione scientifica e della loro fama accademica<sup>22</sup>. E ovvio, e fin troppo facile, dire che si trattava, nel caso di questi antichisti, di accademici conservatori, reazionari, al limite. Lo saranno anche stati; ma non è questo il punto. Si trattava di una situazione più sfumata e complessa. Il caso di un insigne studioso come Mathias Gelzer, che era un conservatore ma non certamente un reazionario antidemocratico, può valere ad esempio<sup>23</sup>. Appunto per il

<sup>19</sup> Si cfr. *Historische Belletristik. Ein kritischer Literaturbericht*, hrsg. von der Schriftleitung der Historischen Zeitschrift, München 1928; si vd. anche E. Kehr, *Der neue Plutarch: Die «historische Belletristik», die Universität und die Demokratie*, «Die Gesellschaft» 7, 1930, 180-188, ora in *Der Primat der Innenpolitik, Gesammelte Aufsätze zur preussisch-deutschen Sozialgeschichte im 19. u. 20. Jahrhundert*, Hrsg. H.-U. Wehler, Berlin 1970, 269-278.

<sup>20</sup> Seguì nel 1926, presso la stessa casa editrice Bondi, dal *Caesar im 19. Jahrhundert*. Si vd. la recensione di M. Gelzer, «Gnomon» 2, 1926, 725-729 (ora in *Kl. Schriften*, II, Wiesbaden 1963, 336-340 - e, per una discussione recente, V. Pöschl, *Gundolfs Caesar*, «Euphorion» 75, 1981, 204 sgg. (vd. anche, dello stesso, *Caesar. Wandel einer Gestalt*, A&A, 33, 1987, 172-182). Per l'influenza di Stefan George sulla *Wissenschaft* tedesca, si vd. in generale F. Jolles, *Die Entwicklung der wissenschaftlichen Grundsätze des George-Kreises*, «Études Germaniques» 22, 1967, 346-358; H.-J. Zimmermann (Hrsg.), *Die Wirkung Stefan Georges auf die Wissenschaft. Ein Symposium*, Heidelberg 1985 (= Suppl. zu Shaw, Ph.-Hist. K1. 4, 1984). Per una discussione critica delle idee di George, e del *Kreis*, sulla storia e sulla storiografia si vd. H. Frenzel, *Georgekreis und Geschichtswissenschaft. Darstellung und Kritik der Auffassung des George-Kreises vom geschichtlichen Erkennen*, diss. Leipzig 1932. Per la trattazione delle figure di Cesare e di Augusto, nel *Kreis*, si vd. el documentato saggio di I. Stahlmann, *Täter und Gestalter. Caesar und Augustus im Georgekreis*, in K. Christ - E. Gabba (Hrsgg.), *Caesar und Augustus*, (Bibli. di Athenaeum 12), Como 1989, 107-129 (partic. 115 sgg. su Gundolf). Indicativa la discussione di K. Hampe, *Das neueste Lebensbild Kaiser Friedrichs II*, HZ 146, 1932, 441-474, sulla famosa biografia fredericiana di E. Kantorowicz, *Kaiser Friedrich II*, Berlin 1927. (Su Kantorowicz si vd. il saggio di E. Grünwald, *Ernst Kantorowicz und Stefan George. Beiträge zur Biographie des Historikers bis zum Jahr 1938 und zu seinem Jugendwerk «Kaiser Friedrich der Zweite»*/Frankf. Hist. Abhandl. 25/, Wiesbaden 1982).

<sup>21</sup> E. Marcks u. K.A. von Müller (Hrsgg.), *Meister der Politik*, I, Stuttgart 1923, Vorwort, V-VI. Cfr. anche K.F. Werner, *Das NS-Geschichtsbild u. die deut. Geschichtswiss.*, cit. 22-23; B. Faulenbach, *Ideologie des deutschen Weges*, cit., 291.

<sup>22</sup> E. Meyer, *König Darius*, I, 1-36; *Hannibal und Scipio*, 97-146; E. Hohl, *Perikles*, 37-64; J. Kaerst, *Alexander der Grosse*, 65-96; M. Gelzer, *Caesar und Augustus*, 147-196; W. Weber, *Traian und Hadrian*, 197-274; Ed. Schwartz, *Constantin*, 275-324.

<sup>23</sup> Su Mathias Gelzer (1886-1874) e sulla sua insigne personalità di storico si vd., oltre K. Christ, *Rom. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 113 sgg., 120 sgg., la valutazione a tre voci — per la verità non sempre sullo

*Meister der Politik* era stato originariamente programmato il classico saggio dello studioso basileense su *Caesar, der Politiker und der Staatsmann*. Esso apparve anticipatamente nel '21<sup>24</sup>, e conserva —nonostante le varie edizioni (la sesta è del 1960), e la retrospettiva valutazione dello stesso Gelzer che alla base dell'opera stava «...la comprensione dell'ordinamento sociale nel quale giocavano il loro ruolo politico le personalità di Cesare e dei suoi avversari»<sup>25</sup>— conserva, ripetiamo, già nella definizione iniziale del concetto di *Staatsmann* appunto la voce delle discussioni teoriche dell'epoca:

«Duplici qualità connotano lo statista: l'una è la rapida valutazione e la giusta percezione delle situazioni date, che serve così alle necessità del momento, in quanto valuta freddamente i movimenti reali. L'altra è soprattutto la forza creativa politica (*politische Schöpferkraft*), che porta su nuove strade i contemporanei e crea essa stessa nuove situazioni»<sup>26</sup>.

Queste sono, per così dire, le «voci del tempo», e chiunque legga, con la giusta attenzione, e nella giusta prospettiva, i grandi articoli biografici di Gelzer nelle *RE* o in altre sede, spesso trasformati in autentiche monografie, come quella su Cicerone, su Pompeo, su Lucullo<sup>27</sup>, si rende pienamente conto della profonda ispirazione politica (di storia politica, s'intende) del Gelzer.

E come solo una valutazione a posteriori, un errore di prospettiva —ed anche una certa approssimazione di giudizio— abbia visto in questo studioso l'iniziatore del c.d. «metodo prosopografico», alla Syme; e l'abbia posto in troppo meccanica relazione con l'amico e maestro di studi (a Basilea) Friedrich Münzer, i cui interessi antiquari non si sollevarono mai al livello generale delle prospettive politiche e sociologiche di Gelzer<sup>28</sup>.

stesso tono— tra J. Bleicken - Chr. Meier - H. Strasburger, *Matthias Gelzer und die Römische Geschichte*, Kallmünz 1977; si vd. anche il necrologio di J. Bleicken, SBWiss. Gesellsch. an der Goethe-Univ., Frankf. a. M., 12, 1975, 157-164 - e H. Strasburger, *Gnomon* 47, 1975, 817-824.

<sup>24</sup> Stuttgart-Berlin, 1921; Wiesbaden, 1960<sup>6</sup> - il *Vorwort* alla stessa edizione è importante per comprendere genesi, motivazioni e varie edizioni dell'opera. (Vd. anche K. Christ, «Zum deutschen Caesarbild des 20. Jahrhunderts», in K. Christ - E. Gabba, (Hrsgg.), *Caesar und Augustus*, cit., 31 sgg.).

<sup>25</sup> *Caesar*, 1960<sup>6</sup>. Sul ruolo attribuito da Gelzer alle grandi personalità nella storia della tarda Repubblica, si vd. l'acuto saggio di H. Strasburger, «Matthias Gelzer und die grossen Persönlichkeiten der ausgehenden Republik», in J. Bleicken *et alii*, *Matthias Gelzer u. die Röm. Geschichte*, cit., 57 sgg., partic. 75 sgg. per il significato del *Caesar* nella concezione storiografica dello studioso basileense.

<sup>26</sup> *Caesar*, cit., 1. Gelzer ribadisce la «staatsmännische Grösse» di Cesare nel *Vortrag* del 1941, all'Accademia delle Scienze di Berlino (*Caesar weltgeschichtliche Leistung*, Vorträge u. Schriften der Preuss. Akad. d. Wiss., Berlin 1941, H.6, 41; il concetto è ribadito nel pur dignitoso contributo pagato alla raccolta nazista curata da H. Berve, *Das Neue Bild der Antike*, II., Leipzig 1942, 188-199); per una diversa prospettiva sulla «staatsmännische Grösse» di Cesare si vd. il celebre saggio di H. Strasburger, «Caesar im Urteil der Zeitgenossen», *HZ* 175, 1953, riprodotto in seconda edizione nella Reihe «Libelli» 158, della Wissensch. Buchgesell., Darmstadt 1968 (con la discussione di B. Scardigli, «Ein Beitrag zur Nachwirkung des Strasburgerschen Caesarbildes», in K. Christ - E. Gabba, *Caesar und Augustus*, cit., 183-202).

<sup>27</sup> Cicerone: *RE* VII A, 1939, Sp. 827-1091, trent'anni dopo diventa la biografia dello statista: *Cicero. Ein biographischer Versuch*, Wiesbaden 1969; *Cn. Pompeius Strabo und der Aufstieg seines Sohnes Magnus*, «Abh Preuss Ak. Wiss.» 1941, 14; *Das erste Konsulat des Pompeius und die Übertragung der grossen Imperien*, *ibid.*, 1943, 1, sviluppatasi nella biografia del grande avversario di Cesare: *Pompeius. Lebensbild eines Römers*, 1944, poi München 1949, 1959 (Nackdr. d. auf d. 2. überarb. Aufl. von 1959 basierenden Paperback-Ausg. von 1973 erg. um d. Nachlass von Matthias Gelzer/durchges. u. mit e. Bibliogr. ausgestattet von Elisabeth Herrmann - Otto, Wiesbaden 1984); *Cicero und Caesar*, SBWiss. Gesell. an der J. W. Goethe-Universität Frankfurt a. M., 7, 1968, H. 1.

<sup>28</sup> Si vd. le giuste osservazioni di K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswiss.*, cit., 116, 122 sgg., 127. Su F. Münzer si vd. il *Memorial* di A. Kneppel u. J. Wieshöfer, *Friedrich Münzer: ein Althistoriker zwischen Kaiserreich und*

In realtà, il patrizio basileense Matthias Gelzer, conservatore ma fiero della sua indipendenza civile, scriveva storia politica, nel senso più pieno e comprensivo del termine, quella storia politica che appare dominare, con una particolare accentuazione che subito indicheremo, la storiografia antichistica tedesca dell'età weimariana e post-weimariana. Era la storia politica che sapevano fare, al livello più alto, e che soprattutto volevano, i ceti sociali che stavano riassumendo la guida politica e morale della società tedesca: quell'alta borghesia e di quell'*intelligentsia* che, dopo la sconfitta e l'onta della Pace di Versailles, auspicavano una *Erneuerung* della società —*Erneuerung* basata sulla riscoperta dei valori etici e della grandezza della personalità individuale—<sup>29</sup>. Ed in effetti, alla base del metodo gelzeriano, c'era un più stretto, e rinnovato, rapporto tra filologia classica e storia antica, tra testo letterario, portatore di valori morali, e documentazione storica<sup>30</sup>. Va altresì rilevato che Gelzer non ebbe se non un relativo interesse per archeologia militante ed epigrafia *für sich*, per dirla alla Mommsen. Su questo terreno Gelzer, pur con tutte le differenze, poteva incontrarsi con filologi classici, come Werner Jaeger o come il latinista Richard Heinze<sup>31</sup>. E' nel quadro di questi incontri, sotto l'egida culturale di fermenti provenienti dagli esponenti del *George-Kreis* —ed anche dai circoli cattolici illuminati— che si crea sostanzialmente il clima del cosiddetto Terzo Umanesimo, con tutte le difficoltà e le ambiguità che comporta il termine Umanesimo, specie in ambito tedesco<sup>32</sup>. Tutto sommato, è ancora in questo contesto che bisogna collocarsi per intendere le questioni poste da Richard Heinze, nel suo notissimo saggio su *Die Ursachen der Grösse Roms* (1921), le analisi lessicali e semantiche sui concetti chiave della società e dello

*Nationalsozialismus*, zum 20. October 1982. Mit einem kommentierten Schriftenverzeichnis von H.-J. Drexhage, Bonn 1983.

<sup>29</sup> Il concetto va ovviamente inteso all'interno di quella che H. von Hofmannstahl, nel suo celebre discorso *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation* (1927), definì «konservative Revolution» —sul concetto, vd. A. Möhler, *Die konservative Revolution*, cit., 9 sgg. Sul punto specifico, oltre G. L. Mosse *Le origini culturali del Terzo Reich*, cit., 417 sgg., basti rimandare ai saggi programmatici di A. Moeller van den Bruck, *Das Recht der jungen Völker*, München 1919, e *Das dritte Reich*, Hamburg-Berlin 1931 (il libro che consacra l'uso del famoso termine). Sul versante storiografico sono significativi gli interventi ed i saggi storici appunto di K. A. von Müller, raccolti in seguito in due volumi *Deutsche Geschichte und deutschen Charakter. Aufsätze und Vorträge*, Stuttgart-Berlin-Leipzig 1926, e *Vom alten und neuen Deutschland. Aufsätze und Reden 1914-1938*, Stuttgart 1938.

<sup>30</sup> Molto pertinenti le osservazioni, a questo proposito, di K. Christ, *Röm. Gesch. u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 121 sgg.

<sup>31</sup> K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 121 sgg. è molto interessante su questo punto. Per l'importanza di W. Jaeger nella filologia classica tedesca del periodo 1914-1936, cfr. A. Hentschke - U. Muhlack, *Einführung in die Geschichte der klassischen Philologie*, Darmstadt, 1977, 128 sgg. Su R. Heinze si vd. la commemorazione scritta da A. Körte, *Worte zum Gedächtnis an Richard Heinze*, «SB Leipz. Ak. Wissensch.» 1929, 11-30, importante per le notizie biografiche e per la valutazione della posizione di Heinze all'interno della filologia classica del tempo.

<sup>32</sup> Buona introduzione al problema in A. Hentschke - U. Muhlack, *Einführung in die Geschichte der klass. Philologie*, cit., 128 sgg. «Die Erziehung des politischen in der Antike» fu pubblicato nella rivista di J. Kriek *Volke im Werden* 1, 1933, 3, 43-49, assumendo un significato programmatico (momento essenziale di quel *Annäherungsversuch* rivelato, nel momento iniziale della *Machtergreifung*, da V. Loseman, *Programme deutscher Althistoriker in der «Machtergreifungsphase»*, QdS 11, 1980, 35-105, partic. 49 sgg.) (Su tutto il problema di *Die Antike und Wir*, si vd. il lavoro di H. Drexler, *Der Dritte Humanismus. Ein Kritischer Epilog*, Frankfurt 1942 («Auf dem Wege z. nationalpol. Gymnasium», H. 10). Si vd. anche A. La Penna, *Le vie dell'antichismo*, QdS 3, 1976, 1-12. Sul Platonbild di Jaeger e del Terzo Umanesimo, si vd. gli studi di M. Vegetti, *L'Aristotele redento di Werner Jaeger*, di D. Lanza, *Werner Jaeger tra protestantesimo e cattolicesimo*, di F. Franco Repellini, *Note sul «Platonbild» del terzo umanesimo*, di P. Innocenti, «Neoumanesimo e filosofia classica», nel numero monografico de *Il Pensiero* 17, 1972, rispett. pp. 7-50; 51-90; 91-122; 123-149. (Per la specifica personalità di Franz Altheim, si vd. il mio articolo, «Nazional-socialismo e storia antica», *StudRom*, 26, 1978, 145-160, partic. 147 sgg.).

Stato romano, come *fides, auctoritas* (sempre dello stesso Heinze, 1925), la genesi di *Paideia* di Jaeger, le indagini di studiosi contemporanei sulle idee politiche romane e sul *Reichsgedanke*, etc.<sup>33</sup> Gelzer si muoveva ovviamente su altro piano; ma senza le sue indagini sulla *nobilitas* repubblicana, sulla strutturazione clientelare di questa, senza le originali interpretazioni gelzeriane dei rapporti di *fides* e di *obligatio*, non appaiono pienamente comprensibili, nella loro reale genesi e significato, i lavori dello studioso che, a mio parere, può dirsi connotare gli studi di storia romana degli anni immediatamente precedenti alla seconda guerra mondiale: mi riferisco ad Anton von Premerstein ed al suo fondamentale, ci si passi il superlativo, ancorché postumo capolavoro, la ponderosa monografia *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*<sup>34</sup>.

3. Si può osservare, non senza qualche sorpresa, che significativamente, nella Germania tra le due guerre, si studiava indubbiamente più Roma che la Grecia. L'osservazione è valida anche per l'Italia: rispetto alla Grecia, Roma nei fatti sembrava offrire spunti di riflessione assai più immediati e politicamente coinvolgenti, si trattasse della *Schuldfrage* della seconda guerra punica<sup>35</sup>, delle cause della vittoria romana e della espansione nell'Oriente mediterraneo<sup>36</sup>, delle personalità che avevano posto fine alla Repubblica<sup>37</sup>, o del *Princeps* che con il suo genio politico aveva posto fine

<sup>33</sup> Di R. Heinze, di *Vom Geist des Römertums*, Leipzig u. Berlin 1939, III erweiter. Auflage Stuttgart 1960 (e rist. Darmstadt 1972), dei *Wertbegriffe* insomma, discute acutamente A. Perutelli, «Richard Heinze e i Wertbegriffe», *QdS* 6, 1977, 51-66. Vd. anche H. Fuchs, in H. Oppermann (Hrsg.), «Römische Wertbegriffe», *WdF* 34, Darmstadt 1967, 23 sgg. Astrae completamente dal contesto politico-culturale specifico la relazione di B. Kytzler, «Latinistik (in der Bundesrepublik Deutschland)», in *La filologia greca e latina nel secolo XIX. Atti del Congresso Internazionale*, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 17-21 sett. 1984, II, Pisa 1989, 1043 sgg., partic. 1.055-1.056.

<sup>34</sup> Per il significato dell'indagine sulla *nobilitas* nella storiografia di Gelzer si vd. la discussione tra A. T. Ridley, «The Genesis of a Turning-Point: Gelzer's «Nobilität», *Historia* 35, 1986, 474-502, e Chr. Simon, *Gelzer's «Nobilität der römischen Republik» Als «Wendepunkt»*, *ibid.*, 37, 1988, 222-240. Per l'influenza della *Nobilität* gelzeriana sul *Principat* di Premerstein, cfr. *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, *ABAW* NF 15, München 1937, 13 sgg. (Vd. *infra*).

<sup>35</sup> Ricordo, tanto per esemplificare, l'intervento di G. De Sanctis sulle origini della seconda guerra punica, *Annibale e la «Schuldfrage» di una guerra antica*, in *Problemi di storia antica*, Bari 1932, 161-186 (e *RFIC* 11, 1933, 548 sgg.), che concludeva la discussione apertasi tra A. Momigliano, «Annibale politico», *La Cultura* 11, 1932, 61-72, e P. Treves, «Le origini della seconda guerra punica», *A&R* 13, 1932, 14-39; la discussione partiva dal saggio di E. Groag, *Hannibal als Politiker*, Wien 1929, 11 sgg. e dall'articolo di O. Walter, «Eine antike Kriegsschuldfrage», *HZ* 145, 1931, 489-516 - con la replica di L. Pareti, «Ancora sulla seconda guerra punica», *A&R* 13, 1932, 39-43 (con ulteriori interventi di F. Oertel, *RhM* 81, 1932, 221-231; W. Kolbe, *SBAW Ph.-hist. Kl.*, 4 Abh., 1933-34, fino a G. Giannelli, *L'età delle guerre puniche*, Storia di Roma III, Bologna 1938, 153 sgg., e a S. Mazzarino, *Introduzione alle guerre puniche*, Catania 1947, 100 sgg.).

<sup>36</sup> Se il IV volume della *Storia dei Romani* (IV. P.I Torino 1923; IV. P. III, Firenze 1953-1964) di G. De Sanctis va considerato a parte - con il già cit. Giannelli, *L'età delle guerre puniche*, - è indicativa la fioritura di opere generali sul tema; si vd., ad es., G. Corradi, *Le grandi conquiste mediterranee*, Storia di Roma IV, Bologna 1939; gli «Studi di storia ellenistico-romana», *Athenaeum* 9, 1931; 11, 1933, di A. Passerini; A. Neppi Modona, *L'espansione politica di Roma in Oriente*, Roma 1935; M. A. LEVI, *La politica imperiale di Roma*, Torino 1936; L. Pareti, *I due imperi di Roma*, Catania 1938; P. SILVA, *Il Mediterraneo dall'unità di Roma all'impero italiano*, Milano 1939, etc. Per una valutazione di questa tematica si vd. l'articolo di L. Perelli, «Punti di vista sull'imperialismo romano nel secondo secolo a. C.», *QdS* 3, 1976, 196-214 e soprattutto la monografia di M. Cagnetta, *Antichisti ed impero fascista*, Bari 1979.

<sup>37</sup> Indico solamente alcune delle monografie dedicate alle grandi personalità della declinante repubblica - ma vorrei anche avvertire che sono quelle che sembrano spiccare nella massa della corrente produzione storico-biografica del periodo tra le due guerre (e ricordare anche la notazione di Momigliano, *Contributo*, cit., Roma 1955, 294, che «... Silla, Cesare, Cicerone, Catilina, Augusto sono naturalmente tra i personaggi più trattati...», della romanistica dell'epoca) - : A. Passerini, *Caio Mario*, Roma 1941 (ma cfr. prima *Athenaeum* 12, 1934); R. Andreotti, *Caio Mario*, Gubbio 1940; M.A. Levi, *Silla. Saggio sulla storia politica di Roma, dall'anno 88 all'anno 80*, Milano 1924; C. Lanzani, *L. Cornelio Silla dittatore*, Milano 1936; A. Garzetti, «M. Licinio Crasso,

alle guerre civili<sup>38</sup>. La storia classica greca poneva invece altri e ben diversi problemi<sup>39</sup>. Ma questi tutto sommato consuevano poco con la *Stimmung* dell'epoca. Si poteva ben cercare di individuare e presentare i principi costitutivi della formazione dell'«uomo greco», i principi della *paideia* greca e classica, si poteva ben riassorbire l'Ellenismo nella storia complessiva della Grecità — questo fu il compito in cui si impegnò uno studioso come Wilamowitz, riuscendovi per la verità pienamente<sup>40</sup>. Ma bisognava fare pur sempre i conti con Cheronea e con la perdita della libertà greca, prima con Filippo, poi sotto i sovrani ellenistici, con Roma infine. Non erano questi gli argomenti che potessero particolarmente sollecitare gli storici della Germania che si avviava verso il nazional-socialismo, o dell'Italia fascista. E' di converso indicativo che, negli anni '30, gli studiosi di storia greca ellenistica siano, con la significativa eccezione di Helmut Berve e della sua «scuola», soprattutto storici di estrazione o formazione inglese a angloamericana — Ferguson, Tarn, Bevan, etc. — oppure i francesi della scuola archeologica di Atene, Maurice Holleaux ed i suoi allievi, Louis Robert *in primis*<sup>41</sup>. In Germania, con la già menzionata eccezione di Berve ed allievi<sup>42</sup>, la storia greca sarà in realtà affare di filologi classici, di storici della religione, di archeologi, al limite di «flàmini del razzismo», per adoperare la sferzante definizione data da Momigliano ad uno Fritz Schachermeyr<sup>43</sup> (od a un Kossinna), o di studiosi dell'economia antica, costretti al silenzio o all'emigrazione perché ebrei, come Johannes Hasebroek o Fritz Moritz Heichelheim<sup>44</sup>.

l'uomo e il politico», *Athenaeum* 29, 1941, 1 sgg.; 30, 1942, 12 sgg.; 32-33, 1944-45, 1 sgg.; E. Ciaceri, *Cicerone e i suoi tempi*, I-II, Roma 1939-1941; (prima ed. 1926-1930); E. Manni, *L. Sergio Catilina*, Firenze 1939; G. Costa, *Cesare I-II*, Roma 1934; A. Ferrabino, *CESARE*, Torino, 1941 (Su *Cesare e Augusto nella storiografia italiana prima e dopo la II guerra mondiale*, informa come sempre con grande acume e dottrina appunto E. Lepore, in K. Christ - E. Gabba (Hrsg.), *Caesar und Augustus cit.*, 299-316, partic. 306 sgg. sul dissenso tra Costa e Ferrabino circa la valutazione dell'opera politica di Cesare).

<sup>38</sup> Si vd. ultim., oltre il contributo di Lepore *cit. supra* (alla nota precedente), nello stesso volume anche gli importanti contributi di G. Crifò, *La storiografia giuridica italiana fra le due guerre*, 235-275, e di L. Polverini, *Cesare e Augusto nell'opera storica di Guglielmo Ferrero*, 277-298. Per l'analisi di un momento specifico si vd. ancora M. Cagnetta, «Il mito di Augusto e la «rivoluzione» fascista», *QdS* 3, 1956, 139-181.

<sup>39</sup> Ben analizzati nel recente libro di B. Náf, *Vom Perikles zu Hitler? Die athenische Demokratie und die deutsche Althistorie bis 1945*, Bern-Frankf.a. M., New York 1986.

<sup>40</sup> A Momigliano, «Prospettiva 1967 della storia greca», in *Quarto Contributo*, Roma 1969, 46-47. Vd. anche L. Canfora, *Ellenismo*, Roma-Bari 1987, VI-VII, 58-60, 71-72, con acuta valutazione dell'interpretazione wilamowitziana dell'Ellenismo droyseniano.

<sup>41</sup> Si vd. le considerazioni premesse da Louis Robert alla raccolta degli studi di storia e di epigrafia greca del Maestro: L. Robert, *Introduction* a M. Holleaux, *Etudes d'epigraphie et d'histoire grecques*, I-VI, Paris 1938-1968 (I, I-VI). Per una valutazione di M. Holleaux (1861-1932) si vd. le «Notices nécrologiques et souvenirs» raccolte da L. Robert in *Etudes* VI, 1968, 47-78. La *Notice* del successore di Holleaux all'Académie des Inscriptions, il filologo romanzo Mario Roques, si trova in *CRAI* 1943, 15-73 (che, tutto sommato, resta ancora la più completa ed istruttiva presentazione della personalità scientifica del grande epigrafista).

<sup>42</sup> Una precisa valutazione di Berve e della sua scuola in K. Christ, *Röm. Geschichte und dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 244 sgg., (dove, a p. 244, n.° 296, si può trovare un elenco dei *Nachrufe* dedicati allo studioso); equanime profilo dello storico ancora in K. Christ, *Neue Profile der alten Geschichte*, Darmstadt 1990, 125-187. Interessanti osservazioni anche in L. Canfora, *Le vie del classicismo*, cit., 169-220, specialmente per quanto concerne il rapporto con Spengler (186 sgg.) e con il *George-Kreis*, (204 sgg.).

<sup>43</sup> Momigliano, *Quarto Contributo*, cit. 45.

<sup>44</sup> Si vd. su questo punto, oltre V. Loseman, *Nationalsozialismus und Antike*, cit., 27 sgg., W. Ludwig, «Amtsenthebung und Emigration klassischer Philologen», *WJ* 12, 1986, 217 sgg., e, per una prospettiva più generale, G. G. Iggers, «Die deutschen Historiker in der Emigration», in B. Faulenbach, (Hrsg.), *Geschichtswissenschaft in Deutschland*, cit., 97 sgg.; K. Christ, *Die Verdrängen-Zur Existenz des Historikers*, in *Geschichte und Existenz*, Berlin 1991, 51-89, partic. 65 sgg. Più specificamente, su Hasebroek si vd. l'introduzione di M. Sordi alla trad. it. di *Die imperialistische Gedanke im Altertum* (1926), di *Staat und Handel im alten Griechenland* (1928), di *Griechische*

La situazione, significativamente, risulta più sul versante italiano. Qui la storia greca assume una ben precisa direzione. Mentre il fascismo andava progressivamente impadronendosi delle università italiane, l'allievo del De Sanctis, Aldo Ferrabino, poneva al centro della sua riflessione sulla storia greca, in tre discussi ma certamente acuti ed importanti saggi (*Il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica. Arato di Sicion e l'idea nazionale* —1921—, *L'impero attheniese* —1927—, *La dissoluzione della libertà nella Grecia antica*, —1929—), tre temi fondamentali della riflessione storica italiana sulla grecità classica ed ellenistica: il problema dell'unità nazionale e del federalismo greco; della volontà di potenza e dell'egemonia ateniese; il problema infine della perdita della libertà da parte dei Greci. Non è ovviamente il caso di discutere dettagliatamente, in questa sede, la tesi di questo insigne studioso, di spiccatissima matrice cattolica: basterà qui dire che, com'è stato osservato, egli poneva nel contrasto tra intenzione e principi, tra le cose che si vogliono ed i principi che si seguono, la dinamica appunto della storia, non solo greca<sup>45</sup>. Il mancato equilibrio tra queste due momenti avrebbe segnato la sorte della Grecia, che avrebbe voluto insieme libertà e potenza. Per cui la dissoluzione della libertà fu il destino tragico dei Greci, e Arato non sarebbe stato l'ultimo combattente della libertà greca, bensì l'uomo in cui si sarebbe espresso nel modo più significativo, e più tragico, quel contrasto<sup>46</sup>. È indicativo dell'atmosfera politico-culturale dell'epoca che, proprio in opposizione al suo allievo, il vecchio De Sanctis si impegnasse, ormai quasi cieco, nella faticosa e tormentata composizione della *Storia dei Greci* I-II (1939), fondato, com'è noto, sul presupposto dell'unità politica come fine della storia greca. Presupposto aprioristico, è stato giustamente osservato dal Momigliano, ma nei fatti trasceso dall'insistenza desanctisiana sui fattori culturali della civiltà greca, e sul valore universale della libertà di ricerca praticata dai Greci<sup>47</sup>.

Ma questo dibattito sulla libertà greca e sulla sua dissoluzione, sulla democrazia politica greca e sul *polites* come soggetto della politica antica solo con molte difficoltà e ambiguità poteva essere il tema dominante, in paesi in cui le classi dirigenti si erano rassegnate alla perdita della libertà, accettando regimi autoritari<sup>48</sup>. Altri temi andavano imponendosi nell'antichistica dell'epoca. Essi consuevano più direttamente con il confuso spiritualismo, con il composito idealismo tardo-storicistico della Germania weimariana e post-weimariana<sup>49</sup>. Interessava ad es. la valutazione delle pecu-

*Wirtschafts- und Gesellschaftsgeschichte bis zur Perserzeit*, riuniti nel volume complessivo *Il pensiero imperialistico nell'Antichità. Tre ricerche su Stato, società e commercio nel mondo greco*, Milano 1984, 1-22; su F. M. Heichelheim si vd. le mie considerazioni nella Introduzione alla trad. it. della *Wirtschaftsgeschichte des Altertums* (I-II Leiden 1938, sec. ed. rielaborata ed accresciuta, in inglese, *An Ancient Economic History*, Leiden 1958-1970), Roma-Bari 1972, V-LXXXIII.

<sup>45</sup> A. Ferrabino, *Scritti di filosofia della storia*, Firenze, 1962, partic. 75 sgg., 215 sgg., 227-306.

<sup>46</sup> A. Ferrabino, *La dissoluzione della libertà nella Grecia antica*, Padova 1937, 39 sgg., 42 sgg.; *Il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica. Arato di Sicion e l'idea nazionale*, Firenze 1921, 248 sgg., 251-2.

<sup>47</sup> A. Momigliano, *Contributo*, cit. 289, e, più generale, «L'opera storica di Gaetano De Sanctis», in *Secondo Contributo*, cit., Roma 1960, 229-317. Si vd. anche il documentato libro di S. Accame, *Gaetano De Sanctis fra cultura e politica*, Firenze 1976.

<sup>48</sup> K. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in dt. Weimarer Republik*, cit., è importante su questo punto. Il libro di B. Näf, *Von Perikles zu Hitler?*, cit., 108 sgg., segnala tutte le difficoltà del coevo dibattito sulla democrazia greca.

<sup>49</sup> Kurt Sontheimer ha molto appropriatamente parlato di «Irrationalismus als Signum der Weimarer Epoche» (K. Sontheimer, «Die politische Kultur der Weimarer Republik», in K. D. Bracher - M. Funke - H.-A. Jacobsen (Hrsg.), *Die Weimarer Republik 1918-1933. Politik, Wirtschaft, Gesellschaft*, Düsseldorf 1982, 454-464,

liarità specifiche dei Greci e dei Romani, delle loro *virtutes*, dei modelli morali che esse potevano offrire alla *Erneuerung*, anche se tale rinnovamento era stato assunto a programma di regimi autoritari. Più che il faticoso dispiegarsi della Grecità —e della Romanità— nelle concrete manifestazioni economiche e sociali, importava piuttosto astoricamente sapere di che «natura» fosse fatto l'«uomo greco» o l'«uomo romano», la sua «essenza», e come riuscisse ad esaltare, nei rapporti collettivi, queste sue qualità. Nasce da questa prospettiva l'insistenza sull'etica stoica della classe dirigente romana compiuta da Max Pohlenz in *Antikes Führertum* (1934) —che era uno studio del *Peri tou kathékontos* di Panezio seguito da Cicerone nei primi due libri del *De officiis*<sup>50</sup>—; un frutto tardivo, ma estremamente significativo di questa posizione è *Der hellenische Mensch* (1947), l'opera per la quale il Pohlenz è soprattutto noto al grosso pubblico italiano<sup>51</sup>. Sulle virtù eroiche dei Greci dell'età arcaica e classica, sull'«agonale» greco è costruita la *Griechische Geschichte*, I-II (1931-1933) di Helmut Berve: essa deve molto a Burckhardt, ad un Burckhardt tuttavia mediato, per concetti e quadro generale, allo Spengler di *Untergang des Abendlandes*, come ha finemente indicato L. Canfora<sup>52</sup>. Al pari di W. Weber per la storia romana, Berve, con le sue indubbie capacità di storico ma anche con tutte le sue debolezze e contraddizioni, è personalità emblematica della storiografia dell'epoca sulla Grecità: ed anche se possiamo considerare soltanto una battuta che la sua più originale, ed importante, opera di ricerca storica, l' *Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, I-II (1926), guardasse all'impresa del Macedone ed all'organizzazione delle sue conquiste un po' come all'organizzazione della *Wehrmacht* e dei suoi piani per i *Blitzkriege*, è anche vero che il «demonico» di cui Berve caricava la personalità di Alessandro risentiva assai più della contemporanea discussione sul *Führertum*, sul potere carismatico, che della concezione dell'Alessandro «ellenistico», unificatore di civiltà, della stessa tradizione droyseniana da cui lo stesso Berve peraltro discendeva. La situazione era complessa e non si può semplificare in unica formula: continuavano ovviamente le ricerche promosse nelle scuole di studiosi della generazione precedente, come U. Wilcken, W. Otto, o Ed. Meyer, con temi che riguardavano l'organizzazione degli stati ellenistici, la storia del regno tolemaico, l'organizzazione militare ellenistica, la storia dell'economia ellenistica, la storia del giudaismo nei rapporti con la storia romana<sup>53</sup>

partic. 463 sgg. per la formula). Si vd. anche, nella stessa raccolta, il saggio di W. Müller-Seidel, *Literarische Moderne und Weimarer Republik*, 426-453.

<sup>50</sup> Pubblicato in «Neue Wege zur Antike» II Reihe, Interpretationen H. 3, Leipzig-Berlin 1934. Stato della questione sul problema del rapporto tra *Peri Kathék.* - *De off.* in P. Fedeli, «Il de officiis di Cicerone. Problemi ed atteggiamenti della critica moderna», *ANRW* I. 4. 1973, 387-408; valutazione complessiva nel quadro della problematica sull'imperialismo romano in J.-L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme. Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique* (BEFAR 271), Rome 1988, 395-433. Sul significato politico-ideologico dell'interesse per questa «etica dello stoicismo romano» si vd. le acute osservazioni di A. La Penna, *Orazio e l'ideologia del principato*, Torino 1963, 15 sgg., 18 sgg.

<sup>51</sup> Trad. it. *L'uomo greco*, Firenze 1962. Si vd. anche *Griechische Freiheit. Wesen und Werden eines Lebensideal*, trad. it. Brescia 1963, con una equilibrata, e condivisibile, *Premessa* di Italo Lana (Si vd. anche L. Canfora, *Cultura classica e nazismo*, in *Ideologie del classicismo*, cit., 132 sgg. e *Le vie del classicismo*, cit. 259). La personalità, anche politico-culturale, del Pohlenz risulta tuttavia più complessa di quanto possa apparire ad una prima lettura delle sue opere.

<sup>52</sup> *Le vie del classicismo*, cit., 186 sgg. Cfr. anche l'esauriente schizzo bio-bibliografico del Berve in K. Christ, *Neue Profile der alten Geschichte*, cit. 125-187.

<sup>53</sup> Si cfr., *exempli gratia*, W. Schubart, *Aegypten von Alexander den Grossen bis auf Muhammed*, Berlin 1922; J. Vogt, *Die alexandrinischen Münzen. Grundlegung einer alexandrinischen Kaiserergeschichte*, Stuttgart 1924; ID., *Römische*

—ma non a caso queste due ultime linee di ricerca furono promosse da studiosi ebrei che dovettero abbandonare, dopo il 1933, le università tedesche<sup>54</sup>. Ricercatori non tedeschi, ed anche non italiani, si occuparono invece della religiosità ellenistica, dell'espansione dell'Ellenismo— sia in Occidente che nell'Oriente, in Partia, nella Bactria, in India— come anche dell'opposizione sia all'Ellenismo che a Roma nelle provincie orientali, insomma di quella che a noi adesso appare come la vera storia dell'Ellenismo, nel senso più genuinamente droyseniano.

E' significativo che anche il francese M. Holleaux, che non sarebbe del tutto ingiustificato considerare il massimo studioso di storia politica ellenistica nel periodo tra le due guerre, guardasse all'Ellenismo nella prospettiva della conquista romana. *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III<sup>e</sup> siècle av. J. C.* (1925) è certamente un gran libro: tutti conoscono la sua tesi di fondo dell'«imperialismo difensivo» di Roma<sup>55</sup>. Ma non va dimenticato il fatto che questa tesi domina tutti i 5 volumi delle pur fondamentali *Études*, costituendo la nota fondamentale dell'approccio di Holleaux al mondo ellenistico<sup>56</sup>. Sono tempi questi in cui si discute molto, specie da parte dei nostri colleghi inglesi ed americani, di imperialismo romano; ed appaiono sempre più evidenti i moventi di ordine economico e sociale, nonché le determinazioni politiche che indussero Roma all'espansione nell'Oriente ellenistico<sup>57</sup>. Anche se non parliamo tutti di *cupido profunda imperii et divitiarum* dei Romani, come l'irriducibile Mitridate nella famosa lettera al re parto Arsace confezionata da Sallustio nelle sue *Historiae*<sup>58</sup>, le *virtutes* che hanno fatto Roma grande ci appaiono piuttosto diverse da

*Politik in Ägypten*, (Beih. z. Alten Orient), Leipzig 1924; E. Meyer, *Die Grenzen der hellenistischen Staaten in Kleinasien*, Zürich-Leipzig 1925; W. Otto - H. Bengtson, «Zur Geschichte des Niedergang des Ptolemäerreichs», *ABAW NF* 17, München 1938; H. Bengtson, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit. Ein Beitrag zum antiken Staatsrecht*, I-II, München 1937-1944 (il terzo volume è uscito nel 1952); F.M. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, Jena 1930; ID., *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, cit.; R. Laqueur, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus*, Giessen 1920; ID., *Eusebius als Historiker seiner Zeit*, Berlin 1929, etc.

<sup>54</sup> Ci si riferisce ovviamente a R. Laqueur ed al suo allievo F. M. Heichelheim: si vd. il già cit. articolo di W. Ludwig, *Amtsentbebung und Emigration klassischer Philologen*, 217 sgg.

<sup>55</sup> Cfr., per una discussione generale della storiografia moderna sul tema, il saggio di D. Flach, «Der sogenannte römische Imperialismus. Sein Verständnis im Wandel der neuzeitlichen Erfahrungswelt», *HZ* 222, 1976, 1-42; si vd. anche l'interessante articolo di P. Veyne, «Ya-t-il eu un imperialisme romain?», *MEFRA* 87, 1975, 793-855, che propone il tema della *solitudo Italiae*. Si cfr. ancora P.A. Brunt, «Laus imperii», in P.D.A. Garnsey - C.R. Whittaker (Edd.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge 1978, 159-191 (ora in *Roman Imperial Themes*, Oxford 1990, 188-323); W.V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B.C.*, Oxford 1979 (trad. cast. Madrid, S. XXI, 1989 -N. ed.-); ID. (Ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome*, Proceed. of a Conf. held at the American Academy in Rome, November 5-6, 1982, Pap. & Monogr. of the Am. Acad. in Rome 29, 1984-. L'importante contributo di J. Linderski, *Si vis pacem, para bellum: Concepts of Defensive Imperialism*, 133-164 illustra lo sfondo ideologico e politico delle varie teorie sull'imperialismo proposte dalla storiografia dell'Ottocento e del Novecento. J.-L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme*, cit.; E. Gabba, «L'imperialismo romano», in *Storia di Roma*, II: *L'impero mediterraneo*, 1: *La repubblica imperiale*, Torino 1990, 189-233.

<sup>56</sup> Aspramente criticata da T. Walek, «La politique romaine en Grèce et dans l'Orient hellénistique au III<sup>e</sup> siècle», *RPh* 49, 28-54, 118-142- con la risposta dello Holleaux, «La politique romaine en Grèce et dans l'Orient hellénistique au III<sup>e</sup> siècle», *ibid.*, 50, 46-66, 194-218, ora in *Études cit.*, IV. 1, Paris 1952, 26-75. Pertinenti osservazioni sui presupposti storiografici della teoria di Holleaux in J. Linderski, *Si vis pacem, para bellum*, cit. *supra*, alla n. preced., 139 sgg.

<sup>57</sup> Oltre ai lavori citt. nella n.° 55, si vd. anche E.S. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, I-II, Berkeley-Los Angeles-London 1984; A.N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East, 168 B.C. to A. D. 1*, London 1984- ed i vari capitoli sull'argomento contenuti nel già cit. volume II.1 della *Storia di Roma*, Einaudi.

<sup>58</sup> Sall. *Hist.* IV, 69. Per una valutazione degli aspetti retorici ed ideologici della lettera, oltre il classico articolo di E. Bikerman, «La lettre de Mithridate dans les «Histoires» de Salluste», *REL* 24, 1947, 131-151- in E. Gabba e M. Smith (Edd.), *Religions and Politics in the Hellenistic and Roman Periods*, (Bibl. di Athenaeum 5) Como

quelle rintracciate da Richard Heinze, e dai suoi colleghi del periodo *entre-deux-guerres*- e ad ogni modo ci interessano poco o niente. E, in ogni caso, va rilevato che, nella storiografia tedesca dell'epoca, non ci sono sostanzialmente stati non solo una risposta alle tesi di Holleaux, ma neppure un lavoro critico paragonabile, per intensità e rigore, a quello dello studioso francese.

4. Non è da attribuire soltanto a ragioni politico-ideologiche la preminenza della ricerca sulla storia imperiale — e su Augusto e l'età augustea in particolare — nell'antichistica tedesca tra le due guerre<sup>59</sup>. Contava certamente la tradizione, la continuità degli interessi di scuola nei diretti allievi di Mommsen come il grande Hermann Dessau, o come nel successore dell'*Altmeister*, Otto Hirschfeld — e nei loro rispettivi scolari<sup>60</sup>. Ma c'erano anche ragioni più generali, quali l'interesse per le grandi personalità, cui abbiamo sopra accennato, e la correlata crisi delle democrazie occidentali: esse facevano guardare con rinnovato interesse a soluzioni «cesaristiche» o «imperiali». Favorivano anche circostanze specifiche, come la scoperta degli editti augustei ai Cirenei, che impegnarono studiosi tedeschi ed italiani<sup>61</sup> — compreso il nostro Gaetano De Sanctis<sup>62</sup>. Soprattutto importante fu a questo proposito la scoperta dei frammenti della copia antiochena (di Antiochia di Pisidia) delle *Res Gestae* di Augusto<sup>63</sup>. Edizione e commento dei frammenti della celeberrima iscrizione fu compito di uno dei più dotati studiosi della generazione weimariana, del già ricordato Anton von Premerstein, insieme all'insigne storico ed archeologo inglese Sir William Ramsay<sup>64</sup>. Alla discussione che si aprì su questi documenti parteciparono ovviamente gli studiosi più autorevoli dell'epoca — si pensi agli interventi di Wilcken, Siber, Berve, W. Weber, Kornemann<sup>65</sup>. E fu dalla famosa integrazione *auctoritate omnibus*

1985, 287-309- si vd. ora F. Ahlheid, «Oratorical Strategy in Sallust's Letter of Mithridates reconsidered», *Mnemosyne* 41, 1988, 67-92.

<sup>59</sup> Si cfr. K. Christ, «Reichsgedanke und Imperium Romanum in der nationalsozialistischen Ära», in E. Gabba-K. Christ, *L'impero romano fra storia generale e storia locale*, Como 1991, 17-42; si vd. inoltre i contributi di I. Stahlmann, V. Losemann, H. W. Ritter nella già cit. raccolta curata da K. Christ e E. Gabba su *Caesar und Augustus* (I. Stahlmann, *Täter und Gestalter. Caesar und Augustus im Georgereis*, 107-128; V. Losemann, *Arminius und Augustus. Die Römisch-Germanische Auseinandersetzung im Deutschen Geschichtsbild*, 129-163; H.W. Ritter, *Zur Beurteilung der Caesarschen und Augusteischen Münzpropaganda*, 165-182). In generale, si vd. la importante dissertazione della Stahlmann, *Imperator Caesar Augustus. Studien zum Prinzipatsverständnis in der deutschen Altertumswissenschaft bis 1945*, Darmstadt 1988.

<sup>60</sup> Si vd. su questo punto K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 66 sgg., 117 sgg.  
<sup>61</sup> Editti augustei di Cirene: trattazione generale di F. de Visscher, *Les édits d'Auguste découverts à Cyrene*, Louvain 1940 (si vd. inoltre G.I. Luzzatto, *Epigrafia giuridica greca e romana*, Milano 1942, 239 sgg.); V. Arangio Ruiz, *RFIC* 6, 1928, 321 sgg.; A. von Premerstein, *ZSS RA* 48, 1928, 419-531; J. Stroux - P. Wenger, *ibid.*, 51, 1931, 431 sgg.; J.H. Oliver, *MAAR* 19, 1949, 105 sgg.

<sup>62</sup> In relazione ovviamente anche ad altre epigrafi cirenaiche: si vd. *Epigraphica VIII*, *RFIC* 4, 1926; *Epigraphica IX*, *ibid.* 5, 1927, 185-212; *Importanza storica delle iscrizioni recentemente scoperte a Cirene*. Comunicazione letta al Congresso storico di Oslo, Agosto. Inedita (sunto in «Résumés Congrès Oslo 1938. Il testo completo è stato ritrovato tra le carte di De Sanctis») = G. De Sanctis, *Scritti Minori*, Novamente editi da A. Ferrarino e S. Accame, IV. 1920-1930, Roma 1976, 209-235; 281-305; 337-349.

<sup>63</sup> W. M. Ramsay, *JEA* 6, 1916, 108-129; nel 1924 la spedizione americana scopriva molti altri frammenti che D. M. Robinson pubblicava in *AJPh* 47, 1926, 1-54 (*The Res Gestae Divi Augusti as Recorded on the Monumentum Antiochenum*).

<sup>64</sup> A. von Premerstein, «Zur Aufzeichnung der Res Gestae Divi Augusti im Pisidischen Antiochien», *Hermes* 59, 1924, 95-107; W.M. Ramsay - A. von Premerstein, «Monumentum Antiochenum», *Klio* Beih. 19, 1927.

<sup>65</sup> U. Wilcken «Zur Genesis der Res Gestae Divi Augusti», *SPAW* 1932, 225-246 (e già prima, *Zu den insensae der Res Gestae Divi Augusti*, *ibid.*, 1931, 3-16); H. Siber, *Zu Entwicklung der römischen Prinzipatsverfassung*, Abh. Sächs. Ak. Wiss., Phil. Hist. Kl. 1933; H. Berve, *Kaiser Augustus*, Leipzig 1934; W. Weber *Princeps I*, Stuttgart 1936; E. Kornemann, *Augustus. Der Mann und sein Werk im Lichte der deutschen Forschung*, Breslau 1937 (vd.

praestiti: c.34), resa possibile dalla nuova copia contro el *dignitate* proposto dal Mommsen<sup>66</sup>, che prese nei fatti l'avvio la nuova discussione dell'opera di Augusto— e la geniale considerazione della struttura del principato augusteo da parte appunto del von Premerstein<sup>67</sup>.

In effetti *auctoritas*, come ben si sa, era parola chiave anche nel lessico politico dell'epoca— non è il caso, in questa sede, di soffermarmi sui lavori degli studiosi di filosofia politica dell'epoca, in primo luogo sul Carl Schmitt di *Der Begriff der Politischen* (1932<sup>2</sup>) o sul Franz Neumann di *Behemoth*<sup>68</sup>. Il concetto era stato studiato «begriffsgeschichtlich» per l'ambito romano da R. Heinze, abbiamo visto (1925); ma divenne centrale nella discussione sui poteri extracostituzionali di Augusto — e per la valutazione della base giuridico-costituzionale della sua posizione. In questa discussione il von Premerstein assumeva una peculiare posizione, di grande rilievo storiografico e teorico. In primo luogo, egli respingeva la teoria mommseniana di una diarchia tra *Princeps* e Senato, mentre cercava di presentare una spiegazione unitaria e generale, nel suo costituirsi e nella sua natura, del potere stesso del principato — non solo di Augusto, ma anche dei suoi successori. Nella costruzione premersteiniana, *auctoritas* era concetto centrale; essa forniva, nella prospettiva dell'acuto studioso, la spiegazione della base sociologica del potere politico di Augusto («... die beste Grundlage eines allumfassenden *patrocinium*, auf die Augustus sein Prinzipat aufgebaut hatte...»)<sup>69</sup>— della *clientela*, sulla quale aveva già insistito Gelzer, come abbiamo visto<sup>70</sup>; e che, in mente germanica, quasi meccanicamente si traduceva nel termine *Gefolgschaft*, carico di tante risonanze antico-germaniche e medievalizzanti (la *fides* germanica, la *Treue*, etc.)<sup>71</sup>. Ma *auctoritas* poteva anche offrire una spiegazione della base

anche «Monumentum Ancyranum», *RE* XVI, 1933, 211-232; *Klio* 21, 1938, 81-91; *Augustus*, in *Gestalten und Reiche*, Leipzig 1942, 225-244; vd. in generale H. Volkmann Burs. Jahrb. 279, 1942, 1 sgg.

<sup>66</sup> Ἀξιώματα πάντων δῆνεγκα; *dignitate* in Th. Mommsen, *Res gestae divi Augusti ex monumentis Ancyranis et Apolloniensi*, Berlin 1883<sup>2</sup>, LXXXVI-LXXXVII, 145 sgg., che rifiutava la giusta integrazione divinata dal Franz già nel 1843.

<sup>67</sup> «Vom Werden und Wesen des Prinzipats», *ABAW NF* 15, München 1937- edito postumo dall'allievo Hans Volkmann.

<sup>68</sup> C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, München u. Leipzig 1932<sup>2</sup>; F. Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, Oxford 1942 (trad. it. Milano 1977), specialm. il cap. III della Parte prima (p. 94 sgg. ed. it.).

<sup>69</sup> A. von Premerstein, *Vom Werden u. Wesen des Prinzipats*, cit., 13 sgg. Giudizio del Premerstein sull'atteggiamento di Augusto, p. 22: «... Diesen Gefolgschaftsgedanken, bei dem es sich nicht um psychologischen Feinheiten, sondern um ein eigenartig gestaltetes Machtmittel handelt, hat nun Augustus schon frühzeitig aufgegriffen; in ihm hat er die notwendige Bindung gefunden, in der sich der *princeps civium* erst als der grosse Gefolgschaftsführer, dann als monarchischer Herrscher mit den Geführten und Beherrschten zu gegenseitiger Unterstützung und Förderung an politischen und sozialen Gebiete zusammenfinden sollte; diese Bindung hat er in behutsamer Weise verstärkt und in weitgehendem Masse, wenn der Ausdruck erlaubt ist, monopolisiert».

<sup>70</sup> Cfr. supra, 63 sgg. e n.° 34, e R.T. Ridley, *The Genesis of a Turning Point: Gelzer's Nobilität*, cit., 474 sgg. e partiel 491 sgg.- su Fustel de Coulanges, *Les origines du système féodal* (vol. V della *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, Paris 1891).

<sup>71</sup> Importanza della *Gefolgschaft* e del giuramento di fedeltà: «... Der ausserhalb des republikanischen Staatsrechts stehende Eid der Gefolgschaft und Treue, der dem Prinzipats bei seinem Antritt von allen erwachsenen männlichen Bürgern und Untertanen als Zeichen der Anerkennung und des Anschlusses geleistet und obendrein schon frühzeitig- wahrscheinlich seit Gaius (Caligula)- alljährlich erneuert zu werden pflegte, stellt bei für deren Verhältnis zum Prinzipats grundlegende und damit auch das Wesen des Prinzipats bestimmte wichtigste Bindung dar» (p. 36-37; vd. anche p. 72: «... Solange also der Prinzipat wenig äusserlich besteht und das Scheinbild der Republik noch nicht ganz beseitigt ist, bleibt der Treueid beim Regierungsantritt die einzige Form, in der die Anerkennung des Prinzipats durch die Reichsbevölkerung und der Anschluss an ihn mit bindender Kraft erfolgen kann. Seit Augustus für jeden neuen Herrscher wiederholt, wird er geradezu ein unent-

giuridico-costituzionale del principato. Tutta la parte centrale della splendida monografia premersteiniana è appunto volta ad analizzare questi presupposti giuridico-costituzionali<sup>72</sup>. Diversamente che ad Heinze, al von Premerstein *auctoritas* non appariva tanto, o soltanto, un concetto religioso-sacrale, slegato dalla realtà giuridico-costituzionale («... etwas rein Persönliches, juristisch Nichtfassbares...»)<sup>73</sup>; esso aveva invece una portata più generale, si collegava ad una concezione più ampiamente giuridico-costituzionale del potere imperiale— purtuttavia legata ad alcuni aspetti carismatico-religiosi, nel senso della carismatica *Herrschaft* weberiana di *Wirtschaft und Gesellschaft*<sup>74</sup> (Ma, diversamente da quanto talora ritenuto<sup>75</sup>, la ricostruzione del Premerstein non mirava a provvedere una base metagiuridica e metapolitica al principato; essa indubbiamente poteva chiarire il carisma extrapolitico ed extrarazionale del *Principis*, ma non legittimava il *Fübertum*, non traduceva od esprimeva il *Führerprinzip*)<sup>76</sup>.

Anton von Premerstein era uno dei più qualificati esponenti della scienza storica tedesca, della più alta e severa *Fachwissenschaft*. Lo era anche W. Weber (Heidelberg 1882-1948), lo storico indubbiamente più rappresentativo —ed anche uno dei più geniali— dell'antichistica tedesca durante il nazismo<sup>77</sup>. Non è possibile, in questa sede, presentare lo svolgimento della lunga ricerca storiografica di Weber, dalle *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrianus* (1907), alle *Drei Untersuchungen zur ägyptisch-griechischen Religion* (1911), al *Josephus und Vespasianus. Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus* (1921), a *Der Prophet u. sein Gott. Eine Studie zur vierten Ekloge Vergils* (1925), fino al celeberrimo *Princeps I*, (1936) ed alla monografia *Rom, Herrschertum und Reich im zweiten Jahrhundert* (1937)<sup>78</sup>. Basterà qui ricordare che in W. Weber sembravano unificarsi al meglio, come in nessun altro studioso tedesco dell'epoca, interessi storico-religiosi, letterari, archeologico-numismatici, di storia po-

beherliches, konstitutives Element des Prinzipats, weil er seinem Wesen nach in dem freiwilligen Anschluss der Beherrschten wurzelt». Teoria in seguito discussa e respinta da P. Herrmann, *Der römische Kaisereid*, Göttingen 1968). Su *Gefolgschaft*, *Treue*, etc. nel campo della *Arminius-Legende* e dal germanesimo medievale si vd., oltre le essenziali notazioni di K. F. Werner, *NS-Geschichtsbild*, cit., 25 sgg., H. Callies, «Arminius-Held der Deutschen», in G. Engelbert (Hrsg.), *Ein Jahrhundert Hermannsdenkmal 1875-1975*, Detmold 1975, 42 sgg., e G. Unverfehrt, «Arminius als nationale Leitfigur. Anmerkungen zu Entstehung und Wandel eines Reichssymbols», in E. Mai- St. Waetzold, *Kunstverwaltung. Bau- und Denkmal-Politik im Kaiserreich*, Berlin 1981, 315-340.

<sup>72</sup> *Vom Werden u. Wesen d. Prinzipats*, cit.: III. *Zur staatsrechtlichen Grundlagen des Prinzipats*, 117-266. Per una discussione si vd. M. Magdelain, *Auctoritas principis*, Paris 1947- ed i suoi saggi *De l'«auctoritas patrum» à «auctoritas senatus»* (1982) e *Auctoritas rerum*, ora in *Ius Imperium Auctoritas. Études de Droit romain* (Collection de l'Éc. Franc. de Rome, 133), Roma 1990, 385-403; 685-705.

<sup>73</sup> A. von Premerstein, *Vom Werden u. Wesen d. Prinzipats*, cit., 203.

<sup>74</sup> M. Weber, *Economia e società*, trad. it., Milano 1968, 238 sgg.

<sup>75</sup> E. Hohl, *PbW* 58, 1938, 605- con riferimento alla teoria di F. Schulz, *Prinzipien des römischen Rechts*, München 1934, 123. Cfr. anche J. G. C. Anderson, *JRS* 29, 1939, 93-97, part. 96.

<sup>76</sup> Su *auctoritas* nel pensiero politico dell'epoca: G. Röhbörn, *Der autoritäre Staat*, Diss. Jena 1934, stampato presso Thomas & Hubert, Weiden 1935; si vd. anche il libro di E. Voegelin, *Der autoritäre Staat. Ein Versuch über der oesterreichische Staatsproblem*, Wien 1936; per la discussione su stato autoritario o stato totalitario, cfr. il saggio di H. O. Ziegler, *Autoritärer oder totaler Staat*, Tübingen 1931 - ed il libro, dello stesso, *Die moderne Nation. Ein Beitrag zur politischen Soziologie*, Tübingen 1931. In generale si vd. H. Buchheim, *Totalitäre Herrschaft. Wesen und Merkmale*, München 1962. Vd. anche F. Neumann, *The Democratic and the Authoritarian State*, Ed. by H. Marcuse, trad. it. *Stato democratico e Stato totalitario*, Bologna 1972.

<sup>77</sup> Su W. Weber (1882-1948) oltre il *Nachruf* di J. Vogt, *Gnomon* 21, 1949, 176-179 e V. Loseman, *Nationalsozialismus und Antike*, si vd. soprattutto le considerazioni di K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 210 sgg.

<sup>78</sup> Esauriente ed acuto K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit., 212 sgg., sullo svolgimento, e sulle varie fasi, della produzione storica di Weber.

litico-culturale<sup>79</sup>. Bisogna essere onesti nel riconoscere che da questa sua originale e molteplice attività scientifica, e non tanto, o soltanto, dalla sua posizione politico-istituzionale di esponente qualificatissimo del Partito Nazionalsocialista all'Università di Berlino, nasceva la sua influenza scientifica e la sua autorità di caposcuola<sup>80</sup>: non è per caso che la gran parte degli studiosi tedeschi da noi più giovani frequentati dopo la seconda guerra mondiale siano stati suoi allievi: da F. Taeger a V. Ehrenberg, a P. L. Strack, a A. Graf Schenk von Stauffenberg, a J. Straub, a K.F. Stroheker, a B. Rubin, a J. Vogt<sup>81</sup> —ed attraverso Vogt<sup>82</sup>, anche gli attuali studiosi più anziani.

L'opera più importante di Weber —ed anche l'esempio più significativo della presenza dell'ideologia nazionalsocialista, al livello più alto, nella antichistica tedesca— è il primo volume di *Princeps*, 1936<sup>83</sup>. Il libro venne duramente attaccato<sup>84</sup>. Weber fu così ferito dagli attacchi che rinunciò a pubblicare il secondo volume, annunciato con addirittura la data esatta di uscita nella prefazione del primo<sup>85</sup>. Si tratta tuttavia di un'opera veramente singolare, ed indubbiamente importante. In un linguaggio ispirato, ed anche letterariamente ricercato, lo storico dell'Università di Berlino, partendo da una serrata analisi dei resoconti di Velleio Patercolo, Suetonio, Tacito e Cassio Dione sugli avvenimenti dell'estate del 14 d.C., cioè degli avvenimenti immediatamente precedenti e seguenti la morte di Augusto, trattava la seduta del senato nel settembre di quello stesso anno ed in particolare gli atti relativi all'apoteosi ed alla consacrazione del primo *Princeps*. Ciò comportava un'analisi delle *virtutes* del grande defunto, quali si esprimevano nelle *Res Gestae*. Quello che Weber si propose di affrontare era dunque lo studio delle *Res Gestae* nel loro contesto concreto e nella loro concreta funzione —almeno dal suo punto di vista—. Secondo Weber le *Res Gestae* sarebbero state infatti le *mythos* del nuovo dio<sup>86</sup>. Già nella prima seduta il Senato avrebbe fatto proprie, nella forma in cui Augusto stesso le poneva, quelle sue proposte «...e secondo la sua volontà avrebbe portato —queste le sue parole— il suo *Heroon* in Roma, ed i santuari di Asia Minore le avrebbero offerto alla visione ed alla conoscenza di ognuno...»<sup>87</sup> (il corsivo è nostro). In definitiva le *Res Gestae* avrebbero costituito il

<sup>79</sup> Christ, *op. cit.*, 211-212. Interessante il confronto proposto da Christ con Ed. Meyer, con la «kühle, hanseatische, nüchterne, geradezu rationalistische Form» conservata dallo storico amburghese nel suo pur febbrile lavoro scientifico- e la «angemessene, oft pathetische Ausdruck» ricercata invece da Weber nelle sue opere (cfr. p. 224). Christ giustamente richiama all'influsso di Stefan George sulla cultura, anche storiografica, dell'epoca: si cfr. K. Christ, «Zur Entwicklung der alten Geschichte in Deutschland», *GWU* 22, 1971, 582-83; si vd. anche I. Stahlmann, *Täter u. Gestalter*, *cit. supra* (alla n.° 62), 123 sgg.

<sup>80</sup> Cfr. V. Losemann, *Nationalsozialismus u. Antike*, *cit.*, 75; K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, *cit.*, 224 sgg.

<sup>81</sup> Per la presenza di tante, e diverse, personalità di studiosi nell'ambito della «scuola» di Weber, si vd. ancora K. Christ, *op. cit.*, 225 sgg.

<sup>82</sup> Su J. Vogt (1895-1896), si vd. K. Christ, *Neue Profile*, *cit.*, 63-124 (che riprende e rielabora il suo saggio, «J. Vogt und die Geschichte des Altertums. Eine Würdigung», *Saeculum* 21, 1970, 106-150); si vd. anche V. Ehrenberg, «Joseph Vogt», *Beilage zu ANRW* I. 1. 1970, 1-8.

<sup>83</sup> W. Weber, *Princeps* I, Stuttgart 1936.

<sup>84</sup> Principali recensioni a *Princeps* I: E. Kornemann, *Gnomon* 14, 1938, 489-507; 548-565; E. Hohl, *PhW* 57, 1937, 574-585; W. Kolbe, *GGÄ*, 1939, 152-169; A. Piganiol, *JS* 1937, 150-166; J. Béranger, *REL* 15, 1937, 213-215; M. Hammond, *CPh* 34, 1938, 229-231.

<sup>85</sup> *Princeps* VI: «Der zweite Band, der die Darstellung des Princeps selbst enthält, wird zum 23. September erscheinen». Sulla decisione di Weber, in conseguenza della cattiva accoglienza dell'opera, di dedicarsi a lavori meno tecnici, di carattere narrativo, per così raggiungere un più vasto pubblico, informa K. Christ, *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, *cit.* 218.

<sup>86</sup> *Princeps*, 94.

<sup>87</sup> *Ibid.*, 94.

mito del nuovo Dio, il *hieros logos* che avrebbe dato il suo intimo fondamento al culto di Augusto nel mondo<sup>88</sup>.

Proprio queste tesi weberiane ci rendono consapevoli del significativo percorso compiuto dall'antichistica tedesca nell'arco del secolo, dall'interpretazione mommseniana delle *Res Gestae* come «rendiconto delle spese» affrontato da Augusto nelle guerre civili<sup>89</sup>, a questa concezione weberiana di un «discorso sacro» che fondava il culto del nuovo dio —del *Princeps* che aveva quindi una sacralità immanente, un carisma istituzionale<sup>90</sup>. Era in realtà il percorso dalla visione laica della politica di un liberale come Mommsen alla visione mistico-irrazionalistica della stessa politica, quale si esprimeva, anche a livello della più alta cultura accademica, nella ideologia del nazionalsocialismo —e del fascismo— con i concetti di *Führer*, di *Dux*, di sacralità del capo, della *Treue*, della *Gefolgschaft*, nell'armamentario ideologico-politico, e nei fatti pseudo-scientifico, di non pochi storici ed archeologi nazionalsocialisti e fascisti<sup>91</sup>.

5. Il *Princeps* weberiano può considerarsi una delle risposte del «circuito alto» della cultura, per così dire, alla *Stimmung* ideologica e politica del nazionalsocialismo. Essa tuttavia, per la sua importanza, non faceva specie. Ben altre erano le risposte che venivano dal «circuito basso» di mestieranti accademici e di ideologi di regime. Non è certamente mia intenzione soffermarmi su di esse —tutto sommato non vale la pena rimpiangere troppo in quel guazzabuglio. Tuttavia, consentitemi di ricordare due piuttosto singolari brani, per capire meglio:

«In particolare, nell'insegnamento della storia non ci si deve staccare dallo studio dell'Antichità. La storia romana, considerata giustamente nelle sue grandi linee, è, e rimane, la migliore maestra (*Lehrmeisterin*) non solo per oggi, ma ben per tutti i tempi.»

«Noi consideriamo l'epoca più grande della storia romana non l'epoca della sua massima espansione, bensì il duro periodo fino alle Guerre Puniche. Della storia più tarda si è posta finora al centro del [nostro] interesse l'epoca di Augusto.

...Inoltre, quel che soprattutto ci lega all'età di Augusto è la coscienza che allora, nonostante la diversa struttura della società, per molti versi le cose stavano come adesso. Nell'opporsi di Augusto, con tutte le sue forze, alla decadenza e alla disgregazione, nel suo tentativo di salvare la condizione del popolo (*den völkischen Bestand*) e di restaurare la rispettabilità antico-romana (...*altrömische Eherbarkeit*) si possono cogliere con mano le somiglianze con il nostro presente tedesco. Esse si differenziano solo su un punto: il tentativo di Augusto dovette rimanere infruttuoso, nel tempo, ben diversamente che da noi, le basi razziali per la salvezza allora non esistevano più.»

<sup>88</sup> Delle *R.G.* come «heilige Geschichte» da offrire in lettura ai provinciali parla Weber in parecchi punti dell'opera: si vd. ad es. p. 106, 113 etc.

<sup>89</sup> Th. Mommsen, *Der Rechenschaftsbericht des Augustus*, *Ges. Schriften* IV: *Historische Schriften* I, Berlin, 1906, 247-258.

<sup>90</sup> Nel senso weberiano, del Weber die *Wirtschaft und Gesellschaft*, *cit. supra*, alla n.° 77. Per una interpretazione del *Princeps* in una «prospettiva carismatica», si vd. soprattutto P. De Francisci, «Genesi e struttura del principato augusteo», *Atti della Reale Accademia d'Italia* VII. 2, 1941 e *Arcana Imperii*, III, Milano, 1948.

<sup>91</sup> Basti rimandare, per questo punto, al famigerato saggio di F. Sachermeier, «Die nördliche Führerpersönlichkeit im Altertum», in *Humanistische Bildung im nationalsozialistischen Staat*, Leipzig, 1933, 36-43 (= *Neue Wege zur Antike* Reihe I, H.9) e in generale W. Hoppe, *Die Führerpersönlichkeit in der deutschen Geschichte*, *cit. supra*, n.° 18.

La prima delle citazioni, l'avrete forse già riconosciuto, è del *Mein Kampf* di Adolf Hitler<sup>92</sup>; la seconda è tratta da uno scritto propagandistico su *L'Antichità e noi*<sup>93</sup>, confezionato da un oscuro corifeo del regime, dal professore di filologia classica Wilhelm Eberhardt<sup>94</sup>. Ma si ripetono, in entrambe, le parole chiave dell'ideologia nazionalsocialista sul mondo antico, sull'antichità romana in particolare: antiche virtù, antico onore romano, valore guerresco, sacrificio, etc. —il tutto condito nella salsa immancabile della razza, delle peculiarità razziali. In un discorso ufficiale, dal titolo programmatico *Germanische Grundzüge im deutschen Geschichtsbild*, pubblicato con il dovuto rilievo nel volume 159 (1939) della rispettabilissima *Historische Zeitschrift* ora edita da K. A. von Müller<sup>95</sup>, il pedagogista Ernst Krieck, rettore nazista dell'Università di Heidelberg, chiariva che storia, spirito e coscienza *zurückdrängen* di fronte alla forze dell'inconscio e del «sangue» —e che questa tendenza era più potente di quanto altri autori avessero voluto dimostrare. «...Der unbewusste Lebensgrunde eines Volkes ist sein naturhafter, sein rassischer Lebensgrund...» —egli sosteneva, e ribadiva: «...Das lebendige Blut hat immer wieder seine Auftriebe in die oberen Bildungslagen entsandt...»<sup>96</sup>.

Queste erano le posizioni estreme, e di carattere scopertamente ideologico. Questo che in questa sede io vorrei indicare è invece il pensiero interno alla antichistica tedesca, agli studi di storia romana in particolare. Qui convergevano, come sovente, posizioni in fondo derivanti dal dibattito scientifico interno con altre sostanzialmente eteronome, di origine politico-ideologica. La questione, ovviamente retorica, che ho posto all'inizio, del *Princeps* come *Übermensch*, dei Romani *Übermenschen* e delle loro *priscae virtutes* (*alte Tugenden*) che li avrebbe resi degni di dominare il mondo —e delle identificazione dei Tedeschi con loro— si pone appunto per il convergere di queste posizioni nella sostanza differenti.

In realtà, come abbiamo visto, il tema della *oikumene* pacificata per le virtù del *Princeps*, che per queste sue azioni ma soprattutto per i suoi carismi istituzionali si poneva come *Übermensch*, aveva una sua storia all'interno della romanistica tedesca: l'opera di W. Weber non era che lo sbocco di una continua riflessione sull'essenza e

<sup>92</sup> A. Hitler, *Mein Kampf*, München, 1933<sup>37</sup>, 469. Cfr. l'equilibrato quadro che ci dà il Christ, nel par. 4 del V Cap. del suo *Röm. Geschichte u. dt. Geschichtswissenschaft*, cit. 195 sgg. Le concezioni hitleriane sull'antichità — sul valore paradigmatico della Romanità — sono esposte e discusse da P. Villard, «Antiquité et Weltanschauung hitlerienne», *Rev. d'hist. de la deux. guerre mond.* 22, 1972, 1-18.

<sup>93</sup> W. Eberhardt, «Die Antike und wir», *Nationalsoz. Monatsheft* 6, 1935, 115-127 (la cit. a pp. 119-120).

<sup>94</sup> «Beauftragter des Führers für die Überwachung der gesamten geistigen und weltanschaulichen Schulung der Partei», secondo la pomposa definizione del suo *sponsor* Rosenberg, era in realtà «ein Mann der Schulpraxis... bis dahin weitgehend unbekannte Dresdener Altphilologe...», secondo la più precisa determinazione di V. Losemann, *Nationalsozialismus u. Antike*, cit., 49. Sulla «sostenuta» carriera di Eberhardt, nello stesso anno chiamato dal Ministero, senza il parere della Facoltà, alla successione di H. Schöne, alla cattedra di filologia classica di Münster, si vd. Losemann, *op. cit.*, 49 sgg. e part. 207, n.° 21.

<sup>95</sup> *HZ* 159, 1939, 524-537. Lo scritto è ufficiale; si tratta di un «Vortrag auf dem 4 Jahrestag des Reichsinstituts für die Geschichte des neuen Deutschlands», del Istituto cioè fondato da W. Frank.

<sup>96</sup> E. Krieck, *Germ. Grundzüge*, cit. 531; 526: «...Unter der kirchlich-antiken Fremdüberlagerung hat die Substanz germanischen Leben in deutschen Volk durch die Jahrhunderte weiter gewirkt, und das lebendige Blut ...u.s.w.» -tutto ciò nel quadro di un «ritorno a Ranke», dal Ranke che abbraccia il mondo romano-germanico in una Weltgeschichte concepita come unità (p. 529 sgg.). Su Krieck si vede la monografia di G. Müller, *Ernst Krieck und die nationalsozialistische Wissenschaftsreform. Motive u. Tendenzen e. Wissenschaftslehre u. Hochschulreform im Dritten Reich*, Weinheim u. Basel, 1978, che curiosamente, non cita nemmeno in bibliografia questo saggio di Krieck - e che mi pare piuttosto propenso ad una qualche *Rettung* del pedagogista, personalità indubbiamente complessa, ma non per questo da sottovalutare.

sui caratteri del *Führertum* che, almeno a partire dai saggi di Max Weber in *Typen der legitimen Herrschaft* —poi incorporati in *Wirtschaft und Gesellschaft*— aveva strenuamente impegnato il pensiero storico e politico della Germania pre —e postweimariana<sup>97</sup>. Riflessione ovviamente alimentata e resa più acuta dalla sconfitta: come dicevamo, non fu per niente facile alla aristocrazia fondiaria ed all'alta borghesia nazionalista, dalle cui fila era per la gran parte estratta la intellettualità accademica e delle professioni liberali, sopportare il dissolversi di quell'ordinamento e di quell'autorità politica, per cui avevano combattuto i loro padri e che in ogni caso costituiva la garanzia del loro *status* sociale.

Anche la discussione sulle *virtutes* dei romani antichi nasceva all'interno della ricerca storico-filologica specialistica, nasceva all'interno del *Fach*. Le indagini di Richard Heinze, e di altri studiosi di quel periodo, sui concetti etici come *fides*, *virtus*, *auctoritas*, etc., nei fatti nascevano dall'applicazione dei metodi lessicografici della scuola del Wölfflin, combinata con la generale tendenza alla *Geistesgeschichte* del tardo storicismo degli *Jungrankianer* alla Meinecke<sup>98</sup>. Pur nel suo orientamento ideologico, il famoso saggio dello Heinze *Von der Ursachen der Grösse Roms*<sup>99</sup>, era il frutto di una riconsiderazione della vicenda di Roma repubblicana secondo quella costellazione di suggerimenti proposta dalla cultura storiografica e letteraria della *Weimarzeit*. Sono d'accordo con Christian Meier quando insiste, giustamente, sulle priorità, sulle opzioni culturali che si propongono allo storico, specialmente in epoche di rapido mutamento culturale<sup>100</sup>. I *Wertbegriffe* dei classicisti dell'epoca possono in fondo considerarsi la loro opzione nel quadro della dominante *Geistesgeschichte*. Questa, a ben vedere, appare essere la convinzione del curatore della celebre raccolta di saggi di Heinze, *Vom Geist des Römertums*, 1938 (1939<sup>2</sup>)<sup>101</sup>, di Erich Burck, quando appunto scrive: «L'esperienza della grande guerra e del violento travaglio postbellico spinsero sempre più R. Heinze ad esplorare, nel riesame e nell'approfondimento di problemi in precedenza solo sfiorati, le forze politico-statali, popolari e religiose di Roma. Del movimento di pensiero del cosiddetto terzo umanesimo, che aveva alla sua base un aggancio nuovo degli studi classici tedeschi all'antichità egli fu parte viva: per lui questo significava un approfondimento del proprio rapporto spirituale con la romanità»<sup>102</sup>.

<sup>97</sup> Si vd. i lavori cit., *supra*, alla n.° 13.

<sup>98</sup> Influenza su Heinze della metodologia lessicografica di Ed. Wölfflin: A. Perutelli, *Richard Heinze e i Wertbegriffe*, cit. *supra* (alla n.° 36), 56 sgg. (su Wölfflin si vd. i saggi di J. Stroux e di G. Dittmann stampati in appendice a Ed. Wölfflin, *Ausgewählte Schriften*, Leipzig, 1933). Per una valutazione di questa tematica; C. Becker, *Wertbegriffe im antiken Rom - ihre Geschichte und ihr Absinken zum Schlagwort* (Münchner Univ. Reden, NF, 44), München, 1967; H. Oppermann (Hrsg.), *Römische Wertbegriffe*, Darmstadt, 1974<sup>2</sup>. Sul «ritorno a Ranke», della storiografia «geistesgeschichtlich» del primo Novecento, cfr. K.H. Krill, *Die Ranke Renaissance. Max Lenz und Erich Marcks. Ein Beitrag zum historischen-politischen Denken im Deutschland 1880-1935*, Berlin, 1962.

<sup>99</sup> Ora in *Vom Geist des Römertums*, herg. u. besorgt von H. Burck, Darmstadt, 1972<sup>2</sup>, 9-27.

<sup>100</sup> Ch. Meier, *Die Welt der Geschichte und die Provinz des Historikers*, Berlin, 1989.

<sup>101</sup> Leipzig-Berlin, 1939<sup>2</sup>; III ediz. Stuttgart 1960 (integr. dalla quale citiamo), IV Darmstadt 1972.

<sup>102</sup> «Das Erlebnis des Grossen Krieges und der harten Nachkriegsnot Deutschlands führten R. Heinze in der Wiederaufnahme und Vertiefung früher nur gestreifter Probleme immer stärker zur Erforschung der staatlich-politischen, völkischen und religiösen Kräfte Roms. An der geistigen Bewegung der sog. dritten Humanismus, die ein grundlegend neues Verhältnis der deutschen Altertumswissenschaft zur Antike heraufführte, nahm Heinze lebhaften inneren Anteil; sie bedeutete ihm eine Stärkung und Vertiefung der eigenen Einstellung zum Römertum»: *Vom Geist des Römertums* 3, cit. 278 (ho utilizzato la precisa traduzione di A. Perutelli, *Richard Heinze e i Wertbegriffe*, cit. 51).

Nella *Rektoratsrede* del 1921 Heinze, dopo aver rilevato la scarsa propensione dei Romani alla speculazione filosofica, e dopo aver passato in rassegna le fondamentali istituzioni della repubblica romana, dalla concezione dello stato alla clientela ed al rapporto che legava il *miles* al capo militare, propone la singolare, e significativa, tesi che la vera *Ursache* della grandezza dei Romani sarebbe stata nel loro essere *Machtmenschen* in ogni aspetto della loro vita pubblica e privata<sup>103</sup>. *Machtmenschen*: sulla base di un'assai famosa, a quei tempi, opera del sociologo e psicologo Eduard Spranger<sup>104</sup> —uno scolaro di Dilthey— le *Lebensformen. Geisteswissenschaftliche Psychologie und Ethik der Persönlichkeit* (Halle 1914, 1922-3-), anche per Heinze il *Machtmensch* non è tanto l'uomo di potere, l'ambizioso, ma è colui che, impegnandosi al massimo in ogni attività, pone ogni sua qualità al servizio della sua ambizione, della sua aspirazione al potere. Certo, questo può essere pericoloso in una società in cui, essendo pochi i *Machtmenschen* capaci di emergere, può scoppiare la guerra civile, per il loro antagonismo. Ma questo non fu il caso della Roma del periodo delle grandi conquiste, quando l'essere *Machtmenschen* era una fatto generalizzato ed il risultato fu la massima efficienza in tutti i campi<sup>105</sup>.

E' difficile non scorgere l'implicazioni ideologico-politiche di tali tesi: tanto più che nelle conclusioni del suo discorso, Heinze, mentre tiene a professarsi semplicemente filologo e non politico, non esita a dichiarare che il popolo tedesco (*das deutsche Volk*), se non ambisce alla signoria dell'*oikumene*, come quello romano, intende tuttavia occupare una posizione corrispondente alla sua dignità<sup>106</sup>. Dichiarazione perfettamente consona al clima politico e culturale del dopo Versailles; non pochi degli intellettuali tedeschi si impegnarono in dichiarazioni di tal genere —a prescindere dalla qualità intrinseca dell'intervento, indubbiamente da insigne filologo, esse costituiscono la ragione prima dell'enorme successo di questo saggio, nella cultura classica tra le due guerre. Ma dichiarazioni anche pericolose: non era difficile, per studiosi meno equilibrati e competenti di Heinze, inserirsi in esse, e sviluppandole, portarle ad assai ambigue ed imbarazzanti conseguenze.

Gli studiosi che si avventurarono per queste vie sdruciolevoli ci furono. Non ha molta importanza nominarli —o confutarne le singole posizioni— in questa sede. Quel che va piuttosto rilevato è che queste studiosi, tutto considerato, sviluppavano temi interni alla loro disciplina, specifici alla storia di Roma. Il problema si fece complicato quando questi temi si intrecciarono con le posizioni oltranzisticamente razziste espresse dall'archeologia preistorica «germanica» guidata da personaggi come Gustav Kossinna e H. F. K. Günther<sup>107</sup>. Nei fatti, sono stati questi studiosi ad es-

<sup>103</sup> R. Heinze, *Vom Geist des Römertums*<sup>3</sup>, cit. 26-27.

<sup>104</sup> Ed. Spranger (1882-1963, professore alla università di Lipsia (dal 1911) e di Berlino (dal 1920). Allievo di F. Paulsen e di W. Dilthey, nella sua opera e nel suo percorso politico-intellettuale si muove in sintonia con le stesse oscillazioni ed ambiguità della cultura di Weimar. *Lebensformen*, la sua opera più nota ed indubbiamente più significativa, è caratterizzata, nella sua «geisteswissenschaftliche Pädagogik», dallo sforzo di simpateticamente «Verstehen» le tipiche, distinte «geistig-seelisch», strutture dell'individualità umana. Come «Grundtypen» contano l'uomo «teoretico», l'«economico», il «sociale», l'«estetico», quello «religioso» e il *Machtmensch*, come è appunto intitolato un capitolo di *Lebensformen*<sup>3</sup>, 188-210; il punto è stato acutamente rilevato da A. Perutelli, *Richard Heinze e i Wertbegriffe*, cit. 65, n.° 21).

<sup>105</sup> A. Perutelli, *Richard Heinze e i Wertbegriffe*, cit. 55.

<sup>106</sup> *Vom Geist des Römertums*<sup>3</sup>, cit. 27.

<sup>107</sup> Mi limito ad alcune essenziali indicazioni, tra la vasta bibliografia che viene accumulandosi su questo argomento: H. F. K. Günther, *Rassenkunde des deutschen Volkes*, München, 1922; *Rassengeschichte des hellenischen*

primere gli atteggiamenti più pittorescamente razzisti, e perciò anche più noti— per quanto le *outrances* di Kossinna ci fosse una precisa posizione teorica ed assolutamente rispettabili esperienze di scavo e di ricerca scientifica<sup>108</sup>. Ma vanno anche rilevate le difficoltà, e le contraddizioni interne a questa archeologia «germanica» di carattere puramente razzista.

In primo luogo, l'archeologia preistorica godeva di non grande prestigio, come disciplina accademica: la prima cattedra fu creata a Marburg, addirittura nel 1928<sup>109</sup>. L'insegnamento era in genere impartito da professori non ordinari; e Kossinna, ed in genere gli studiosi di preistoria, soffrivano il disagio di una sentita condizione di inferiorità, rispetto agli archeologi classici ed agli storici dell'arte. L'appoggio incondizionato dato dagli archeologi preistorici tedeschi alla NSDAP nasceva anche dalla volontà di eliminare questa situazione di inferiorità<sup>110</sup>. In secondo luogo, le posizioni dell'archeologia preistorica stavano sostanzialmente in scarsa o nulla sintonia con quelle filoclassicistiche di Hitler —che coincidevano, come abbiamo visto, con quelle del circuito «alto». Ed infine, esse si trovavano indebolite dai contrasti tra le organizzazioni che, all'interno stesso della NSDAP, appoggiavano l'archeologia preistorica «germanica»: da un canto l'*Amt-Rosenberg*, con Hans Reinerth come *Reichsbeauftragter für deutsche Vorgeschichte* —un incarico che dava enorme potere—, dall'altro, l'*Abnenerbe*, un progetto personale di Himmler, che perseguiva una politica di rivalità e di scavalramento nei confronti dell'organizzazione di Rosenberg<sup>111</sup>.

Queste difficoltà impedirono nei fatti la fusione tra la prospettiva dei classicisti, con la loro insistenza sulle *virtutes* romane, analoghe a quelle attribuibili agli antichi Germani, ed il razzismo di fondo degli archeologi preistorici. Rimase sempre una separazione tra quello che abbiamo chiamato il circuito «alto» della cultura, ed il circuito «basso» di questa pubblicistica «preistorica» a base razzistica. Non fu certamente un fatto negativo. Ed in conclusione: si Arnaldo Momigliano ha giustamente parlato, per la storiografia italiana di quel periodo, non tanto di repressione, quanto

*und römischen Volkes*, München, 1929; *Lebensgeschichte des römischen Volkes*, Pähl, 1957 (in cui è proposta una «biologisch betrachtete Geschichte»); sull'influsso di Günther nella cultura archeologica e storica dell'epoca, si cfr. H. J. Lutzöft, *Der nordische Gedanke um Deutschland 1920-1940*, Stuttgart, 1971; G. Kossinna, *Die deutsche Ostmark: eine Heimatboden der Germanen*, Berlin, 1919; *Die deutsche Vorgeschichte: eine hervorragende nationale Wissenschaft*, Mannus-Bibliothek 9, Würzburg, 1912 (Per una recente valutazione di Kossinna: L. S. Kleijn, «Kossinna im Abstand von vierzig Jahren», *Jahreschr. f. mitteldt. Vorgesch.* 58, 1974, 7-55; vd. anche, H. J. Iggers, *Einführung in die Vorgeschichte*, München, 1959, 199 sgg.). Dello sviluppo interno della ricerca preistorica in questo settore di studio tratta E. Wahle, «Geschichte der prähistorischen Forschung», *Anthropos* 45, 1950, 497-539; 46, 1951, 49-112, mentre R. Bollmus, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner: zum Machtkampf im Nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Stuttgart, 1970, ne esamina gli aspetti ideologici; in generale, si cfr. K. Saller, *Die Rassenlehre des Nationalsozialismus in Wissenschaft und Propaganda*, Darmstadt, 1961. Tre documentati ed interessanti articoli possono introdurre corretamente al problema: A. Schnapp, «Archéologie et nazisme», *QdS* 5, 1977, 1-26; V. Losemann, «Programme dt. Althistoriker in d. Machtergreifungsphase», cit. *supra* (alla n.° 35); B. Arnold, «The Past as Propaganda; totalitarian archaeology in Nazi Germany», cit. *supra* (alla n.° 4).

<sup>108</sup> Gustav Kossinna (1858-1932) fu studioso di linguistica indoeuropea, prima di volgersi all'archeologia preistorica; egli portò in questo campo le sue precedenti esperienze di ricerca. Le teorie diffusionistiche di Kossinna, il concetto di *Kulturkreis*, avranno anche importanza nel campo della storia delle religioni, con la cosiddetta «scuola di Vienna» del gesuita Padre W. Schmidt. Per una valutazione dello studioso, oltre il già cit. L. S. Kleijn, *Kossinna im Abstand von vierzig Jahren*, si vd. anche K. Sklenar, *Archeology in Central Europe: the First 500 Years*, New York, 1983, 145 sgg., e B. Arnold, «The Past as Propaganda», cit. 464 sgg.

<sup>109</sup> K. Sklenar, *Archeology in Central Europe*, cit. 160.

<sup>110</sup> B. Arnold, «The Past as Propaganda», cit. 468 sgg.

<sup>111</sup> Su questo punto informa dettagliatamente R. Bollmus, *Das Amt Rosenberg*, cit. (*supra*, alla n.° 109), 153-235, e V. Losemann, *Nationalsozialismus und Antike*, cit. 118-173.

di «...pensieri che non furono...», o che non poterono essere «...pensati...»<sup>112</sup>, ebbene, questo può valere, —e forse solo in parte— per la storiografia italiana. Per la storiografia antichistica tedesca mi sia consentito dire che vale piuttosto il contrario: che troppo cattivi pensieri furono «pensati» ed in contraddizione tra loro. Il tragico della vicenda è che questi pensieri e queste contraddizioni, scientifiche e politiche, costarono la vita a milioni di innocenti.

## LA EVOLUCION DE LA HISTORIA ANTIGUA PENINSULAR EN EL SIGLO XX. ENSAYO HISTORIOGRAFICO

Gonzalo BRAVO

### 1. Introducción

Desde que en 1900 se reorganizaron las Facultades de Filosofía y Letras de las universidades españolas con la creación de las diversas secciones de Historia<sup>1</sup> hasta hoy, la disciplina académica que llamamos Historia Antigua ha seguido una larga y variada trayectoria. Larga, porque desde hace casi un siglo la Historia Antigua se explica en las aulas universitarias y ocupa un lugar propio en la historiografía española; variada, porque todavía, a finales de 1990, es notoria la desigualdad existente entre unas universidades y otras, no sólo en cuanto a dotación de plazas y medios materiales y humanos, sino también y sobre todo en lo que se refiere a la formación «básica» de los profesionales de Historia Antigua, organización de la materia docente y planificación científica de los distintos departamentos o secciones departamentales de este área de conocimiento. No obstante, estas diferencias que, por otra parte, se corresponden bien con la creciente «autonomía» de las universidades, son en gran medida también el resultado de una evolución más corta, la historia de nuestra Historia Antigua en el último cuarto de siglo, desde su institucionalización como disciplina autónoma al crearse las primeras cátedras universitarias de Historia Antigua Universal y/o de España en 1965-66. En estos escasos veinticinco años la Historia Antigua, la más «joven» de nuestras disciplinas históricas<sup>2</sup>, ha debido organizarse y situarse al nivel de otras áreas científicas con mayor tradición, arraigo y atracción en nuestro país. Aunque a ningún grupo regional o historiográfico podrá legítimamente atribuírsele el éxito o el fracaso de esta reciente evolución, es evidente la influencia ejercida por el llamado «grupo salmantino» en este proceso<sup>3</sup>, si bien en los últimos años la correlación ha cambiado en favor de los «grupos» que podríamos denominar

<sup>1</sup> Un breve tratamiento de las reformas legales que dieron origen a la creación de las cátedras universitarias de Historia, en G. Pasamar-I. Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1986, pp. 35ss.

<sup>2</sup> *Gerión* 1, 1983, p. 11.

<sup>3</sup> G. Bravo, «Elementos para un estudio de las tendencias en la historiografía española del último cuarto de siglo», *Actas del Congreso de Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua (ss. XVIII-XX)*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1991, 213-217.

<sup>112</sup> A. Momigliano, «Gli st. it. di st. gr. e rom.», cit. in *Contributo*, cit. 296.

«periféricos», pero que de hecho mantienen una estrecha vinculación con miembros de aquél. En cualquier caso, sin embargo, el rápido crecimiento experimentado por la Historia Antigua en España tiene mucho que ver con el largo período en que ésta estuvo vinculada institucional y científicamente con áreas no históricas como la Filología Clásica, la Arqueología o el Derecho. En cambio, la «autonomía» relativamente reciente de la Historia Antigua ha supuesto un giro en la orientación de la disciplina, más vinculada científicamente a otras áreas históricas que a las ciencias instrumentales tradicionales (epigrafía, numismática, arqueología, filología), sin cuyo dominio, se sostiene, resulta difícil —por no decir imposible— aportar algo al conocimiento histórico de la Antigüedad.

## 2. Búsqueda de un modelo de análisis historiográfico

Ocasiones como la presente constituyen un hecho insólito en nuestro actual panorama historiográfico. Pero lo es aun más el hecho de que previamente hayamos asumido el compromiso de publicar estas reflexiones exponiendo nuestra opinión a la crítica de otros colegas con ideas y experiencias diferentes. Pero también es cierto que a pesar de discusiones interminables, rara vez éstas se expresan por escrito, acaso porque sigue plenamente vigente la sentencia latina: *verba volant, scripta manent*. Sin embargo, en el caso particular de la Historia Antigua concurren también otras circunstancias disuasorias como son el temor de objetividad y la sospecha de revanchismo o represalia; temores en todo caso infundados, si cuanto se escribe puede ser documentalmente contrastado. Pero esta actitud generalizada ha generado una situación peculiar en la Historiografía española que, a casi cien años de su inicio, espera todavía un estudio sistemático<sup>4</sup> por períodos y áreas de conocimiento. Esto implica que los «modelos» de análisis no están «dentro» sino «fuera» de España y, en consecuencia, no siempre son aplicables. Por ejemplo, es ciertamente dudosa la operatividad analítica del concepto «escuela» en nuestra historiografía, dado que resultaría difícil aislar tan sólo «una» indiscutible, tampoco en Historia Antigua<sup>5</sup>. Por otra parte, mientras que en el extranjero las tradicionales «escuelas historiográficas», nacionales, han quedado relegadas ante la eficacia de los «grupos internacionales» de investigación, la historiografía española —salvo excepción— se mantiene al margen de estas nuevas tendencias u ocupa un lugar secundario, aun cuando su aportación al avance producido sea en muchos casos —y concretamente en algunos campos de la Historia Antigua— nada despreciable. He ahí la paradoja. Proporcionamos materiales y documentación básica que en buena medida son analizados y estudiados «fuera» en el marco de los «grandes proyectos de investigación» internacionales. Esta dependencia es, si cabe, más clara en campos concretos, particularmente en el del

<sup>4</sup> Esperamos con ansiedad la publicación de la Tesis doctoral de G. Pasamar, *La historiografía de la España franquista* (Zaragoza, 1986), en la que, nos consta, se aborda la cuestión ideológica de los historiadores del período, incluidos los responsables de la enseñanza y la investigación de la Historia Antigua.

<sup>5</sup> J. Remesal, «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina académica» en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, III, Santiago de Compostela, 1988, p. 315 sostiene también que no ha habido «escuelas» (cf. p. 318), pero establece una clara distinción entre «los alumnos del Prof. Blázquez» y «los otros».

«análisis historiográfico», apenas cultivado en nuestro país<sup>6</sup> y virtualmente inexistente en lo que a historiografía «propia» se refiere. Los modelos deben buscarse, de nuevo, fuera: en Francia, donde hay universidades y centros de investigación especializados en este tipo de estudios; en Italia, donde existe una sólida «escuela historiográfica»; en Inglaterra, con aportaciones recientes; en Estados Unidos, con revistas especializadas en análisis historiográfico; en fin, en la Unión Soviética y Checoslovaquia<sup>7</sup>. Pero por lo que se refiere a la evolución de la Historia Antigua, desde un punto de vista historiográfico, el más acabado es el «modelo alemán», que se ha propuesto también como análisis de la historiografía reciente<sup>8</sup>, e incluso de la que se ha dado en llamar «historiografía viva» —aludiendo con ello a los historiadores de la propia generación del autor—, si bien con menos detalle<sup>9</sup>. En nuestro país, la última aportación en este sentido es quizá un opúsculo, escasamente divulgado<sup>10</sup>, que presenta el estado actual de las diversas áreas históricas. Las «tendencias» de nuestra Historia Antigua fueron descritas en forma sumaria por J. Arce y D. Plácido<sup>11</sup>, renunciando expresamente a analizar las «causas históricas»<sup>12</sup> de nuestra actual situación. En general la imagen proyectada allí es en exceso negativa aunque, a pesar del carácter polémico del «documento», no ha sido aún, que sepamos, objeto de discusión o contestación pública por parte de los profesionales de la disciplina. Sin entrar en detalle a valorar la veracidad de los datos y contenidos del «escrito» en cuestión, dos observaciones de conjunto nos parecen útiles para diseñar nuestro «modelo» de análisis historiográfico. La primera es relativizar el evidente pesimismo de los autores, producto sin duda de la comparación frecuente con la situación de la Historia Antigua en otros países de nuestro entorno cultural o geográfico, que cuentan ya con una tradición casi centenaria. Si el criterio hubiera sido comparar la situación «precedente» con la de las dos últimas décadas, por ejemplo, el resultado habría sido más realista. La segunda es que sin remontarse a los «orígenes» difícilmente pueden comprenderse las pautas de nuestra peculiar evolución institucional y científica. Pero es indudable que la situación en que nos encontramos es en buena medida producto de la que nos ha precedido y que, en cierto modo, condiciona también nuestro futuro inmediato. Nada que objetar sin embargo a la necesidad de realizar importantes innovaciones académicas que contribuyan a «racionalizar» la desigual distribución de medios y profesionales en determinados campos o líneas de investigación<sup>13</sup>.

<sup>6</sup> Por lo que se refiere a la Historia Antigua, véase *infra* el cuadro del apdo. 4, donde se recogen los centros en que la «historiografía antigua y moderna» (col. IX) constituye una de sus líneas prioritarias de investigación.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo: Ch.-O. Carbonell, *Histoire et Historiens*, Toulouse, 1976; los *Contributi* (I-VIII) de A. Momigliano (y ahora C. Dionisotti, *Ricordo di Arnaldo Momigliano*, Bolonia, 1989); M. Mazza, «Marxismo e storia antica. Note sulla storiografia marxista in Italia», *Studi Storici* 1976, pp. 100-125 (y ahora K. Christ, «Arnaldo Momigliano e la storiografia tedesca dell'antichità», *Riv. Stor. Ital.* 1988, pp. 313-325); en general la conocida obra de M. Finley y E.P. Thompson, entre otros; *History and Theory, American Journal of Ancient History*; M. Raskolnikoff, *La Recherche en Union Soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Estrasburgo, 1975; y recientemente P. Oliva-J. Burian, «Die Prager, Altertumswissenschaft und soziale Probleme der Antike» *Klio* 71, 1989, pp. 477-486.

<sup>8</sup> Sobre todo K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, Munich, 1982.

<sup>9</sup> Véanse en general las observaciones de G. Bowersock en *History and Theory* 23, 1984, p. 378.

<sup>10</sup> *Tendencias en historia*, Encuentro en la UIMP (julio de 1988), Madrid, 1990.

<sup>11</sup> «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua», *Ibid.*, pp. 19-26.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 19.

<sup>13</sup> *Ibid.* pp. 22-23.

En cambio nuestro modelo de análisis, que ha sido expuesto con detalle en otra ocasión<sup>14</sup>, se centra en la combinación de dos variables básicas para definir la ubicación (el *locus*) de una disciplina académica en el ámbito institucional y científico. En este sentido, es evidente que la Historia Antigua, casi desde sus orígenes, ha acusado la bipolaridad de encontrarse vinculada no sólo con las restantes «ciencias históricas», sino también —e incluso más estrechamente— con las llamadas «ciencias de la Antigüedad» (en especial Arqueología y Filología Clásica) hasta el punto que los nuevos «departamentos» universitarios se han constituido generalmente como asociación de la Historia Antigua a éstas y sólo excepcionalmente a aquéllas<sup>15</sup>, situación que contribuye a agudizar el problema de la separación entre el ámbito institucional y científico de la Historia Antigua. Pero esta situación no es nueva. De hecho, la evolución de la Historia Antigua en España es la historia de una «aproximación» entre ambos, lo que significa que en ningún momento estos ámbitos han estado completamente «separados», pero tampoco plenamente «identificados», ni siquiera ahora.

Finalmente, el modelo aquí propuesto contempla el análisis de la evolución de la disciplina como una forma de historiografía<sup>16</sup> pretendiendo completar la historia intelectual o académica, entendida con frecuencia como un mero «sistema de estrategias» atendiendo esencialmente a la movilidad de los profesionales de la disciplina y a sus posibilidades de promoción<sup>17</sup>.

### 3. Las pautas de una evolución

Los escasos veinticinco años que nos separan de la creación de las primeras cátedras específicas de la disciplina convierten a la Historia Antigua en la más joven de nuestras disciplinas históricas. Por ello el año 1965 constituye un *terminus post quem* significativo, aunque el conocimiento histórico de la Antigüedad, unido al de materias afines, llevara impartándose más de medio siglo en las universidades españolas. No obstante, en este largo decurso se aprecian con claridad tres fases o etapas diferentes con una cierta uniformidad desde el punto de vista disciplinar.

La primera fase (1900-1965), en apariencia excesivamente larga, se justifica por el hecho de que la Historia Antigua no fue una disciplina autónoma desde el punto de vista académico ni científico, bien porque la actividad docente e investigadora recayó en titulares de varias áreas históricas (Historia Antigua y Media, Prehistoria e Historia Antigua), bien porque los responsables no eran de hecho «historiadores»

<sup>14</sup> G. Bravo, «Hechos y teoría en Historia (Antigua)», *Gerión* 3, 1985, pp. 19-41.

<sup>15</sup> En la estructura de los nuevos Departamentos, salvo pocas excepciones, la Historia Antigua constituye una «sección departamental» vinculada generalmente con áreas filológicas y arqueológicas, e incluso en la Universidades de Zaragoza, Cantabria y País Vasco (Vitoria) entre otras, se ha creado el «Departamento de Ciencias de la Antigüedad» que, naturalmente, incluye el área de Historia Antigua.

<sup>16</sup> «Historiografía» definida en sentido amplio, en los términos en que la entiende M. Finley, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, p. 81, como crítica de opiniones, enfoques y hábitos mentales recibidos.

<sup>17</sup> *Vid.* en este sentido H. Coteau-Begaric, *Le Fenomene «Nouvelle Histoire». Strategie et idéologie des nouveaux historiens*, Paris, 1983, espec. pp. 5-33 y el cap. IV («Le groupe: structures et institutions. Strategie interne»), pp. 245 ss. En la misma línea J. Remesal, *op. cit.*, p. 316 argumenta que sólo 1/3 de los actuales titulares podrán acceder a una cátedra universitaria.

sino prehistoriadores como Bosch-Gimpera o Pericot, arqueólogos como García y Bellido, Taracena o Gómez Moreno, lingüistas como Tovar, antropólogos como Caro Baroja o, en fin, juristas como D'Ors<sup>18</sup>. No obstante el legado de estos investigadores está aún vivo en la producción historiográfica reciente. Ellos contribuyeron a sentar las bases de la Historia Antigua de hoy tanto como los propios historiadores, excepción hecha quizá de Montero Díaz, cuyo largo magisterio (1936-1981) en Murcia, Barcelona y Madrid<sup>19</sup> rebasa ampliamente los marcos cronológicos aquí propuestos.

Hacia mediados de siglo la influencia alemana se deja sentir en la historiografía española. El método positivista se implanta con fuerza por varias razones. En primer lugar debido a su adecuación a la lectura filológica y crítica de la documentación histórica, característica que aún hoy es dominante en la historiografía neopositivista. Por otra parte, no hay que olvidar el hecho de que muchos de estos profesores mantuvieron un estrecho contacto con las universidades alemanas, de donde importaron no sólo el método científico sino también la renovación de las prácticas docentes con la implantación de los conocidos «Seminarios» en la Universidad o en el recién creado «Instituto de Arqueología «Rodrigo Caro» en el C.S.I.C. de Madrid<sup>20</sup>. Finalmente, aunque no menos importante, la situación política no era proclive a la introducción de otras tendencias más progresistas como el cuantitativismo anglosajón, que apuntaba hacia la realización de estudios de historia económica ni, por supuesto, el marxismo, que se veía más como un arma ideológica que como un método de análisis histórico<sup>21</sup>. No obstante, ni el empirismo anglosajón de un Toynbee ni el positivismo germano de un Spengler fueron aceptados sin reservas por los historiadores españoles<sup>22</sup>, que parecían abocados a buscar una tercera vía siguiendo el ejemplo de los Annales en la historiografía francesa. Pero allí fue una respuesta contra el marxismo mientras que aquí éste, en la década de los 60, era considerado todavía la alternativa al predominio positivista. De estos años proceden

<sup>18</sup> Ante la inexistencia de estudios historiográficos concretos, a menudo es preciso acudir a las «introducciones», «prólogos», «homenajes» o semblanzas necrológicas para encontrar datos académicos o referencias personales sobre la trayectoria seguida por estos investigadores. Sobre ellos: G. Pasamar-I. Peiró, *op. cit.*, pp. 36ss.; *Homenaje a García y Bellido*, Cuadernos de la Fundación Pastor 20, Madrid, 1975; F. Presedo, «In memoriam» en *Homenaje a Marcelo Vígil Pascual*, Salamanca, 1989, pp. 11 ss.; y ante todo la «Introducción» de la obra de J. Arce, *España entre el mundo antiguo y el mundo medieval*, Madrid, 1988, pp. 20 ss., y ID., «Roma en Hispania, una historia tópica» en *Libros* 8, julio-agosto, 1982, pp. 9-11. De esta primera «generación» sólo viven J. Caro Baroja y A. D'Ors.

<sup>19</sup> S. Montero Díaz nació en 1911; concluyó sus estudios universitarios en la Universidad de Santiago en 1929; en 1936 obtuvo la cátedra de «Historia Universal Antigua y Media» de la Universidad de Murcia, y durante 1941 las correspondientes de la de Barcelona y la Universidad Complutense de Madrid, en la que permaneció hasta su jubilación en 1981. Murió en 1985. Cf. G. Bravo, «Introducción» en S. Montero Díaz, *Estudios sobre pensamiento antiguo e historiografía*, Lérida, 1988, pp. 12 ss.

<sup>20</sup> El actual «Instituto de Historia Antigua y Arqueología» del CEH es el resultado de una larga evolución, que arranca de la creación del «Instituto de Prehistoria y Arqueología «Rodrigo Caro»» del C.S.I.C. en 1951 por A. García y Bellido; su separación posterior reducido a «Instituto de Arqueología» y su reciente adscripción a Historia Antigua. Cf. A. Blanco Freijeiro, «García y Bellido, fundador del Instituto Español de Arqueología» en *Homenaje a Antonio García y Bellido*, Madrid, 1975, pp. 29 ss.

<sup>21</sup> Sobre el desarrollo de estas tendencias en la historiografía de este siglo, *vid.* J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, pp. 185 ss.

<sup>22</sup> Es la tesis defendida en su día en un artículo escasamente divulgado de S. Montero Díaz, «Ni Spengler ni Toynbee», *Boletín del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca* 25, 1960, pp. 69-100, pero recogido ahora en *Estudios sobre pensamiento antiguo e historiografía*, *loc. cit.*, pp. 55-88.

las primeras investigaciones marxistas españolas aplicadas a la historia de la Antigüedad<sup>23</sup>, que sin duda no fueron ajenas a la reciente recepción tanto de manuales soviéticos como los de Struve y Kovaliov (1964) cuanto a las monografías de historiadores marxistas como G. Thompson, sobre la evolución de la sociedad griega, y los estudios de E.A. Thompson sobre las revueltas campesinas tardorromanas<sup>24</sup>.

La segunda fase (1965-1975), aunque de corta duración, es sin embargo clave para comprender la evolución de la Historia Antigua en el peculiar entramado de relaciones institucionales y adscripciones científicas. Esta etapa se encuentra enmarcada entre dos hechos institucionales de significación desigual; uno, general: creación de las primeras cátedras autónomas de «Historia Antigua Universal y de España» y de «Historia de España Antigua», desligadas de sus tradicionales afines (Historia Universal, Historia Media, Prehistoria y Arqueología); otro, particular: por primera vez un historiador no procedente del área filológica accede a las nuevas «agregaciones» (de hecho, cátedras inmediatas mediante simple concurso de traslado) de «Historia Antigua».

A nadie se le oculta la trascendencia institucional del primer dato referido aquí, que tendría consecuencias inmediatas en la configuración científica de los profesionales y máximos responsables de la disciplina en la docencia e investigación españolas de los próximos años. En efecto, este decenio podría ser definido como de pleno dominio filológico por varias razones. En primer lugar, porque los «nuevos» responsables de la docencia de Historia Antigua procedían sin excepción de la filología clásica aun cuando en su trayectoria académica acumularan también conocimientos y experiencia arqueológica. En segundo lugar, porque la desvinculación generalizada de otras materias afines convirtió a la Historia Antigua en la disciplina idónea para las nuevas promociones de filólogos que, en parte debido a sus conocimientos de lenguas clásicas, en parte por la escasa atracción de la Historia Antigua entre los Licenciados en Geografía e Historia, constituyeron la cantera básica de los nuevos profesionales de la disciplina hasta entrados los 80. A esta etapa corresponde también el auge del «grupo salmantino», cuyas características institucionales y científicas hemos tratado en otra ocasión<sup>25</sup>.

Desde el punto de vista historiográfico, esta etapa, que se abre con los expedientes académicos a profesores universitarios implicados en las protestas estudiantiles de febrero de 1965, entre los que se encontraba Montero Díaz, corresponde en realidad al último decenio del régimen franquista, es decir al recrudecimiento de la «persecución» ideológica. Esta peculiar situación política tuvo importantes consecuencias también en la historiografía española, puesto que la implantación de nuevas corrientes tímidamente introducidas, como el marxismo y el pensamiento libertario europeo, se demoraría todavía durante algunos años. Entretanto, el debate necesario

<sup>23</sup> Entre éstas destacan los trabajos de A. Barbero y M. Vigil «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio Romano hasta la invasión musulmana», en *BRAH* 1965, pp. 271-339, recogido más tarde en *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, 1974, pp. 13-104.

<sup>24</sup> Sobre la incidencia de este tipo de estudios, *vid.* G. Fatás, *Sobre algunos manuales soviéticos de Historia Antigua*, Zaragoza, 1974.

<sup>25</sup> En nuestra interpretación el «grupo salmantino» de Historia Antigua no es un grupo regional sino académico caracterizado por su movilidad y la aparente disparidad de líneas de investigación seguidas por sus 24 componentes (hasta 1988): cf. cuadro en nuestro trabajo «Elementos para un estudio de las tendencias...» (*cit. supra* n.º 3).

que suele acompañar a estos fenómenos de implantación se realizó, en el mejor de los casos, clandestinamente, aunque en muchos otros se optaría por una reflexión personal que pesa todavía en nuestra peculiar configuración historiográfica, difícilmente adscribible a cánones u ortodoxias de cualquier signo.

La tercera fase (1975-1990), con el límite necesario de la actualidad, no es sin embargo una etapa enmarcada arbitrariamente, dado que en gran medida la situación de la Historia Antigua, hoy, es la resultante de la conjunción de una serie de fenómenos institucionales, académicos y científicos, que no existían de hecho en la etapa precedente. Pero si hubiera que definir genéricamente esta fase, la caracterizaríamos como inversión de las tendencias, puesto que en ella se han «invertido» muchos de los supuestos existentes en las anteriores. En efecto, desde la implantación de los nuevos planes de estudio de las Facultades de Geografía e Historia, entre 1975 y 1980 se instauró la especialidad de Historia Antigua en algunas universidades españolas. Se completaba así la evolución institucional iniciada en la fase precedente, cuyo efecto inmediato fue «reclutar» a los nuevos profesionales de la disciplina de las primeras promociones de la especialidad. Aun así, ninguno de éstos ha obtenido todavía una cátedra de Historia Antigua<sup>26</sup>, debido en parte a la evidente desaceleración del ritmo de promoción en los últimos años, en parte también por la insuficiente dotación de cátedras de Historia Antigua en beneficio de las nuevas Titularidades. Incluso más, en algunas universidades, como en la de Barcelona, la cátedra de Historia Antigua se ocupó por primera vez tan sólo hace dos años, en 1988.

Por otra parte, ha cambiado sustancialmente la formación básica de los nuevos profesionales de la disciplina, que —salvo excepción— provienen del área histórica, cumpliéndose así el requisito reclamado por P. Lèveque para los historiadores de la Antigüedad: «formación histórica de base» aparte de conocimientos suficientes de latín, griego y algunas ciencias instrumentales y sociales<sup>27</sup>. Pero he aquí el problema al que ahora nos enfrentamos. El carácter subsidiario de la formación filológica de los nuevos historiadores de la Antigüedad, salidos de las recientes promociones de Historia Antigua, resuelve parcialmente el tradicional problema de identidad científica de la disciplina, pero plantea otros de no fácil solución en el diseño de los nuevos Planes de Estudio y, sobre todo, en la definición académica y científica de la Historia Antigua en los próximos años. «Académica», porque la vinculación tradicional con las llamadas «ciencias de la Antigüedad» ha sido y es provechosa para enriquecer nuestros conocimientos sobre el mundo antiguo; «científica», porque en tanto que «historia» nuestra disciplina no puede ni debe renunciar a su *locus* específico como área histórica y, por añadidura, aporta y tiene mucho que aportar a la reflexión teórica y metodológica de la Historia. Además, muchos de los nuevos «historiadores» consideran más importante para el avance de la Historia Antigua su formación histórica e historiográfica que el conocimiento de las ciencias instrumentales, con las que en algún momento deben familiarizarse. Y en general éstos suelen denunciar las deficiencias teóricas y metodológicas que acusan en su formación; todo

<sup>26</sup> *Vid.* cuadro de grupos (*infra* apdo. 4).

<sup>27</sup> P. Lèveque, «Problemas teóricos de la historia y sociedades antiguas», (*Nouvelle critique*, 1972), en *La historia hoy*, Barcelona, 1976, pp. 86-87. Pero recientemente M. Finley, *Historia Antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona, 1986, pone especial énfasis en el conocimiento de las fuentes arqueológicas y documentales.

lo cual debería conducirnos a una reflexión ponderada a los actuales profesionales de la disciplina. Sin embargo, el problema no es nuevo y, en cierto modo, caracteriza a la historiografía española de nuestro siglo.

La peculiar evolución política e ideológica ha hecho que las corrientes europeas cuajaran sólo tardíamente y con escasa intensidad entre nosotros. El paradigma de este fenómeno ha sido, quizá más que cualquier otro, el marxismo. Introducidas tímidamente hasta mediados de los 70, las corrientes marxistas dominaron el panorama historiográfico español durante el decenio siguiente. Por lo que se refiere a la Historia Antigua, la muestra más clara de esta preocupación por la problemática teórica en el estudio y conocimiento de la Antigüedad tal vez sea los trabajos debatidos en los primeros Coloquios de Historia Antigua, en Oviedo (1977/78/79)<sup>28</sup>, que sirvieron de plataforma a toda una nueva generación —si no a varias— de historiadores de la Antigüedad. El resultado de aquellos largos debates y discusiones sirvió al menos para esclarecer posiciones teóricas y metodológicas, para revisar ciertos tópicos historiográficos y, como ha sido justamente observado, para el despegue de las «universidades periféricas»<sup>29</sup>. Además, la relectura de algunos de aquellos trabajos a 1990 acusa todavía un cierto dogmatismo en la concepción marxista de la historia, que desaparecería prácticamente en los años siguientes. En realidad, aunque en menor escala, aquellos enfrentamientos científicos ocultaban posicionamientos ideológicos similares —a la inversa— a los denunciados por Finley a propósito de alemanes contra soviéticos en el Congreso de Ciencias Históricas de Estocolmo de 1960<sup>30</sup>. Pero el balance fue sin duda positivo a pesar de los marxismos enfrentados, del estructuralismo mal entendido como marxismo o viceversa, de la ortodoxia, la heterodoxia o el revisionismo. Si acaso la única nota negativa fue que, como en tantas otras ocasiones, no se llegó al consenso deseado. Pero éste sigue siendo un auténtico *desideratum* en cualquier tipo de historiografía.

Finalmente, en nuestra historiografía actual predomina un cierto eclecticismo metodológico en el que se combinan métodos de investigación «positivistas» con planteamientos e interpretaciones «marxistas» o «estructuralistas» que minimizan, en muchos casos, la importancia de los resultados. Aunque es cierto que afortunadamente no todo es eclecticismo en Historia Antigua, son pocos los profesionales que a lo largo de su trayectoria historiográfica han mantenido una continuidad indiscutible en sus investigaciones en términos metodológicos, sin concesiones a mimetismos ideológicos o científicos de cualquier signo. Por el contrario, constituyen mayoría aquéllos que en su trayectoria han seguido diversas pautas metodológicas, no sólo por el tipo de temas tratados sino también por los diferentes métodos de análisis utilizados. De este modo el eclecticismo, tal como aquí lo entendemos, no tiene una valoración exclusivamente negativa, sino que a menudo indica solamente la forma

<sup>28</sup> Publicados en *MHA I-1977: Estructuras sociales durante la Antigüedad*, Oviedo, 1978 (donde pueden encontrarse planteamientos marxistas encontrados, desde la ortodoxia (J. Luelmo, C. González Román, J. Fernández Ubiña, A. Ruiz Rodríguez, A. Prieto) al revisionismo crítico (entre otros, G. Fatás, G. Bravo, L. García Moreno), junto a estudios neopositivistas, la mayoría. Pero en *MHA II-1978: Colonato y otras formas de dependencia no esclavistas*, Oviedo, 1980, este tipo de planteamientos es tan sólo excepcional, como sí, en aquel momento, «marxismo» se identificara con «esclavismo antiguo».

<sup>29</sup> Debo esta interesante observación a la intervención en el coloquio del Prof. A. Duplá (UPV).

<sup>30</sup> Vid. M. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, 1982, pp. 78 ss.

en que se ha realizado la adaptación a las nuevas corrientes historiográficas, sin perjuicio de que tal adaptación haya propiciado avances notorios en algunos campos de la investigación así como la promoción de otros «nuevos» o relativamente recientes en nuestro tradicional panorama historiográfico<sup>31</sup>. Pero la cuestión que se plantea es si estas actitudes son sólo producto de las inevitables «modas» historiográficas o, por el contrario, son el preludio de un desarrollo diferente, que permita a la Historia Antigua estar presente en los debates historiográficos que hoy preocupan a otras áreas de investigación histórica. La reciente preocupación por el tema de «la mujer en el mundo antiguo» es paradigmático en este sentido<sup>32</sup>. No obstante, cabe preguntarse si se han estudiado adecuadamente los temas tradicionales, si se han agotado las vías de análisis, si, en definitiva, los resultados de la investigación precedente son satisfactorios. Naturalmente, a estas cuestiones se darán respuestas diferentes dependiendo de la experiencia y responsabilidad de cada uno. Pero la opinión más difundida, tanto entre profesores como alumnos, es que hemos cubierto con rapidez etapas que habría sido conveniente explotar más; dicho de otro modo, que en muchos temas «estamos de vuelta sin haber llegado» o que «tomamos el café sin haber comido la sopa», expresiones que denuncian la falta de un orden lógico en la evolución; no obstante, las excepciones —que las hay— a esta tendencia constituirán la prueba en el futuro a la hora de valorar el camino correcto a seguir en esta encrucijada historiográfica.

Por tanto el panorama historiográfico actual es ante todo complejo y difícilmente definible en términos de etiquetas, individuales o de grupo. Resulta más esclarecedor presentar un balance aproximado de los campos o líneas de investigación prioritarios en la Historia Antigua en las distintas universidades y centros de investigación españoles.

#### 4. A modo de balance: Historia Antigua e Historiografía (1965-1990)

En un ensayo historiográfico de estas características debe abordarse también, aunque sea de forma sucinta, el controvertido problema de las «escuelas» en términos específicos. Por lo que se refiere a la Historia Antigua de las dos últimas fases, hay distintas versiones entre profesores y alumnos. Pero la opinión más generalizada —y probablemente la más realista— es que en España no ha habido, de hecho, «escuelas»<sup>33</sup>, si por éstas se entiende la existencia de grupos coherentes de investigación definidos no sólo por su carácter generacional sino también por una cierta continuidad conceptual y metodológica, así como por un interés común en la selección de temas o líneas de investigación prioritarias (LIP, *infra*, sin perjuicio de necesarias revisiones y aportaciones de «nuevos» campos historiográficos). Es preciso reconocer que tales condiciones no se cumplen *in toto* en nuestro actual panorama

<sup>31</sup> Cf. *infra* cuadro de *Líneas de investigación prioritarias* (LIP) en los centros de investigación españoles de Historia Antigua.

<sup>32</sup> De todos es conocido el eco de los recientes Coloquios sobre la Mujer en la Historia. En la actualidad existen Seminarios o Institutos permanentes para el estudio de la Mujer en la Antigüedad en las universidades de Granada, Cantabria, Autónoma de Barcelona y Autónoma de Madrid, entre otras.

<sup>33</sup> Cif. *supra* n.º 5.

historiográfico. Pero esta situación no es peculiar de la Historia Antigua sino que define asimismo la de otras áreas historiográficas con mayor peso y tradición en nuestro país. Incluso más, dada la «juventud» de nuestra Historia Antigua, sería razonable pensar que la falta de «escuelas» *sensu stricto* se debe a que nos encontramos todavía en el proceso de configuración, sin que se haya producido el necesario relevo generacional. Pero esto no es cierto y algunos datos parecen indicar lo contrario. En efecto, en la actualidad los primeros catedráticos de Historia Antigua han cubierto prácticamente su periodo ordinario de docencia<sup>34</sup> y, no ya sus primeros discípulos, sino alumnos de éstos ocupan «titularidades» —y en algún caso «cátedra»— desde hace varios años. Por esta razón, frente a la tesis de la inexistencia de «escuela» o «escuelas» dentro de un grupo generacional, es conveniente distinguir al menos tres grupos generacionales académicos y varios grupos regionales con características científicas bien definidas.

En el primer caso, en el actual profesorado universitario de Historia Antigua concurren tres «grupos generacionales» con independencia de su status académico (catedráticos (C), titulares (T), profesores no numerarios (P) y los alumnos (A) de los diversos ciclos académicos):

Grupos	Indicador	Secuencia	Status			
			1965	1973	1986	1988
I	C1	1965-1990	C1	C2	C3	
	T1	1970-1990	T1	T2	T3	T4
	P1	1967-1990	P1	P2	P3	P4
	A1	1965-1990	A1	A2	A3	A4
II	C2	1973-1990	A2	A3	A4	
	C3	1986-1990	A3	A4		
III	T4	1988-1990	A4			
			1990	1990	1990	1990

Esta evolución revela además dos hechos significativos. En primer lugar, en los últimos años ha aumentado considerablemente la edad normal de acceso a la «cátedra»<sup>35</sup> y en el profesorado de esta categoría es mayoritario el segmento superior a los 45 años. En segundo lugar, el incremento paralelo de «titularidades» ha hecho que en este sector constituyan minoría los mayores de 37, esto es, no licenciados en Historia Antigua sino procedentes de otras ramas (Filología, Arqueología, Historia, Filosofía). Por lo que resulta evidente que se ha frenado la promoción de estos profesionales en un doble sentido. De un lado, los «viejos» Adjuntos —hoy Titulares— que se integrarían en C2 y C3. De otro lado, la de los «nuevos» Titulares, que pasa-

<sup>34</sup> M. Vigil (USa, m. 1986); A. Montenegro (UVa) y F. Presedo (USe), ya jubilados; J. M. Blázquez (UCM) concluye su docencia en el presente curso académico.

<sup>35</sup> Resulta significativo que el catedrático más joven de Historia Antigua tenga en la actualidad 39 años (J. Santos, UPV) cuando en la última década la edad normal de acceso a la cátedra oscilaba entre los 30 y 35 años.

rían a constituir el C4, hasta ahora inexistente, porque el ritmo de provisión de cátedras en la última década ha sido mucho menor que la dotación de titularidades. Esta desproporción revela un incremento global muy superior a la relación 1:3, que es la legalmente establecida para mantener la proporcionalidad entre ambas en departamentos y facultades. Además, la situación se ha agravado porque sólo en la última década el número de cátedras dotadas se ha duplicado pasando de 14 en enero de 1982 a 28 en diciembre de 1988 y a 30 en la actualidad, de las cuales sólo 25 están ocupadas<sup>36</sup>.

Por el contrario, desde 1985 el número de titularidades se ha cuadruplicado, lo que arroja un balance de más de un centenar de profesionales de la disciplina y una relación de proporcionalidad global con el número de cátedras ocupadas superior a 1:4. Por ello las posibilidades de promoción han disminuído notoriamente en los últimos años. Pero este estancamiento no sería relevante a nivel institucional si no incidiera negativamente reduciendo las expectativas profesionales de las nuevas promociones de «historiadores de la Antigüedad», habida cuenta de que muchos departamentos se aproximan ya al «techo» de dotaciones de plazas —si no lo rebasan— conforme a los módulos de asignaciones presupuestarias del MEC y los criterios de redistribución de la carga docente en departamentos y facultades.

En cuanto a los grupos regionales, su constitución es compleja, a menudo coyuntural, dependiendo básicamente de la movilidad del profesorado y la prioridad de determinadas líneas o campos de investigación. Estos criterios nos han permitido diseñar a modo de *exemplum* en otra ocasión la entidad del «grupo salmantino» de Historia Antigua, posiblemente el más numeroso, pero sin duda el más representativo desde el punto de vista institucional, dado que 12 (o 13) de sus miembros ocupan en la actualidad «cátedra» (o equivalente) de las 25 ocupadas en la actualidad, esto es, el 50% (o más) de los puestos de mayor responsabilidad en la disciplina<sup>37</sup>. Respecto a otros grupos regionales, tal estudio no ha sido, que sepamos, ni siquiera intentado, aunque tal vez habría que recurrir a agrupar universidades por ámbitos regionales marcados (las del Norte peninsular, las andaluzas, las madrileñas, las castellanas o catalanas) para contar con una representatividad similar. No obstante, algunos centros como Zaragoza, Sevilla o Granada cuentan ya con suficiente entidad para esbozar su reciente y peculiar evolución<sup>38</sup>.

El panorama actual, institucional y científico, de la Historia Antigua en España se desprende de la interpretación y valoración que se dé a los datos aquí recogidos<sup>39</sup>:

<sup>36</sup> Vid. el Catálogo publicado por el MEC: *Recursos Científicos. vol. 3.- Catedráticos de Universidad.*, Dirección General de Política Científica, Madrid, 1982, pp. 89-90. Cf. también cuadro de LIP (infra).

<sup>37</sup> Remitimos a nuestro «Elementos para un estudio...», *loc. cit.*

<sup>38</sup> Desde hace algunos años hemos recogido información personal y documental con vistas a la elaboración de un estudio sistemático de la evolución de la Historia Antigua en España, estudio que en estos momentos se encuentra ya muy avanzado.

<sup>39</sup> El código utilizado para las columnas de LIP es el siguiente: I = Pueblos prerromanos en España; II = Religiones antiguas; III = República romana; IV = Bajo Imperio Romano; V = La mujer en la Antigüedad; VI = Economía y sociedad de la Hispania romana; VII = Municipalización de Hispania; VIII = Prosopografía romana; IX = Historiografía moderna sobre el mundo antiguo; X = Conflictos sociales; XI = Mundo griego; XII = Pueblos, culturas y sociedades del Próximo Oriente antiguo. En los casos negativos, el único criterio corrector finalmente aplicado ha sido la falta de continuidad en publicaciones «de esa línea» durante la última década.

Cátedras		Líneas de investigación prioritarias (LIP)												Total	
Ctro.	ocup. dot.	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII		
CEH	—	—	X	X	X	X		X	X		X		X		8
UA	1		X					X	X	X					4
UAH	1		X			X	X	X	X	X	X	X	XI		9
UAB	—	—	X	X			X	X	X		X	X	X		8
UAM	1		X	X	X	X	X	X		X	X		X	X	10
UB	1		X		X	X		X		X				X	6
UCa	1		X			X		X			X	X			5
UCan	2		X	X	X	X	X	X	X	X	X	X			10
UCLM	—	—	X	X				X	X						4
UCM	4		X	X	X	X	X	X	X	X	X	X	X	X	12
UCo	1				X			X	X	X		X			5
UEx	—	1	X	X	X			X	X						5
UGr	—	1	X	X	X	X	X	X	X		X	X			9
ULag	—	—		X				X					X		3
ULe	1		X					X	X		X	X			5
ULP	—	—		X			X								2
UMa	—	1	X		X			X	X		X				5
UMu	1		X	X		X		X	X		X			X	7
UNED	1		X	X		X	X	X	X			X	X	X	9
UO	1		X	X		X		X	X		X	X		X	8
UPM	1				X			X			X	X			4
UPV	1		X		X		X	X	X	X			X		8
USa	1		X		X	X		X	X	X					6
USan	1		X	X				X	X		X	X	X		7
USe	1	1	X	X	X			X	X	X	X	X		X	9
UV	1		X	X	X	X		X	X	X			X		7
UVa	1	1	X		X	X		X	X	X					6
UZ	2		X	X	X	X		X	X	X	X			X	10
	25	5	23	17	16	15	10	27	22	11	18	14	10	8	

Pero estos datos son susceptibles de varias «lecturas»<sup>40</sup>.

No obstante, es evidente que la dedicación a temas del Oriente Antiguo y mundo griego es claramente inferior a la de Roma y ante todo a la España antigua, cuyo estudio, con prioridad de los ámbitos regionales próximos, está presente en la práctica totalidad de las universidades y centros de investigación españoles. Pero las diferencias no son importantes si se tienen en cuenta dos criterios correctores: uno, la escasa tradición de la Historia Antigua en universidades de reciente creación; dos, la

<sup>40</sup> Podría hacerse incluso una lectura a la inversa de la que aparentemente sugieren los resultados, entendiéndose que la «concentración» en pocas LIP obedece a dos razones bien distintas: en unos casos, a la escasa entidad del centro de investigación computado, tanto en medios materiales como en dotación de personal; en otros casos, a la existencia de un grupo coherente de investigación especializado en el tratamiento de algunos temas. Por el contrario la «dispersión», aunque puede resultar fecunda en algunos casos, en general responde a las razones inversas a las anteriores.

desigual dotación de plazas de Historia Antigua en unas y otras. Por ello la aparente dispersión de las LIP en algunos departamentos se corresponde con una mayor dotación de personal, en algunos casos, pero define también —salvo excepciones— la estructura de la investigación en nuestra disciplina, a pesar de que las líneas de investigación seleccionadas no sean «todas» las existentes en la actualidad, aunque sí las más representativas.

No obstante, este cómputo estimativo, realizado sobre la base de los temas de las tesis doctorales presentadas y la existencia de publicaciones en forma de monografías, artículos o colaboraciones en Congresos y reuniones científicas similares, arroja un balance positivo en términos cuantitativos que, sin embargo, no se corresponde con nuestra escasa presencia en los proyectos de investigación internacionales. Lograr que «fuera» se reconozcan las indudables aportaciones de la historiografía española al avance de la historia de la Antigüedad es un reto que nos implica a todos, a profesores y alumnos. Pero no veo otra forma de conseguirlo, si no es superando las múltiples barreras, institucionales y científicas, que durante decenios han obstaculizado el libre desarrollo de la disciplina, un compromiso que afortunadamente ya han asumido muchos de los «nuevos» historiadores de la Antigüedad. Aunque es cierto que la presencia española se ha afianzado notablemente en los últimos años (al menos tres misiones arqueológicas en el extranjero —en Egipto y Roma— y la importante colaboración española en dos proyectos epigráficos —revisión del *CIL* II y de la Lusitania romana—), nuestra contribución es de hecho insuficiente, aislada y a nivel personal. De nosotros y, ante todo, de la próxima «generación» de historiadores depende que nuestra Historia Antigua, la que aquí practicamos, sea reconocida sin prejuicios en su justo valor por la comunidad científica internacional. Es sano reconocer las propias limitaciones, pero mera presunción creer que lo ajeno es casi siempre mejor que lo propio o viceversa. Eso es algo que sólo puede probarse mediante el análisis historiográfico de nuestra peculiar evolución, que en gran medida está por hacer.

## INDICE DE NOMBRES

- Abril, P. S.: 19  
Academia Desconfiada (Barcelona): 45  
Academia de Buenas Letras (Barcelona): 37, 40, 41, 44, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54  
Accame, S.: 68, 71  
Agustín, A.: 20, 41, 43, 49  
Agustín (de Hipona): 22  
Ahlheid, F.: 71  
Ainaud i de Lasarte, J.: 39  
Alcalá de Henares: 20, 22  
Alcoberro, A.: 39  
Alemania: 15, 17, 57-80  
Alessandro (Magno): 69  
Alteglid, W.: 62  
Altheim, F.: 65  
Amberes: 28, 29  
América: 15  
Amilcar (Barca): 46  
Amsterdam: 47  
Anacreonte: 34  
Anderson, J. G. C.: 73  
Andreotti, R.: 66  
Andrés, G. de: 40  
Andreu, J.: 59  
Annales (escuela de): 16, 17, 85  
Annio de Viterbo: 38, 46  
Antiochia: 71  
Antioquía de Pisidia: 71  
Antonio, N.: 20  
Antonio Astráin, S. J.: 31  
Aquaviva, P. C.: 31  
Aragón: 42, 51, 54  
Arangio Ruiz, V.: 71  
Arce, J.: 10, 83, 85  
Archiduque Carlos: 45  
Arias Montano, B.: 28, 29, 30  
Aristóteles: 19, 22, 24  
Arnold, B.: 57, 79  
Arqués, S.: 51  
Arsace: 70  
Asensio, D.: 45, 46  
Astorga: 30  
Astráin, A.: 31  
Atenas: 39, 67  
Augusto: 63, 66, 71, 72, 74, 75  
Aulestia i Pijoan, A.: 55  
Avieno, Rufo Festo: 43  
Bactria: 70  
Badalona: 41  
Badía i Margarit, A. M.: 54  
Balaguer, V.: 53, 54  
Balcells, A.: 54  
Ballester, R.: 37, 39  
Banfi, A.: 61  
Barà: 41  
Barbero, A.: 86  
Barca (Cartago): 44  
Barcelona: 37, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 48, 51, 52, 85, 87, 89  
Barellas, P.: 51  
barón de la Linde: v. Manuel de Terán  
Barret-Kriegel, B.: 37  
Basilea: 64  
Bataillon, M.: 20, 21  
Batllori, M.: 50, 54

Becker, C.: 77  
 Belén: 33  
 Beloch, K. J.: 60  
 Below, G. von: 62  
 Beltrán, Fco.: 10  
 Bellpuig: 37, 40, 41, 42, 44  
 Bengtson, H.: 70  
 Béranger, J.: 74  
 Bergnés de las Casas: 40  
 Berlín: 74  
 Bernal, M.: 11  
 Bernheim, E.: 15  
 Berr, H.: 15, 16  
 Berve, H.: 60, 64, 67, 69, 71  
 Bevan: 67  
 Biblia de Vatablo: 25, 26, 27  
 Bikerman, A.: 70  
 Blanco Freijeiro, A.: 85  
 Blanes: 44  
 Blázquez, J. M.: 82, 90  
 Bleicken, J.: 64  
 Bobadilla, P.: 30  
 Bofarull, P. de: 52, 53, 54  
 Bollmus, R.: 79  
 Bolonia: 20, 50  
 Bonn: 62, 65  
 Borbones: 39  
 Boréll II (conde de Barcelona): 53  
 Bosc, A.: 38, 46  
 Bosch-Gimpera, P.: 85  
 Bowersock, G.: 83  
 Boxadors, P. J. de: 47  
 Bracher K. D.: 61, 62, 68  
 Brandenburg, E.: 62  
 Braudel, F.: 16, 18  
 Bravo, G.: 10, 11, 81, 84, 85, 88  
 Brescia: 69  
 Brocke, B. von: 57  
 Brunt, P. A.: 70  
 Buchheim, H.: 73  
 Burck, E.: 77  
 Burckhardt, J.: 69  
 Burian, J.: 83  
  
 Cabanes, J. M. de: 51  
 Cádiz: 54  
 Caerols, J. J.: 10  
 Cagnetta, M.: 66, 67  
 Calatayud: 41  
 Calabrese Comte, R.: 61  
 Calder, W. M.: 57  
  
 Calva, J.: 51  
 Calvino: 30  
 Callies, H.: 73  
 Canfora, L.: 58, 67, 69  
 Cantabria: 89  
 Capmany, A. de: 42, 43, 48, 54  
 Capogrossi Colognesi, L.: 60  
 Carbonell, Ch. O.: 83  
 Caresmar (i Alemany), J.: 42, 43, 44, 48, 54  
 Caro Baroja, J.: 38, 48, 85  
 Carrera i Pujal, J.: 39  
 Carreras, J. J.: 9, 13  
 Carreras i Bulbena, J. R.: 45  
 Casanovas, I.: 39, 40, 41, 47  
 Casas i Homs, J. M.: 38  
 Castilla la Vieja: 26, 51  
 Castillo, J. del: 20  
 Castro, J. L.: 11  
 Castro, L. de: 23, 24, 25, 26, 27, 29, 30, 31  
 Cataluña: 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 54, 55  
 Catania: 66  
 Catilina, Lucio Sergio: 66  
 Cerdaña: 38  
 Cervera: 37, 39, 40, 41, 42, 44, 47, 54  
 César, Cayo Julio: 49, 50, 63, 64, 66  
 Ciaceri, E.: 67  
 Cicerón, Marco Tulio: 19, 34, 64, 66, 69  
 Cirene: 71  
 Cirujano, P.: 55  
 Cisneros (cardenal): 21, 22, 28, 32, 35  
 Closa, J.: 42  
 Colegio de Cordelles (Barcelona): 39, 40, 42, 45  
 Coloquios de Historia Antigua (Oviedo): 88  
 Coll i Alentorn, M.: 38  
 Collel, J.: 38  
 Comendador Griego: 20  
 Como: 63, 70, 71  
 Compañía de Jesús, jesuítas: 30, 31, 40  
 Comte, F.: 38  
 Concilio de Trento: 27  
 condes de Barcelona: 37, 51, 53  
 Conflent: 38  
 Congreso de Ciencias Históricas (1960, Estocolmo): 88  
 Corbera: 38, 46  
 Corona de Aragón: 54  
 Corradi, G.: 66  
 Corredera, E.: 41, 42, 44  
 Cortada, J.: 53, 54

Cortadella, J.: 10, 11, 37  
 Costa, G.: 67  
 Coteau-Begarie, H.: 84  
 Cottone, M.: 61  
 Craig, G.: 61  
 Crifò, G.: 67  
 Cristo: 21, 30  
  
 Checoslovaquia: 83  
 Christ, K.: 11, 57, 59, 60, 63, 64, 65, 67, 71, 73, 74, 76, 83  
  
 D'Ors, A.: 85  
 Dalmases, P. I.: 45  
 David: 22  
 Davis, N.: 14  
 De Francisci, P.: 75  
 De Sanctis, G.: 66, 68, 71  
 De Visscher, F.: 71  
 Dessau, H.: 71  
 Devic, Cl.: 48  
 Dextro, Flavio: 51  
 Deza, Fray D. de: 21  
 Diago, F.: 38, 43  
 Díaz i Sicart, J.: 54  
 Dilthey, W.: 78  
 Dion, Casio: 74  
 Dionisotti, C.: 83  
 Ditmann, G.: 77  
 Doctores de la Iglesia: 19, 29  
 Dómine Cabra: 25  
 Dorca, F. X.: 42  
 Dou, R. Llätzer de: 40, 41  
 Drexhage, H.-J.: 65  
 Drexler, H.: 65  
 Duplá, A.: 10, 11, 57  
 Durán, E.: 38  
 Dussort, H.: 61  
  
 Eberhardt, W.: 76  
 Egipto: 93  
 Ehrenberg, V.: 74  
 Elías de Molins, A.: 41, 42  
 Elías y Robert, A.: 50  
 Elorriaga, M.<sup>a</sup> T.: 55  
 Emborujó, A.: 11  
 Engelbert, G.: 73  
 Erasmo de Rotterdam: 20, 22  
 Escartín, E.: 42  
 Escipiones: 41  
  
 Escofet, J.: 48  
 España: 15, 20, 21, 23, 27, 29, 35, 46, 47, 52, 53, 54, 55, 81, 82, 84, 89, 91, 92  
 Espartero: 40  
 Estados Unidos: 83  
 Estaper, A.: 50  
 Estrabón: 43  
 Estudios Generales: 46  
 Eulalia: 44  
 Europa: 15, 46, 58  
  
 Fatás, G.: 11, 86, 88  
 Faulenbach, B.: 58, 62, 63, 67  
 Febvre, L.: 14  
 Fedeli, P.: 69  
 Felipe II: 23, 28  
 Felipe V: 39, 45  
 Feliu de la Penya, N.: 38, 39, 43, 46, 49, 53  
 Fellner, G.: 60, 61  
 Ferguson, A. B.: 67  
 Fernández de Calderón, A.: 48  
 Fernández Ubiña, J.: 88  
 Fernando VI: 47  
 Fernando VII: 52, 53  
 Ferrabino, A.: 67, 68, 71  
 Ferrary, J. L.: 69, 70  
 Filipo (Macedonia): 67  
 Finestres, D.: 40, 41, 42  
 Finestres, J.: 40, 41, 42, 43, 49  
 Finley, M.: 11, 83, 84, 87, 88  
 Fischer, F.: 61  
 Flach, D.: 70  
 Flórez, B.: 22  
 Flórez, E.: 41, 43, 49  
 Foguet, R.: 41  
 Folch, A.: 39, 41  
 Fonseca, A. de (arzobispo): 22  
 Fontana, J.: 55, 85  
 Francia: 15, 16, 17, 22, 40, 42, 58, 83  
 Francisco Javier: 30  
 Franco Repellini, F.: 65  
 Frank, W.: 76  
 Freedman, P.: 38  
 Frenzel, H.: 63  
 Fuchs, H.: 66  
 Fuente, V. de la: 26  
 Fuente, Fray J. de la: 22  
 Funke, M.: 61, 68  
  
 Gabba, E.: 63, 64, 67, 70, 71  
 García Cárcel, R.: 38

García Moreno, L.: 88  
 García y Bellido, A.: 85  
 Garibay, E.: 11  
 Garnsey, P. D. A.: 70  
 Garzetti, A.: 66  
 Gast, M.: 26, 30  
 Gay, P.: 61, 62  
 Geertz, C.: 17  
 Gelzer, M.: 63, 64, 65, 66, 72  
 George, S.: 63, 74  
 Germania: 58, 59, 60, 61, 66, 67, 68, 77  
 Gerona: 40, 51  
*Geschichte und Gesellschaft*: 17  
 Giannelli, G.: 66  
 Gil, L.: 19, 20, 34  
 Gili Gaya, S.: 38  
 Ginés de Sepúlveda, J.: 22  
 Ginzbourg, L.: 14  
 Giralt, E.: 43  
 Goethe, W.: 64  
 Goetz, W.: 62  
 Gómez Moreno, M.: 85  
 Gómez Pallarés, J.: 10  
 González, D.: 27  
 González, P.: 27  
 González Carvajal, T.: 29  
 González Roman, C.: 88  
 Göttingen: 61, 73  
 Graf Schenk von Stauffenberg A.: 74  
 Grajal, G.: 23, 24, 25, 27  
 Granada: 89, 91  
 Grau, J. M.<sup>a</sup>: 53  
 Grau, R.: 54, 55  
 Grau i Saló, M.: 39  
 Graux, Ch.: 20  
 Grecia: 59, 66, 68  
 Gregorio XIII: 29  
 Groag, E.: 66  
 Gruen, E. S.: 70  
 Grünewald, E.: 63  
 Gudiel, Fray Alonso: 24, 27, 28  
 Guifre el Pilos: 53  
 Guignebert: 32  
 Guilleumas de Rubio, R.: 39  
 Gundolf, F.: 63  
 Günther, H. F. K.: 78, 79  
 Gutiérrez: 51

Haedo, D. de: 27  
 Hammond, M.: 74  
 Hampe, K.: 63

Harris, W. V.: 70  
 Hartmann, L. M.: 60  
 Hasebroek, J.: 67  
 Heichelheim, F. M.: 67, 68, 70  
 Heidelberg: 61, 76  
 Heinze, R.: 65, 66, 71, 72, 73, 77, 78  
 Henstchke, A.: 65  
 Hércules: 46, 48, 53, 54  
 Hermand, J.: 62  
 Hernando, C.: 40  
 Herodes: 33  
 Herodías: 48  
 Herrmann, P.: 62, 73  
 Hirschfeld, O.: 71  
 Hispalense: v. Arias Montano: 28  
 Hitler, A.: 76, 79  
 Hofmannstahl, H. von: 65  
 Hohl, E.: 63, 73, 74  
 Holando: 40  
 Holleaux, M.: 59, 67, 70, 71  
 Honorio: 47, 52  
 Hoppe, W.: 62, 75  
 Horacio: 34  
 Huerta, M. J.: 41  
 Huesca: 40  
 Hugelmann, G.: 52

Iggers, G. G.: 61, 67, 79  
 Ignacio de Loyola: 30  
 Igualada: 42  
 India: 70  
 Indíbil: 46  
 Inglaterra: 15, 17, 83  
 Innocenti, P.: 65  
 Inquisición (Santo Oficio): 19, 20, 23, 24, 26, 27, 28, 29, 31, 33, 34, 35  
 Instituto de Arqueología «Rodrigo Caro» (C.S.I.C.): 85  
 Irmscher, J.: 57  
 Isabel la Católica: 21  
 Isaías: 26, 30  
 Isona: 41  
 Italia: 20, 21, 40, 50, 58, 60, 61, 66, 67

Jacobsen, H. A.: 61, 68  
 Jaeger, W.: 65, 66  
 Javier: 30  
 Jerónimo: 22, 28, 32  
 Jerusalén: 33  
 Jesi, F.: 61  
 Jesús: 33

Jiménez Díaz, J. A.: 55  
 Jolles, F.: 63  
 Juaristi, J.: 11  
 Júpiter: 53

Kaelble, H.: 61  
 Kaerst, J.: 60, 63  
 Kamen, H.: 39  
 Kantorowicz, E.: 63  
 Kater, M.: 58  
 Kehr, E.: 63  
 Kleijn, L. S.: 79  
 Knepe, A.: 64  
 Kocka, J.: 61  
 Kolbe Sbaw, W.: 66, 74  
 Kornemann, E.: 71, 74  
 Körte, A.: 65  
 Kosenina, A.: 57  
 Kossinna, G.: 67, 78, 79  
 Kovaliov, S. I.: 86  
 Kriek., J.: 65, 76  
 Kytzler, B.: 66

La Penna, A.: 65, 69  
 Lacio: 46  
 Lamprecht, K.: 14, 62  
 Lana, I.: 69  
 Langlois: 15  
 Langedoc: 48, 52  
 Lanza, D.: 65  
 Lanzani, C.: 66  
 Laqueur, R.: 61, 70  
 Leipzig: 62  
 Lenel, W.: 60  
 Lenk, W.: 62  
 León X.: 22  
 León, Fray Luis de: 24, 25, 26, 27, 29, 30  
 Lepore, E.: 67  
 Lérida-Lleida: 41  
 Levêque, P.: 87  
 Levi, M. A.: 66  
 Liberato de Gerona: 51  
 Lill, R.: 62  
 Linderski, J.: 70  
 Lipsio, J.: 20  
 Lira, C. N. de: 22  
 Livio, Tito: 43, 49  
*Lo Verdader Català*: 53  
 Logroño: 34  
 Londres: 47  
 Longhurst, J. E.: 22

López, M.: 54  
 López Rueda, J.: 10, 19  
 Losada, A.: 22  
 Losemann, V.: 58, 65, 67, 71, 74, 76, 79  
 Louvain: 71  
 Lucas (evangelista): 33  
 Lucullo, Lucio Licinio: 64  
 Ludwig, E.: 63  
 Ludwig, W.: 57, 67, 70  
 Luelmo, J.: 88  
 Lusitania: 93  
 Lutero, M.: 30  
 Lutzöft, H. J.: 79  
 Luzzatto, G. I.: 71

Llivia: 43  
 Llobet i Vallosera, J. A.: 52, 53  
 LLuch, E.: 42, 43

Madrid: 11, 22, 34, 85, 89  
 Madurell i Marimon, J. M.: 46  
 Maestro León: 24, 25, 29, 30  
 Magdelain, M.: 73  
 Magos (Reyes): 33  
 Mai, E.: 73  
 Mandonio: 46  
 Manni, E.: 67  
 Manresa: 44  
 Marburg: 61, 79  
 Marca, P. de: 41, 43, 49  
 Marcks, E.: 63  
 Marco Fco.: 10  
 Marcuse, H.: 73  
 Margarit, J.: 43  
 Mariana, P. J. de: 29, 49  
 marqués de Mondéjar: 45  
 marqués de Sentmenat: 48  
 Martí, J.: 52  
 Martínez de Cantalapedra, M.: 24, 25  
 Marx, K.: 17, 61  
 Masdeu, J. F. de: 49, 50, 52  
 Mata, M. de: 50  
 Mateo (evangelista): 33  
 Mayans, G.: 40, 41  
 Mazza, M.: 10, 11, 18, 57, 83  
 Mazzarino, S.: 66  
 Medina de Rioseco: 26  
 Medina del Campo: 26  
 Medina, Fray B. de: 26  
 Mediterráneo: 49  
 Meier, Chr.: 64, 77

Mercader, J.: 40, 42, 43, 44  
 Mercurio: 48  
 Mestre, A.: 39  
 Meyer, E.: 63, 69, 70, 74  
 Milán: 39  
 Milà i Fontanals, M.: 54  
 Míret i Sants, J.: 46, 47, 49, 50, 52  
 Mitridates: 70  
 Moeller Van Den Bruck, A.: 65  
 Möhler, A.: 61, 65  
 Moline i Brases, E.: 45  
 Molins, M.: 48  
 Momigliano, A.: 11, 60, 66, 67, 68, 79, 80, 83  
 Mommsen, Th.: 65, 71, 72, 75  
 Moner de Bardaix, A.: 41  
 Moner, J. A.: 51  
 Montaner, J. M.: 49  
 Montenegro, A.: 90  
 Montero Díaz, S.: 11, 38, 85, 86  
 Montesquieu, barón de: 14  
 Montfar: 46  
 Montoliu, M. de: 43  
 Montpellier: 40  
 Mora i Catà, marqués de Llo: 46, 47  
 Morales, A. de: 41  
 Moreu-Rey, E.: 40, 54  
 Moreno Alonso, M.: 55  
 Morreale: 19  
 Mosse, G. L.: 61, 62, 65  
 Muhlack, U.: 65  
 Müller, G.: 76  
 Müller K. A. von: 63, 65, 74  
 Müller-Seidel, W.: 69  
 Muntaner, R.: 49, 52  
 Münzer, F.: 64  
 Muratori, L. A.: 41  
 Murcia: 85  
 Musil, R.: 60

Nadal, J.: 55  
 Náf, B.: 57, 58, 67, 68  
 Nájera: 34  
 Nápoles: 38  
 Nebrija, Elio Antonio de, Nebrisense: 20, 21, 31, 32, 34  
 Neppi Modona, A.: 66  
 Neumann, F.: 72, 73  
 Niño, F.: 22  
 Nuevo Testamento: 19, 21, 28  
 Numancia: 49

Núñez de Guzmán, H. (el Pinciano, Comendador Griego): 20, 24  
 Núñez, P. J.: 19

Oberreuter, H.: 62  
 Oertel, F.: 60, 66  
 Oliva, P.: 83  
 Oliver, J. F.: 50  
 Oliver, J. H.: 71  
 Olives, S.: 40  
 Olmera, B. de: 49  
 Olmos, R.: 10  
 Oncken, H.: 62  
 Oppermann, H.: 66, 77  
 Oriente: 33, 66, 70  
 Oriente Antiguo: 92  
 Osiris: 53  
 Osuna: 24  
 Otger Cataló: 38, 46  
 Otto, W.: 64, 69, 70  
 Oviedo: 88

Pack, E.: 57  
 Pagnino, S.: 27, 28, 29  
 Palacio y de Palacio, J. M. de: 20  
 Panecio de Rodas: 69  
 Pareti, L.: 66  
 París: 30, 47  
 Partia: 70  
 Pasamar, G.: 81, 82, 85  
 Pasqual, J.: 42, 43  
 Passerini, A.: 66  
*Past and Present*: 17, 38  
 Paulsen, F.: 78  
 Peiro, I.: 81, 85  
 Perelli, L.: 66  
 Pérez, M.: 45, 46  
 Pérez Bayer, Fco.: 41  
 Pericot, L.: 85  
 Perpiñan: 38  
 Perutelli, A.: 66, 77, 78  
 Peset, J. L.: 39  
 Peset, M.: 39  
 Pfeiffer, R.: 40  
 Pi i Arimon, A. A.: 53  
 Piganiol, A.: 74  
 Pinos, A.: 41  
 Pinós, F. de: 49, 50  
 Pinta: 20  
 Pinta Llorente, M. de la: 20, 23, 27, 32, 34  
 Pío V: 28, 29

Pisa: 66  
 Plácido, D.: 10, 83  
 Planella y de Fivaller, R.: 51  
 Plantino, C.: 28  
 Plinio, L.: 49  
 Poblet: 40  
 Pohlenz, M.: 69  
 Pöhlmann, R. von: 59, 60  
 Polverini, L.: 60, 67  
 Pompeyo (Magno), Cn.: 64  
 Ponç d'Icard, Ll.: 38, 46  
 Ponsic, R. de: 48  
 Ponsic-Fivaller, P.: 46  
 Portonariis, G. de: 25  
 Pöschl, V.: 63  
 Pou, B.: 41  
 Poza, A.: 11  
 Prats, J.: 39  
 Premerstein, A. von: 66, 71, 72, 73  
 Presedo, F.: 85, 90  
 Prieto, A.: 11, 88  
 Ptolomeo, Claudio: 43, 49  
 Puig, A.: 49  
 Puigblanch, A.: 53  
 Puigcerdà: 42  
 Pujades, J.: 38, 39, 43, 46, 47, 49, 51, 52, 53, 54  
 Pujol, F.: 53  
 Pujol i Canelles, M.: 39

Queronea: 67

Rachfahl, F.: 62  
 Ramée, P. de la (Petrus Ramus): 23, 24  
 Ramos, P.: 28  
 Ramsay, W. M.: 71  
 Raskolnikoff, M.: 83  
 Real Academia Española: 45  
 Reinhert, H.: 79  
 Remesal, J.: 10, 82, 84  
 Repellini, F. F.: 65  
 República Federal Alemana: 17  
 Rickert, W.: 15, 61  
 Ridley, A. T.: 66, 72  
 Ringer, F. K.: 61, 62  
 Ripoll i Vilamayor, J.: 41  
 Riquer, M. de: 45, 46, 51  
 Ritter, H. W.: 71  
 Robert, L.: 67  
 Robinson, D. M.: 71  
 Rocabruna, M. de: 51

Röhbörn, G.: 73  
 Roig i Rei, R.: 41  
 Roig i Jalpí, J. G.: 43, 44, 46, 51  
 Roma: 10, 29, 30, 31, 47, 59, 66, 67, 70, 77, 78, 92, 93  
 Román de la Higuera, J.: 48  
 Roques, M.: 67  
 Rosellón: 38  
 Roset y Badi, J.: 51  
 Rostovtzeff, M. I.: 59  
 Rothfels, H.: 62  
 Rubin, B.: 74  
 Ruiz Rodríguez, A.: 88

Sachermayr, F.: 75  
 Sagarriga, J. de (conde de Crexell): 46  
 Sahlins, P.: 14  
 Salamanca: 23, 24, 26, 27, 29, 30, 34  
 Saller, K.: 22  
 Salomón: 22, 27  
 Salustio: 70  
 Salvat, B.: 50  
 Sanç i de Baturell, J. de: 41  
 Sánchez, B.: 29  
 Sánchez, F.: 25  
 Sánchez Alonso, B.: 37, 39  
 Sánchez Marcos, F.: 39  
 Sánchez de las Brozas, Francisco, el Brocense: 20, 23, 25, 32, 33, 34  
 Sánchez Diana, J. M.: 38  
 Sánchez León, M. L.: 11  
 Sancho, Dr.: 24  
 Sans, M. de: 50  
 Sant Miquel de Olerdola: 42  
 Santos, J.: 11, 57, 90  
 Scardigli, B.: 64  
 Schachermeyer, F.: 67  
 Schenk, G.: 74  
 Schleier, H.: 61  
 Schmidt, W.: 79  
 Schmitt, C.: 72  
 Schnapp, A.: 79  
 Schoenbaum, D.: 62  
 Schömborg, barón de: 41  
 Schöne, H.: 76  
 Schubart, W.: 69  
 Schulz, F.: 73  
 Schwabe, K.: 62  
 Schwartz, E.: 63  
 Segre: 48  
 Seignobos: 14, 15, 16

Sepúlveda, J. G. de: 22  
 Serra, E.: 55  
 Serra i Postiu, P.: 45, 46, 48  
 Sertorio, Quinto: 49  
 Sevilla: 29, 91  
 Shaw, B. D.: 59  
 Sherwin-White, A. N.: 70  
 Siber, H.: 71  
 Sila, L. C.: 66  
 Silva, P.: 66  
 Simiand, F.: 16  
 Simon, Chr.: 66  
 Sisinio J.: 55  
 Sklenar, K.: 79  
 Smith, M.: 70  
 Sobreques, J.: 55  
 Sociedad Filosófica (Barcelona): 52  
 Soldevilla, F.: 39, 49  
 Sontheimer, K.: 61, 68  
 Sordi, M.: 67  
 Spengler, O.: 67, 69, 85  
 Spranger, E.: 78  
 Stahlmann, I.: 63, 71, 74  
 Stein, E.: 60  
 Stern, F.: 61  
 Stiffoni, G.: 39, 40  
 Strack, P. L.: 74  
 Strasburger, H.: 64  
 Straub, J.: 74  
 Stroheker, K. F.: 74  
 Stroux, J.: 71, 77  
 Struve, V. V.: 86  
 Suetonio, C.: 74  
 Syme, R.: 64  
  
 Tácito, P. C.: 74  
 Taeger, F.: 74  
 Taracena, B.: 85  
 Tarafa, F.: 38, 46  
 Tarn, W.: 67  
 Tarragona: 40, 41, 44  
 Telongo Bachio: 46  
 Teofilacto: 33  
 Terán, M. de (barón de la Linde): 42  
 Thompson, E. A.: 83, 86  
 Toledo: 20  
 Tomic: 46  
 Torrent, R.: 38  
 Torres Amat, F.: 41, 52, 54  
 Torroella: 48  
 Tortosa: 40  
  
 Toulouse: 40  
 Tovar, A.: 32, 85  
 Toynbee, A.: 85  
 Treves, P.: 66  
 Túbal: 53, 54  
 Turín: 47  
  
 Udina, F.: 53  
 Unión Soviética: 83  
 Unverfehrt, G.: 73  
 Ursula: 33  
  
 Vaissette, J. J.: 48  
 Valdés: 23, 26  
 Valencia: 20, 40, 42  
 Valla, L.: 21  
 Valladolid: 24, 27, 30, 32  
 Vega i (de) Sentmanat: 40, 44, 48, 49  
 Vega, Lcdo. Hernando de la: 29  
 Vegetti, M.: 65  
 Velego Patérculo: 74  
 Venecia: 22  
 Ventura, J.: 20  
 Verde, L.: 48  
 Vergara, F. de: 23  
 Vergara, J. de: 21, 22  
 Vermeil, E.: 61  
 Versailles: 61, 65, 78  
 Veyne, P.: 70  
 Vic: 41  
 Viena: 47, 60  
 Vigil, M.: 86, 90  
 Vila, L.: 50  
 Viladamor, P. A. de: 38  
 Vilafranca: 44  
 Vilar, P.: 43  
 Villegas, E. M. de: 34  
 Vinyals de la Torre i Esquerrer, B.: 41, 48  
 Virgen María: 33  
 Vives, J. L.: 20  
 Voegelin, E.: 73  
 Vogt, J.: 69, 73, 74  
 Volkmann, H.: 72  
 Voltes, P.: 45  
 Vondung, K.: 62  
 Vulgata: 19, 22, 27, 28, 30, 31, 32  
  
 Waetzold, St.: 73  
 Wahle, E.: 79  
 Walek, T.: 70

Walter, O.: 66  
 Weber, Max: 13, 17, 59, 60, 73, 77  
 Weber, W.: 62, 63, 69, 71, 73, 74, 75  
 Wehler, H.-U.: 17, 61, 63  
 Weimar (República de): 61, 62, 63, 78  
 Weiss, R.: 38  
 Wenger, P.: 71  
 Wentzke, P.: 62  
 Werner, K. F.: 58, 63, 73  
 Wess, M. A.: 59  
 Whittaker, C. R.: 70  
 Wiesbaden: 64  
 Wiesehöfer, J.: 64  
  
 Wilamovitz-Möllendorf, U. von: 67  
 Wilcken, U.: 69, 71  
 Windelband, W.: 61  
 Winkler, H. A.: 61  
 Wölfflin, E.: 77  
 Wulff, F.: 11  
  
 Zamora, F.: 52  
 Zaragoza: 9, 91  
 Zecchi, S.: 61  
 Ziegler, H. O.: 73  
 Zimmermann, H.-H.: 63  
 Zorn, W.: 60

# VELEIA

Revista anual del Instituto de Ciencias de la Antigüedad dedicada al estudio de la Prehistoria, Historia Antigua y Filología y Arqueología Clásicas. Sin descartar la publicación de artículos genéricos sobre la antigüedad, su atención primordial se centra en la Hispania romana y prerromana, otorgando especial relevancia a los temas concernientes al País Vasco y zonas en contacto.

## VELEIA MAIOR

- N.º 1. 1984, 353 págs., 2.000 ptas.
- N.º 2-3. 1985-86, 547 págs., 7.000 ptas.
- N.º 4. 1987, 397 págs., 4.000 ptas.
- N.º 5. 1988, 343 págs., 4.000 ptas.
- N.º 6. 1989, 319 págs., 4.000 ptas.
- N.º 7. 1990, 406 págs., 4.000 ptas.
- N.º 8-9. 1994, 544 págs., 3.605 ptas.

## ANEJOS DE VELEIA. SERIE MAIOR

- N.º 1. *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, José L. Melena, 1985, 1.580 págs., tela 15.450 ptas., rústica 12.360 ptas.
- N.º 2. *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, M.ª Cruz González, 1986, 172 págs., 1.545 ptas.
- N.º 3. *Terra sigillata hispánica de Arcaya (Alava). Estudio de las formas lisas y decoradas*, Pilar Ciprés, 1987, 122 págs., 1.339 ptas.
- N.º 4. *Gramática de la Crónica de Moreia*, José M.ª Egea, 1988, 134 págs., 2.060 ptas.
- N.º 5. *Tabula Lougeriorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*, M.ª Dolores Dopico, 1988, 84 págs., 1.236 ptas.
- N.º 6. *Paleolítico superior de la cueva de Gaztarria (Zuberoa, País Vasco)*, Andoni Sáenz de Buruaga, 1991, 426 págs., 4.120 ptas.
- N.º 7. *Sancti Braulionis, episcopi Caesaraugustani, epistularum concordantia; et index formarum a tergo ordinarum*, Vitalino Valcárcel, 1991, 372 págs., 3.090 ptas.

## ANEJOS DE VELEIA. SERIE MINOR

- N.º 1. *La composición de la tragedia tardía de Eurípides: Ifigenia entre los Tauros, Helena y Orestes*, Milagros Quijada, 1991, 272 págs., 2.915 ptas.
- N.º 2. *Oriente y Occidente en la Edad Media. Influjo bizantino en la Europa Occidental*, J. M.ª Egea y P. Bádenas, 1993, 285 págs., 2.884 ptas.
- N.º 3. *Guerra y sociedad en la Hispania Indoeuropea*, Pilar Ciprés, 1993, 220 págs., 1.500 ptas.
- N.º 4. *El hexámetro de Petrarca*, Iñigo Ruiz Arzalluz, 1993, 524 págs., 4.500 ptas.
- N.º 5. *El senado municipal en la Bética Hispana a la luz de la Lex Imitana*, Rosa Mentxaka, 1993, 164 págs., 1.200 ptas.

## REVISIONES DE HISTORIA ANTIGUA

- N.º 1. *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, M.ª C. González y J. Santos, 1994, 240 págs., 1.339 ptas.

